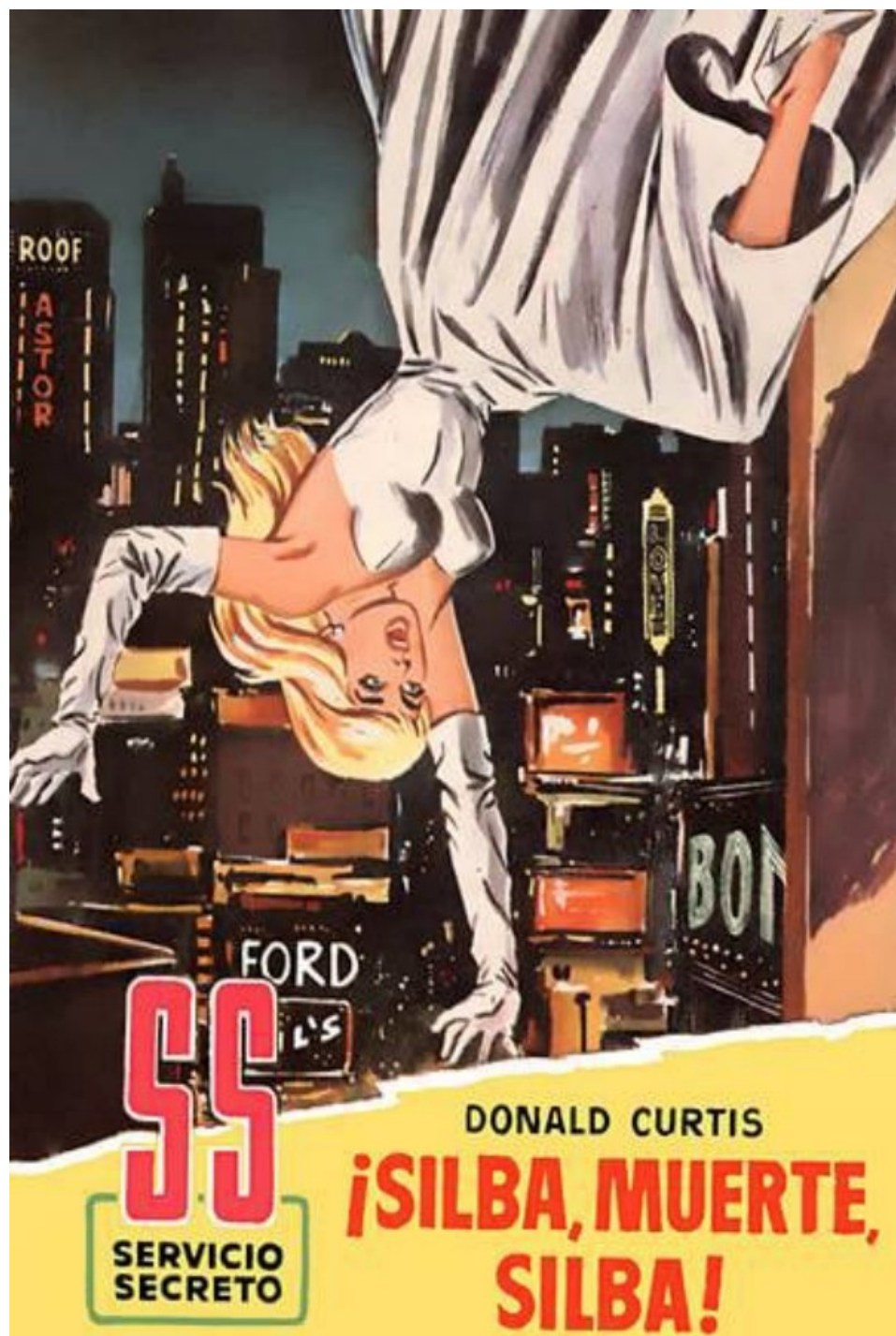




SS

SERVICIO
SECRETO

DONALD CURTIS

**¡SILBA, MUERTE,
SILBA!**

¡SILBA, MUERTE, SILBA!

SS Nº 495

Autor: Donald Curtis

UUID: a78314d1-af5a-41c1-bf2f-dded2c57c7bc

Generado con: QualityEbook v0.82

**¡SILBA,
MUERTE,
SILBA!**

Por
DONALD CURTIS



PRÓLOGO

DIANA

—¿CÓMO dice que se llama la persona a quien busca?

—Diana Campbell.

—¿Diana Campbell? Lo siento. Aquí no hay ninguna persona con ese nombre...

Ya lo sabía. Lo había esperado antes siquiera de preguntar. No había ninguna Diana Campbell allí. Ni en el otro sitio. Ni en el otro. Ni en el otro de más allá...

¿Por qué seguía preguntando? Era inútil. Inútil y estúpido. Nunca la encontraría. Era como buscar un fantasma. O algo que jamás ha existido.

Y no es que Diana fuera así. Ella había existido.

Ella existía. En alguna parte de aquella maldita ciudad, de aquella gran ciudad de cemento, cristal y hierro. De avenidas de asfalto y piedra, de ruido, de luz, de palpitaciones frenéticas y enloquecidas...

Le dio las gracias al hombre. Luego, salió del establecimiento. Avanzó unos pasos hasta dar con otro. La calle estaba llena de lugares semejantes. Todos los garitos de la ciudad parecían darse cita allí. La luz formaba raudales de mil colores sobre la acera y la calzada; sus parpadees mareaban. Y la música que salía por cada puerta era como un ramalazo de frenesí, de locura colectiva y ruidosa. Música atronadora. Jazz en su mayoría. Ritmos de Harlem o de Nueva Orleans. Él no entendía mucho de aquello. Toda la música le sonaba igual.

“El Papagayo Amarillo”. Era el nombre del lugar inmediato. Un tubo neón, bien manejado, habíase amoldado a la forma de una exótica ave de color amarillo, parpadeando espasmódicamente. Debajo, un portero negro de librea galonada. Una marquesina de

lona. Y coches. Muchos coches vomitando un personal híbrido, nudoso y embriagado que reina neciamente.

Se pasó una mano por la frente. Aquello era delirante. Mucho más de lo que podía soportar. Pero, a pesar de todo, eludió las sonrisas blancas del portero negro y entró en “El Papagayo Amarillo”.

Tenía que probar otra vez. Hacer la misma pregunta de siempre. Cada vez que la formulaba, le parecía que el hombre que la escuchase, a pesar de ser siempre diferente, iba a preguntarle a su vez. “¿Pero es que sólo sabe decir eso, amigo?”

Sin embargo, no era así. No podía serlo, claro está. El tipo del bar, que ahora le miraba como a una especie extraña de insecto, por encima de los centelleos de plata de una coctelera agitada con un frenesí acorde con la música del local, escuchó atento.

—¿Conoce a Diana Campbell?

Le miró de hito en hito. Respondió algo a otro camarero que pedía dos daiquiris. Ya iba a repetirle la pregunta, cuando el barman dio una sacudida final a su coctelera y respondió:

—¿Ha dicho Diana Coswell?

—No, no. Campbell. Diana Campbell. Es rubia. Teñida, claro. Bonita. Muy bonita.

Era una observación estúpida. Todas las chicas que frecuentaban aquellos lugares eran así. Rubias oxigenadas. Y bonitas; de no serlo, no estarían allí. El camarero pareció compadecer su ingenuidad. Abrió la coctelera y lanzó un chorro de espeso licor, de aroma pegajoso, en una copa estilizada y absurda. Meneó finalmente la cabeza de un lado a otro.

—No, amigo. Lo siento. No hay ninguna Diana Campbell por estos andurriales. Pruebe en “El Cactus”. Hay muchas rubias teñidas capaces de quitar el hipo. Si no encuentra a su chica, embárguese con cualquier otra. Le aseguro que no notará la diferencia...

Luego se rio. Como si el chiste tuviera mucha gracia. Como si realmente hubiera sido un chiste. Le hubiera roto la cara de buena gana. Pero no podía hacerlo. En vez de eso, se limitó a darle las gracias balbuceando algo torpe. Luego, abandonó “El Papagayo Amarillo”. Salió al aire cálido, pegajoso de la noche.

Caminó igual que un sonámbulo. Estaba pensando. Pensando en

las palabras de aquel camarero estúpido. ¡No iba a notar la diferencia entre Diana Campbell y las otras rubias que pululaban en busca de incautos por el distrito del vicio! Era cómico. Muy cómico, pensar que él no advertiría diferencia entre la mujer a la que amaba y las otras. Las otras... Bueno, después de todo, su Diana era una más. Lo sería hasta esa noche, claro. Después, sería su mujer. La señora... Sí, la señora que luciría su mismo nombre. A eso había vuelto a la ciudad. Nada más que a eso.

Hasta entonces había sido como un sueño inalcanzable. Y de repente, el premio en las carreras. Miles y miles de dólares, billete sobre billete. Todo impreso en cada esquina. Una fortuna.

Una fortuna que lo cambiaba todo, que rompía los dos sábanas verdes, con la cifra “mil” amorosamente obstáculos, que transformaba los sueños en realidades al alcance de la mano. Como en una novela, igual que una fantasía imposible.

No le había dicho nada a Diana. ¿Para qué? Después de todo, él llegaría a la ciudad antes que una carta suya a Lista de Correos. Estaba seguro de encontrarla, aunque ella nunca le había querido decir dónde trabajaba. Tampoco la había podido obligar a que dejara de ser una “taxi-girl”. Al fin y al cabo, ¿con qué medios contaba él para apartar a Diana de su actividad habitual?

No había contado con casi nada el día de la apuesta en las carreras. Jugaba siempre sin creer en la fortuna, sin esperar nada de ella. Por eso elegía los caballos al azar. Cualquiera valía. Aquella vez, apostó al peor. Nadie daba un centavo por él. Pero ganó. Y con él, sus apostantes.

Cierto que podía haber tenido paciencia. Escribir una carta, esperar respuesta, reunirse luego... Pero no era paciente. Fue a la ciudad. Empezó a buscarla. Confiado, ciegamente confiado al principio. Algo menos después. Desesperanzado ahora.

Había conocido a Diana en un baile. Ella le dijo que allí no iba habitualmente, pero sí a veces. Él no se molestó en preguntarle cuál era su sitio de costumbre. Ni se le ocurrió. Se enamoró de ella en una noche, en unas pocas horas. Y Diana pareció también enamorada de él, de su buena fe, de su ingenuidad, de su pobre experiencia como hombre de aventuras fáciles.

Ahí había nacido todo. La mutua, firme promesa de ser fieles el uno al otro, de esperar el día en que él pudiera ir a ella y apartarla

de su ambiente para hacer de ella una señora. Claro que nadie pensó seriamente en la proximidad de ese día. Y ese día había llegado.

Era Diana la que no aparecía. Diana la que no estaba en parte alguna.

“El Cactus” quedó atrás. El camarero había tenido razón. Había muchas rubias. Pero ninguna era Diana. Le hubieran sujetado fácilmente de no mediar ella. Por eso había vuelto a salir del local bañado en luz verde y amarilla, para volver de nuevo a la calle, humedecida de calor estival.

Ahora tenía un nuevo indicio. Se lo había proporcionado un *maître* del “Cactus”:

—¿Por qué no prueba en “La Hacienda”? Han llamado a algunas chicas de allí. Parece ser que hay una fiesta grande o cosa por el estilo.

Buscó “La Hacienda”. Tuvo que preguntar a varios, antes de dar con el local. Finalmente lo encontró. Ocupaba los bajos de un alto edificio de más de veinte pisos. Estaba decorado a la usanza sudamericana, pero tal como la entendían en Hollywood.

Un encargado con traje de charro mejicano le atendió solícito. Llevaba grandes bigotes negros postizos y una peluca morena. Aquello parecía un Carnaval.

—¿Diana Campbell dice? —el charro de Brooklyn se encogió de hombros—. No sé... Hay bastantes chicas hoy en este edificio. Pero no precisamente en nuestra sala.

—¿Dónde, entonces? —preguntó él.

—Arriba —señaló con el dedo, como si Diana pudiera estar colgada del techo—. En la azotea del edificio. Hay allí un Club privado que celebra hoy una fiesta importante. Gente rica y caprichosa, ¿sabe? Tal vez la chica a quien busca esté allí. Pero si sube, no le dejarán entrar. Es un Club íntimo, de admisión limitada.

Le dio las gracias y volvió a salir. La humedad cálida del día había encontrado, al fin, su vía de escape. Estaba lloviendo. Con esa intensidad repentina de los chaparrones otoñales, después de una jornada excesivamente calurosa.

Las gotas de agua eran gruesas y caliente. Empapaban el asfalto, que chupaba ansiosamente la humedad. Pero nuevas gotas se

apresuraban a bruñir el negro suelo. Recibió la lluvia en el rostro, casi con alivio.

Alzó los ojos hacia la cumbre del rascacielos. Debía de rozar los treinta pisos. Y, al final, un luminoso anunciaba: LOS TRECE.

Costaba trabajo leerlo, pero él tenía buena vista. Buscó la puerta de acceso a los pisos del edificio. Entró en un amplio vestíbulo, bien iluminado, de espesa alfombra.

Nadie objetó nada cuando entró en un ascensor y pulsó el botón correspondiente al último piso. Dejó allí el ascensor. Frente a él, al fondo del corredor, un nuevo neón brillaba sobre una vidriera:

“CLUB DE LOS TRECE. PRIVADO”.

Se acercó. Iba a empujar la cristalera cuando ésta se abrió sola. Miró más allá de su pulimentada superficie. Un hombre vestido de oscuro había movido la puerta. Le miraba reflexivamente.

—¿A dónde va, por favor? —le preguntó.

—Busco a una joven rubia, una muchacha llamada Diana Campbell. Alguien me ha dicho que puede estar aquí... —refirió él.

—Lo lamento, señor, pero no puede usted entrar —fue la respuesta—. Este Club es íntimo, reservado exclusivamente a sus socios. Pero si busca a alguna dama de esas señas, será mejor que espere al término de la fiesta. Hay varias asistentes que pueden ser la que usted solicita.

—Es urgente —y añadió con una sencillez impresionante: — Vengo a casarme.

—¿Con ella? —el otro abrió mucho los ojos, estudiándole asombrado.

—Sí. Con ella.

—Bien... —se rascó la cabeza—. Eso es diferente. Espere ahí, por favor. Buscaré a la chica. Si está, saldrá enseguida.

—Gracias.

Se retiró el otro. Esperó allí, mirando el luminoso en tubo neón, de luz lívida, rojiza. Le llegaron ecos de risas, canciones desafinadas y gritos. En un tocadiscos, estaba sonando “Tiempo Borrascoso”. Insensiblemente, lo silbó a flor de labios.

Aún estaba silbando “Tiempo Borrascoso” cuando regresó el otro. Traía una expresión contrariada.

—De veras lo siento, amigo —le informó—. Pero ninguna de las

chicas que han venido a la fiesta se llama así. Les he preguntado a todas. ¿Puedo hacer algo por usted?

Meneó la cabeza negativamente. Le dio otra vez las gracias. Estaba habituándose al fracaso, a la negativa. Aún podía seguir buscando. Tenía horas por delante. Toda la noche.

Se alejó del Club situado en la azotea del edificio. El ascensor le reintegró a la planta baja, y pisó de nuevo la calle. La lluvia persistía. Mecánicamente, volvió a silbar entre dientes cuando pasó junto al conserje del edificio, que le miró con curiosidad.

—“Tiempo Borrascoso”... —musitó, plantándose en la acera charolada por la lluvia. Alzó los ojos. El lívido reflejo azul del luminoso de “Los Trece” permitía ver la densidad de las nubes y el espesor de la lluvia que caía sobre la ciudad—. Sí, borrasco...

Echó a andar, todavía con la vista fija en el cielo, en la verticalidad de cemento, cuajado de rectángulos iluminados, del edificio que acababa de abandonar.

Entonces vio aquello.

Parecía flotar en el vacío, como un espectro, como un fantasma envuelto en la lluvia, lanzado desde las nubes.

Pero corría, corría mucho. Descendía silbando, hendiendo el aire. Y un grito, un grito rasgado, pavoroso, espeluznante, descendió hasta él antes que el propio silbido del cuerpo en el vacío.

Pasó frente a él como una mole de piedra. El choque con el asfalto fue escalofriante. Un impacto sordo, crujiente, estremecedor. Aquello, lo que quiera que fuese, quedó inmóvil, solitario, abandonado en mitad de la ancha acera, recibiendo la lluvia, reposando sobre el asfalto negro y brillante...

Era como una pesadilla horrenda, como la visión de un sueño atroz, que pasa y deja el sudor frío bañando a quien lo sufre. El sentía ese sudor en su rostro, en su espalda helada, en sus manos húmedas y viscosas, agarrotadas en el aire.

Una mujer gritó, no lejos de allí. Una pareja acababa de salir de “La Hacienda”, y ella se desvanecía, en brazos del hombre, frente a la forma llovida del cielo.

El grito de la mujer se parecía extrañamente al percibido mientras “aquello” descendía por el vacío. ¿Por qué se parecía

tanto?

Iban algunos curiosos hacia la forma inerte. Él también se movió, saliendo de su marasmo. Avanzó hacia el cuerpo inmóvil, blanco, tendido en el asfalto húmedo. Cuando estuvo junto a él lo identificó con un escalofrío.

Era un ser humano. O lo habla sido.

Ahora resultaba irreconocible, estremecedor. El choque con el pavimento no había sido precisamente blando o leve. Acaso cayó desde muy alto. Posiblemente desde la misma terraza del edificio. Instintivamente alzó los ojos. Vio el luminoso parpadeando en la distancia, más allá de la tupida y rumorosa cortina de agua: LOS TRECE. Era un número de mal agüero. Los Trece... “Tiempo Borrascoso”... La lluvia...

Se inclinó a mirar de nuevo. La tela blanca, tachonada de adornos plateados, se enroscaba en torno al cuerpo desgajado, roto, inerte. Vio unos pies. Uno, descalzo. El otro, calzado con un zapato de alto tacón roto, color plata...

Una mujer... Empezaba casi a advertirlo ahora por primera vez. Una mujer... Extendió la mirada hasta la cabeza. Vislumbró el manchón color oro blanco de una melena sucia, encharcada y pegajosa por las salpicaduras rojas de la sangre...

Rubia... vestida de blanco... y con un zapato de plata. Una mujer... Claro que podía haber muchas así. Muchas... Diana era una de ellas.

Avanzó, mientras el cerco de curiosos en torno a la piltrafa humana crecía. Se acercó como en sueños a una mano extendida, crispada, de dedos rotos... El golpe fue terrible.

Allí estaba. El anillo de oro con la forma de una serpiente enroscada, mordiendo la cola. El anillo de oro comprado en una joyería de la Sexta Avenida, meses atrás. Con una inscripción dentro, sin lugar a dudas: Volveré, Diana. Volveré por ti...

De pronto, se dio cuenta de que la lluvia había cesado. Pero la humedad seguía corriendo por su rostro en gruesos goterones. Sólo que no era lluvia. Era llanto. Lágrimas ardientes, amargas, dolorosas...

Apartó su mano de la mano muerta. El anillo iba entre sus dedos ahora. No había querido arrancarlo. Pero iba con él. Retrocedió tambaleante. Un uniforme azul cubrió su visual. Una

voz fuerte, pero animosa a la vez, le interpeló:

—Oiga, amigo, ¿conoce usted a esa pobre criatura? ¿La ha identificado acaso?

Asintió, llorando. No supo por qué decía todo aquello. Pero a sus oídos le llegaron las frases cortadas, incoherentes, torpes...

—Diana... Diana Campbell, guardia... Íbamos a casarnos... Cayó del cielo, de la azotea aquella... “Los Trece”... “Tiempo Borrascoso”, guardia... Está lloviendo mucho... mucho...

—Está bien, está bien —le cortó el guardia, evidentemente desconcertado—. No se mueva de aquí. Voy a telefonar al Precinto más próximo. Ahora subiremos usted y yo a ese edificio.

El poste con el teléfono estaba casi al lado de donde cayera el cuerpo. El agente ahuyentó al cerco de curiosos con voces estridentes. Alguien, compasivo, estaba tendiendo unas hojas de la edición nocturna del “Times” sobre el cuerpo sin vida ni forma.

El anillo mordía su carne, lo estrujaba hasta casi partirlo... Miraba fijamente ante sí. Oyó marcar el número: el policía hablaba por el auricular. La voz se alejaba. Ya no se oía.

Entonces advirtió que no era la voz que se perdía, sino él. Había echado a andar. El policía no le vio. Estaba ya dentro del rascacielos. El conserje estaba allí fuera, con los demás, en torno al cadáver. Nadie le paró. Subió en el ascensor. Último piso...

El guardia, en la calle, le llamaba a voces. Pero él no le podía oír. Y de oírle, tampoco hubiera acudido.

Esta vez no le detuvo nadie. Abrió la vidriera y entró. Era curioso que no hubiera nadie ahora. Ni mujeres ni hombres. Nadie. El Club estaba allí. Una gran sala, con mesas repletas de bebidas, de bocadillos y de aperitivos. Copas en las mesas y sillas, en los brazos de algunas butacas, sobre un gran radiogramola, de la que escapaban notas lánguidas, siempre iguales: “Tiempo Borrascoso”... El disco terminaba. La aguja dio un salto sobre la grabación y comenzó de nuevo.

Tuvo que taparse los oídos. Miró en torno con horror, desorbitados los ojos, buscando a alguien. Salió a la terraza. Una gran barandilla cuajada de plantas trepadoras. Macetones floridos. Toldos de brillantes franjas de color. Y un trozo de tul blanco, tachonado de plata, enredado todavía en un punto de la baranda.

No lo tocó. Se agitaba en el aire, todavía húmedo y sulfuroso. Por allí había caído ella. Se asomó sobre el repecho de piedra. La calle abajo. Luminosa, brillante, cuajada de menudas figurillas que se movían. Y un cerco más nutrido bajo el edificio.

Retrocedió, sintiendo náuseas. Se apoyó en el poste de metal de un toldo. Al mirar al suelo vio una copa caída, rota, con el licor formando charco. Tal vez fue de ella.

Volvió los ojos. Había otra copa sobre un soporte de piedra. Tal vez del hombre que estaba allí con ella al caer. O de otro cualquiera.

Regresó a la sala. “Tiempo Borrascoso” continuaba en la gramola. Fue directamente a ella. Arrancó de un tirón el disco, que se rayó profundamente. Mientras el plato seguía girando y girando, con la aguja saltando sobre su cerco de goma, el disco era estrujado por las manos del hombre.

Lo oprimió hasta romperlo en pedazos, y tiró los fragmentos contra una mesa cuajada de copas, que cayeron a tierra, quebrándose. Rompió a llorar y salió del Club, con las manos ensangrentadas por los trozos del disco.

Se detuvo en el exterior del piso desierto. Subían los ascensores. Todos subían hacia allá. La policía. Los miembros del Club tal vez, después de haber bajado a informarse de lo sucedido.

Dio un rodeo, buscó la escalera. Subía gente por ella también. Regresó al Club. Volvió a la azotea. Alcanzó su extremo y subió al repecho de piedra. Junto al edificio, otro más bajo corría hacia la derecha. Saltó.

Cayó en la terraza inmediata. De allí pasó a otra. Se perdió en las sombras, mientras comenzaba a llover de nuevo.

Por las puertas del Club penetraron varios policías de uniforme. A su frente, el que hablara con él en la calle.

—¡Tampoco está aquí ese hombre! —exclamó alguien.

—Dijeron que le habían visto entrar en el edificio —dijo el policía—. Busquen a conciencia. Conoce a la muerta. Es un testigo importante.

Un grupo de hombres, casi todos ellos de smoking, con los rostros enrojecidos por el alcohol, pero notablemente lívidos por debajo de ese rubor ficticio, penetró en tromba. Con ellos, siete u

ocho mujeres de condición inconfundible, lo suficientemente asustadas como para sobreponerse a su embriaguez.

—Aquí hay un disco roto, materialmente destrozado —habló un agente, señalando la grabación arrojada contra las copas.

—¡Es “Tiempo Borrascoso”! —rezongó uno de los hombres de smoking—. Estaba en el tocadiscos cuando salimos nosotros. ¡Ha debido de estar aquí ese hombre, agente!

—¿Se creen que no lo sé? —replicó fríamente el policía—. Claro que ha estado. Lo importante es dar con él. Mientras los demás se encargan de eso, nosotros esperaremos al inspector-jefe, señores.

—¿El inspector-jefe? —protestó uno de los hombres de etiqueta—. ¡Esto será un gran escándalo, agente!

—No puede hacerse otra cosa.

—Esa chica... sufrió un accidente. Sólo eso.

—Estoy seguro de que así fue. Pero son cosas que requieren comprobación oficial, caballeros.

Nadie objetó nada. Seguían buscando al hombre desaparecido.

Pero jamás apareció.

* * *

De los diarios:

“Anoche, durante un festejo íntimo en un Club privado, una de las muchachas de vida alegre que asistía a la fiesta, Diana Campbell, se embriagó hasta el punto de salir a la azotea totalmente beoda. En su inconsciencia, debió de apoyarse en el parapeto de piedra, y se zambulló en el vacío, encontrando la muerte al estrellarse en el asfalto.

”Un hombre de quien se dice iba a contraer matrimonio con ella, y cuyo nombre y procedencia se ignora, está siendo activamente buscado por la policía, hasta ahora en vano.”

Capítulo I

TRECE MENOS CUATRO

—**T**E felicito, Larry. Ya era hora de que cogieses unas buenas vacaciones.

—Su buen trabajo ha costado, inspector —rio Larry McDuff alegremente—. De no ser por la captura de Ralph Strange, creo que no me hubieran concedido el permiso.

—¿Y cómo piensas aprovecharlo, ahora que lo tienes?

—No sé. No me he atrevido a hacer planes, por si a última hora el “viejo” no me concedía las vacaciones. Pero posiblemente me vaya a pescar al Canadá, o cosa parecida. Estoy harto de ciudades, hoteles y todo eso. Un mes en una cabaña, entre un lago y una montaña llena de bosques, será mi ideal.

—Me gustaría acompañarte —suspiró el inspector Sherman—. Hace casi quince años que no disfruto de una cosa así.

—Todavía está a tiempo de reclamar también sus vacaciones. —rio McDuff con aire burlón.

—No te burles —gruñó el inspector—. Vosotros, los federales, sois los niños mimados del país. Yo pertenezco a la policía Metropolitana, muchacho. A los que trabajamos en serio, no como vosotros.

—¿Echando por tierra al F.B.I.? Se lo diré a Hoover.

—Me importa un comino a quien se lo digas. Sois una pandilla de señoritos jugando a ser policías. El hecho de que hayas capturado a Ralph Strange no quiere decir nada. De vez en cuando tenéis que hacer bien alguna cosa para que los escritores baratos y los productores de Hollywood sigan fijándose en vosotros.

McDuff rio de buena gana. Era proverbial la enemistad entre policías metropolitanos y federales. Pero tal vez nadie la sentía tan intensamente como el viejo Sherman, veterano inspector de

Homicidios en Nueva York.

—Le dejo, inspector —dijo Larry de buen humor—. No quiero discutir más con usted. Recuerde que estoy de vacaciones. Ahora sólo soy el ciudadano Larry McDuff, no el agente especial McDuff.

—¡Agente especial! —el policía neoyorquino chascó la lengua—. ¡Paparruchas!

—Tenga cuidado no le ahogue el rencor de no haber sabido dar con Strange, inspector. Era fácil como ganar una partida con dados “cargados”. Pero son cosas que ustedes, los de la Metropolitana, no acostumbran a ver demasiado bien.

—¡Vete al infierno! —graznó Sherman, irritado—. Empiezo a creer que padezco alergia contra vosotros. De modo que déjame en paz... y felices vacaciones, G-Man.

—Gracias, inspector — se inclinó burlonamente—. Hasta la vuelta. ¿Quiere algo para el Canadá, sus hermosos lagos y sus frondosos bosques?

—¡Una bomba que te vuele por los aires con todo ello!

Larry se echó a reír y avanzó hacia la puerta. En aquel momento, se abrió ésta y apareció Ramsay, el ayudante del inspector Sherman.

—Inspector, su hijo político quiere verle.

—¿A mí? —Sherman enarcó las cejas espesas y grises en forma satánica—. ¿Para qué mil diablos quiere verme Harry?

—No me lo ha querido decir, inspector —explicó Ramsay—. Le acompaña otro caballero, y han dicho que es muy urgente.

—¿Tú qué opinas, Ramsay? ¿Viene como yerno o como ciudadano? —rezongó el inspector.

—Yo diría que como ciudadano, inspector. Y muy preocupado, por cierto.

—Bueno, dile que pase —miró a Larry de hito en hito—. Ya lo ves. Ni la familia le deja a uno tranquilo.

Asintió el joven federal, en el momento en que la puerta volvió a abrirse, y Ramsay dio paso a dos hombres jóvenes, no mucho mayores de la treintena. Larry conocía a Harry Walton, el yerno del inspector El otro, sin saber por qué, también le resultó familiar.

—Hola, querido padre —saludó Harry, abrazando al veterano policía. Se volvió sonriente a McDuff—. ¡Larry, qué sorpresa!

¿Andas tramitando tu paso a la Metropolitana?

—¡Cielos, no! —respondió riendo Larry—. No me asustes.

—¿Crees que íbamos a admitir a niños de "papá Hoover" en nuestra institución? —gruñó Sherman, escandalizado—. Las cosas en la policía no han llegado aún a ese extremo.

Rieron todos. Pero McDuff observó que la risa del joven moreno, bronceado y atlético que era Harry Walton, no resultaba demasiado sincera ni feliz.

—Os presento a mi amigo Lansbury. Gail Lansbury, el conocido artista millonario. Gail, le presento a mi suegro, el inspector Sherman y al agente federal Larry McDuff.

Se saludaron todos. Gail Lansbury era un hombre alto, rubio, fornido, de claros ojos azules, facciones arrogantes y despejadas, y una sonrisa atractiva, que mostraba la nítida blancura de sus dientes simétricos.

—Bueno, yo os dejo —advirtió McDuff, dirigiéndose a la puerta—. Tengo prisa para salir pronto de esta prisión de cemento que es Nueva York, amigos.

—¿Vacaciones? —inquirió Harry, sorprendido.

—Sí. Se han acordado al fin de que existo. Canadá me espera. Truchas, pinos, calma, aire sano... ¡Eso es vida!

—Vida... —Harry Walton se estremeció incomprensiblemente—. Sí, supongo que sí. Pero por favor, Larry, ¿te importaría retrasar unos minutos esas vacaciones?

—¿Para qué? —se interesó McDuff, con la mano en el pomo de la puerta, girando su cabeza hacia ellos. El cabello castaño, rebelde y alborotado, le golpeó la frente.

—Quisiera que me escucharas. Tengo que hablar al inspector, pero también me gustaría que estuvieras tú presente, para darme tu opinión profesional.

—¿Mi opinión profesional... sobre qué?

—Ahora lo sabrás. ¿Puedes esperar?

—Está bien —consultó su reloj de pulsera, soltando la empuñadura del tirador—. Pero te advierto que sólo espero diez minutos. Un cuarto de hora como máximo. Luego, iré a toda prisa a la agencia de viajes. Y no me detendrá ni una declaración de guerra o la voladura del Capitolio.

—Gracias, Larry —sonrió Harry Walton. Tomó asiento frente a Sherman. Lansbury y McDuff lo hicieron en un canapé, a un lado de la mesa del inspector. Tras una pausa, el yerno de Sherman continuó: —Supongo que se estará preguntando a qué se debe esta extemporánea visita.

—Pues la verdad, sí —confesó rudamente el inspector—. Es mi hora de más trabajo, Harry. Kathleen y tú lo sabéis perfectamente. ¿A qué has venido? Pudiste llamarme, si había algo que quisierais consultarme tú o tu amigo Lansbury, y yo hubiera ido gustoso a vuestra casa, al salir de la oficina.

—No puedo esperar lo que tengo que decirle —respondió inesperadamente Harry—. Es muy urgente. Y muy grave.

—¿Grave y urgente? —perplejo, Sherman entrelazó sus manos sobre la mesa—. No te entiendo, hijo.

—Ante todo, quisiera que leyese usted estos recortes de periódico —extrajo Harry de su bolsillo hasta cuatro columnas recortadas de diarios, todas las cuales llevaban otro recorte anexo, más reducido, unido por una grapa al recorte mayor. Las tendió hacia Sherman con gesto rápido—. Por favor, en voz alta.

El inspector tomó los papeles de Prensa con extrañeza e impaciencia. Rebuscó sus gafas. Finalmente, clavó los grises, agudos ojos en Larry McDuff y le tendió a su vez los recortes.

—Por favor, Larry —pidió—. Tú tienes mejor vista que yo. ¿Quieres...?

Asintió McDuff, tomando los papeles recortados. Sus ojos verdosos se clavaron en las letras impresas del recorte señalado en lápiz rojo con un número 1. Comprobó que los demás llevaban, correlativamente, las cifras 2, 3 y 4, también en lápiz rojo. No objetó nada, disponiéndose a leer el primer recorte, ante el asentimiento rápido de Harry.

—DESDICHADO ACCIDENTE —leyó el titular de la columna, prosiguiendo después: —“Anoche, en su residencia de Long Island, el conocido industrial Charles Fawcett sufrió una desgraciada caída desde la terraza de su casa, fracturándose la base del cráneo al caer en el patio posterior de la vivienda. Cuando su esposa acudió, había muerto. La señora Fawcett sufrió un ataque de nervios y salió a la calle presa de agudo histerismo. Gracias a un transeúnte que la atendió debidamente, avisando a las ambulancias y a la policía, la

desventurada dama, a quien manifestamos nuestra más sincera condolencia, pudo ser asistida del fuerte shock sufrido”.

—Lees muy bien, Larry —gruñó el inspector, volviendo su mirada recelosa hacia su yerno—. ¿Y qué ocurre con eso, Harry? ¿Hay algo anormal en lo que hemos escuchado?

—Todavía no, por favor. Un poco de paciencia. Larry, ¿quieres leer el recorte número dos?

—Naturalmente —el federal asintió, tornando el que ostentaba la cifra referida—. Su titular reza así. EL ARTE MODERNO PIERDE UNA GRAN FIGURA. Y sigue: “En la pasada noche, el pintor últimamente galardonado por la Sociedad de Arte Moderno, Keith Bishop, encontró la muerte al ser atropellado por un automóvil que patinó sobre el asfalto mojado, saltando a la acera y aplastando a Bishop contra la pared de su casa en el momento en que se disponía a entrar en ella. El conductor huyó, asustado de su acción, y no ha podido ser hallado todavía, pese a los cuidados urgentes de un transeúnte, al que pronto se unieron otros, Bishop falleció momentos después del atropello”.

Esta vez, el gesto de Sherman era más irritado que antes. Miró a Harry Walton y rezongó de mal humor:

—¿Piensas que me trague toda la crónica de accidentes de los diarios? Muchos de esos casos los tenemos archivados aquí, por si lo ignorabas, mi querido yerno...

—No lo dudo —observó lentamente Walton—. Pero quisiera que Larry leyese los dos recortes que faltan, y luego opinase y discutiese cuanto le viniera en gana.

—Muy bien —dijo Sherman—. Sigue, McDuff, por favor. Después veremos...

Larry sonrió. Sus ojos tenían una expresión meditativa cuando comenzó el tercer recorte, con voz clara e incisiva:

—EL ÚLTIMO COMBATE. “Anoche, durante la velada disputada en el “Madison Square Garden”, el aspirante a campeón nacional de los pesos semipesados, Raúl Casares, se enfrentó al campeón Roy Collins, que ponía en juego su título. Inesperadamente, y cuando el combate era claramente favorable a Collins por puntos, éste sufrió un bajón tan grande, que Casares pudo derribarle por “K.O.”, ganando así el título contra todo pronóstico. Conducido el campeón derrotado a los vestuarios en estado de inconsciencia, resultaron

vanos todos los esfuerzos por volverle a la normalidad. Minutos después, ante la sorpresa de todos, incluido el flamante campeón Casares, que acudió al vestuario de su rival, Roy Collins fallecía, de resultas de un derrame cerebral. Los médicos, asombrados, no podían admitir que el golpe de Raúl hubiera podido causar tan terrible mal, y se practicó la autopsia al cadáver. Nuestras noticias, en el momento de lanzar esta edición, son que Roy Collins, antes de subir al ring, se sentía enfermo y, a espaldas de su manager, tomó una droga que le entregara días atrás un amigo, pero posiblemente abusó de la dosis, y ella le provocó una congestión que degeneró en derrame cerebral, causándole la muerte instantánea al recibir el golpe de su enemigo sobre la lona. La policía no ha logrado identificar al amigo que proporcionó la droga al boxeador, ni existen indicios de su identidad. Sus habituales amigos niegan haberle dado cosa alguna”.

Larry McDuff hizo una pausa. Sherman se encogió de hombros, más irritado aún, en tanto que los ojos del federal, graves y pensativos, estudiaron en silencio a Walton.

—Aquí está el último recorte —anunció, aclarándose la voz—. Es también amplio. Y lleva un titular: ROBO CON FATALIDAD: “En la última noche, en la residencia del famoso cantante de la Televisión, Leo Tucker, un ladrón logró penetrar en sus habitaciones y desvalijar la caja fuerte. Tucker, cuya esposa se hallaba ausente en compañía de su hijo, despertó sin duda al ruido provocado por el ladrón, pero con tan mala fortuna que, descubierto a su vez por el merodeador nocturno, éste le propinó tal golpe que le causó la muerte instantánea. Fue hallado el cadáver frente a la caja fuerte abierta y vacía, y las huellas de unas pisadas húmedas se perdían por la ventana, siendo imposible seguir la pista sobre el lodazal que era el jardín tras la densa lluvia de la madrugada. La policía practica averiguaciones sobre el intruso criminal, del que únicamente existe la referencia de un transeúnte que le vio salir sobre la hora del crimen por la puerta de la verja, sabiéndose que lleva un impermeable negro y un sombrero flexible, también oscuro. Según el transeúnte, el hombre del impermeable negro iba silbando alegremente, y por tanto no podía hacerse sospechoso en modo alguno...”

Terminada la lectura, McDuff suspiró, agitando los recortes en

forma de abanico. Sherman hizo una pregunta áspera y poco amable:

—¿Y todo eso qué mil diablos me importa, Harry? Dos accidentes, un suceso oscuro y un robo que acaba en asesinato. Todo vulgar. ¿Vas a culparnos de ineptos, tal vez?

—No es eso, inspector —respondió lentamente Harry Walton—. ¿Quieres leer lo que dicen los recortes adjuntos a cada una de esas noticias, Larry?

—¿Más lecturas? —Sherman se exasperó—. Mira, hijo, mi tiempo es precioso y...

—Ya los he leído —informó McDuff escuetamente—. Todos los recortes dicen más o menos lo mismo. Son la sección meteorológica del periódico respectivo a cada noticia, y en los cuatro casos indica: “Anoche llovió copiosamente sobre la ciudad, entre las primeras horas de la noche y mediada la madrugada”.

—Llovió las cuatro noches —Sherman alzó los brazos al cielo—. ¿Y qué, santo cielo? ¿También es un delito que lloviese?

—No, pero es una casualidad —observó McDuff repentinamente—. Claro está que las noches de lluvia son como otras noches cualesquiera. Y puede ocurrir cualquier cosa. ¿Dónde quieres ir a parar con todo esto, Harry?

—A una sola cosa: tengo miedo, McDuff...

—¿Miedo?

Se miraron todos entre sí. Sherman no entendía nada. Gail Lansbury, el acompañante de Walton, se humedeció los labios con la punta de la lengua, y tragó saliva.

—¿Miedo a qué? —preguntó bruscamente Sherman, inclinándose hacia su yerno.

—No lo sé —confesó desesperado el joven—. Miedo a algo. Algo que se cierne sobre nosotros...

—¿Quiénes sois nosotros? —saltó McDuff—. ¿Kathleen y tú?

—No, no —hizo un vivo gesto—. Kathleen no tiene nada que ver en todo esto, Larry. No la mezcles. Ella no sabe nada. Ni debe saberlo tampoco.

—¿Qué es lo que no debe saber mi hija? —estalló el inspector—. ¿Nada de nada... de qué?

—De... de “Los Trece”.

Hubo un silencio. Todos se miraron sin hablar. Fue McDuff el primero en hablar, repitiendo la frase de Walton:

—¿“Los Trece”? ¿Qué es eso, Harry?

Walton se enjugó el sudor con un pañuelo. La mano le temblaba. Habló roncamente después:

—Algo muy viejo ya, McDuff. Algo que creía enterrado en el pasado y que ha vuelto con la fuerza de lo espantoso e increíble...

—No te entiendo del todo. ¿Quiénes son esos “Trece”?

—Lansbury y yo, somos dos de ellos —dijo sorprendentemente Walton—. Esos cuatro hombres muertos eran también de “Los Trece”. Todos ellos.

Capítulo II

IMPERMEABLE NEGRO

—“**LOS TRECE**”... Aún no sé en qué consiste eso, Harry. ¿Qué erais? ¿Una sociedad, una organización?

—No. Simplemente, un Club.

—¿Un Club... de qué?

Walton respiró con fuerza. Era difícil explicarlo. Trató de hacerlo rápido y fácilmente.

—Un Club de solteros alegres, de hombres ricos o adinerados simplemente, artistas, industriales o de buena familia, unidos en un local que tuviera todos los alicientes de un night-club, de un local de diversiones, pero estrictamente privado, solamente reservado para nosotros, sus trece miembros. Arrendamos un piso, el último de un rascacielos. Allí nos reuníamos una vez a la semana. Dos, durante las épocas del año en que ello era factible. Para evitar suspicacias, dimos estado oficial al Club, anunciándolo visiblemente, aunque reservándonos el derecho de admisión, que en contadas ocasiones se extendía hasta autorizar la entrada de algún amigo del Club. Pero nada más, y aun eso bajo un riguroso sistema de votación general. Era divertido, juvenil... deportivo y a la vez emocionante.

—¿En qué estribaba su emoción? —preguntó lentamente Larry McDuff, hojeando todavía los recortes de periódicos.

—En la incógnita de cada fiesta. Correspondía a uno por semana organizar la reunión, buscar las chicas que compartirían la velada con nosotros, entre las más alegres y bonitas de los clubs nocturnos de Broadway. Ellas recibían buena gratificación, sabían que no se les exigía nada vergonzoso ni que repugnara a su conciencia, y por ello la colaboración a las fiestas era más alegre y sincera que en otro lugar de la ciudad adonde hubiésemos podido ir. Los murales

estaban pintados por Keith Bishop, que ya empezaba a despuntar como un genio del arte moderno. Hugh Osborn, el escritor, componía los graciosos discursos de cada velada. Y Leo Tucker nos cantaba gratas melodías. Allí no se hacía daño a nadie.

—Entiendo —Sherman tabaleó su mesa, pensativo—. Ahora, al cabo de los años, la muerte de cuatro miembros de aquel Club juvenil te ha asustado un poco. Has creído ver en todo eso la mano de alguien, empeñado en extinguir la vieja sociedad alegre y frívola.

—La verdad... sí.

—¿Y por qué, mi querido yerno? —Sherman sonrió burlonamente—. ¿Sólo por el hecho de que dos desdichados accidentes, un robo con homicidio y una muerte poco clara, como todas las cosas de nuestro pervertido y maloliente deporte pugilístico, hayan coincidido sobre miembros de aquel Club? Es un temor infantil, mi querido Harry. ¿En qué razones te basas para verle algo especialmente siniestro en esos cuatro desdichados casos aislados?

—La lluvia.

—¡La lluvia! —perplejo, Sherman deslizó su mirada sobre McDuff y Gail Lansbury—. ¿Te has vuelto loco?

—No, inspector. Ya son dos casualidades: una, el hecho de que los cuatro sean de nuestra antigua sociedad. Otra... la lluvia.

—¿Pero qué mil diablos tiene que ver la lluvia en todo eso?

—Eso, se lo explicaré yo, inspector Sherman —era Gail Lansbury, el millonario deportista, quien hablaba ahora con lentitud, utilizando una voz pastosa y agradable, que fascinó a todos—. Harry no ha referido cómo se extinguió nuestro Club súbitamente.

—Supongo que os cansasteis de las reuniones alegres —sonrió Sherman—. Siempre ocurre igual.

—No. No ocurrió igual que siempre. Lo disolvimos a la fuerza. No nos obligaron a ello, pero nosotros pensamos que era mejor dar por terminadas las reuniones. Después de todo, no iba a ser ya muy grato acudir allí... después de lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió? —la pregunta, vivamente interesada, la hacía McDuff desde su asiento, sin apartar del multimillonario sus

sagaces ojos verdes.

—Una de las chicas que subían a divertirse y a divertirnos, bebió demasiado una noche. Ninguno de nosotros la vio, pero debió de salir a la terraza, donde siguió bebiendo. Osborn vino a buscarla cuando preguntó por ella su novio. No la encontró. Luego, apareció hecha papilla en la acera del edificio.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de McDuff. Se inclinó, preguntando:

—¿Estaban situados en un piso muy alto?

—El piso veintinueve de un rascacielos —asintió Lansbury, con la faz ligeramente pálida—. Se destrozó la desdichada. Y lo terrible fue que no supimos nada hasta percibir su horrible grito en la terraza. Acudimos todos en tropel. Vimos su chal enganchado en el parapeto. Corrimos abajo. Un policía nos refirió que el novio de la chica estaba allí y la había visto caer. Pero no le encontramos. Luego, una vez arriba, supusimos que había subido antes que nosotros. Pero tampoco dimos con él. Un disco que se quedó en la gramola, aparecía roto, destrozado por alguien muy desesperado.

—Es interesante la historia —comentó McDuff—. ¿Dónde estaba, por fin, ese novio lleno de cólera y de dolor?

—No lo sé. Nunca lo supimos.

—¿Quiere decir que no dieron con él? —se asombró el federal.

—Eso es.

—¿Ni supieron su nombre, su origen, su residencia habitual?

—Nada de nada. Apareció y desapareció como un fantasma. Nadie supo dar unas señas muy concretas de él.

—Lo cierto es que casi habíamos olvidado ahora esa vieja historia —dijo con vos ahogada Walton, evitando mirar a Sherman, que no quitaba la vista de él—. Todos nos sentimos un poco responsables del accidente. Y resolvimos acabar con el “Club de Los Trece”. Nos dispersamos, y ya no nos vimos sino espaciada y accidentalmente; cuando coincidimos en alguna parte. Pero jamás los trece juntos, ni siquiera una mayoría del grupo.

—Son cosas lamentables —asintió el policía—. Muy lamentables, Harry. Pero constituyen nuestras locuras de juventud. Nadie tiene la culpa de ellas. ¿La chica que se embriagó? ¿Vosotros que la embriagasteis e invitasteis a acudir a la fiesta? Son cosas que

nadie puede prever cómo terminarán. ¿Por qué asociar eso con la muerte de los cuatro miembros citados?

—Aquella noche... cuando Diana Campbell murió... llovía —dijo roncamente Lansbury.

McDuff y Sherman se miraron. El federal estrujó los papeles de periódico con cierto nerviosismo, y crujieron entre sus dedos.

—Eso puede no significar nada —observó el inspector brevemente—. Estáis sugestionados por todo aquello.

—No sé si es sugestión. Sólo sé que aquel hombre nunca apareció. Nadie ha sabido su nombre, ni quién era. Diana Campbell era una chica que conocía a muchos hombres. Cualquiera pudo ir en su busca, enamorado de ella, para casarse. Según Osborn, que abrió la puerta al individuo, parecía hablar en serio.

—¿Y Osborn no pudo decir cómo era el novio fantástico? —apuntó McDuff.

—Claro que sí. Pero sus facciones eran vulgares, juveniles y sin rasgos destacados. Podían ser las de cualquier hombre. Y como el tiempo estaba lluvioso, era natural llevar impermeable negro, prenda que muchos lucían entonces...

—¿Impermeable negro? —los ojos de McDuff centellearon, fijos en Lansbury.

—Sí, McDuff. Usted ha advertido la tercera coincidencia —dijo con tono sombrío Gail Lansbury—. Lo mismo que el asesino de Leo Tucker, llevaba impermeable negro.

—Prenda muy común en días de lluvia —apuntó, escéptico, Sherman.

—¿No son demasiadas, tres coincidencias así? —hizo notar Harry Walton.

—El mundo está lleno de coincidencias asombrosas que en el fondo nada significan. No debéis dejar volar tanto la imaginación, hijos.

—Un momento, inspector —intervino McDuff, mordiéndose pensativo el labio inferior—. Puede no ser pura imaginación, después de todo. Es evidente que durante las cuatro noches fatales llovía. Como es evidente que en los cuatro casos pudo haber mano criminal, en dos de cuyos casos la intención homicida es manifiesta, ya que el caso Collins, resulta de lo más sospechoso. Y es evidente,

también, que alguien vio a un hombre con impermeable negro, cuando Hugh Osborn, escritor que creo goza de perfecto equilibrio mental, recuerda haber visto al novio de Diana Campbell ataviado con un impermeable de ese tono. ¿Casual? Tal vez. Pero no deja de ser demasiado casual.

—De todos modos, no creo una palabra de esa fantasía —rezongó Sherman, poniéndose en pie con brusquedad—. Lamento defraudarte, Harry, pero tus temores son una majadería de tomo y lomo. No hay razón para temer venganzas folletinescas a tantos años vista, ni motivos para pensar en un loco que va aniquilando a los que causaron la desgracia de su prometida, como parece desprenderse de vuestras teorías.

—¿Está seguro de pensar así? —preguntó plañideramente Harry Walton.

—Completamente seguro, muchacho. Ve junto a Kathleen, y deja de torturarte con esas ideas absurdas. Y usted, Lansbury, que es un joven inteligente, trate de no dejarse influir por la mente calenturienta de mi yerno.

—Está bien, señor —Lansbury se puso en pie, hablando secamente—. Vamos, Harry. No creo que resolvamos nada insistiendo.

—Estoy seguro de lo que digo —insistió, a pesar de ello, Walton. Recogió de manos de McDuff los recortes—. ¡Muy seguro, inspector! Y, por eso, sigo teniendo miedo...

Se encaminó a la puerta de la oficina, y, sin despedirse siquiera, salió del despacho. Lansbury, tras estrechar la mano del joven federal e inclinar la cabeza sobriamente ante Sherman, le siguió sin más explicaciones, cerrando tras de sí.

—Bueno... —el policía se retrepó en el asiento, con gesto irritado—. ¿Qué te parecen esas fantasías de novelucha de diez centavos, Larry?

McDuff se encogió de hombros sin decir nada. Estaba mirando hacia la ciudad, a través de la ventana. Nubes plomizas se acumulaban, al fondo, sobre la isla de Manhattan.

—Va a llover, inspector —dijo con voz sorda—. Tal vez esta noche...

Sherman dio un respingo, mirándole como si estuviera loco.

—¿Y qué mil diablos, si llueve? —gruñó—. ¿Es que has creído algo de esa paparrucha?

—No sé —McDuff entornó los verdes, inquietantes ojos, con expresión meditativa—. Pero me parece que voy a quedarme un día más en Nueva York...

—¿Eh?

—Sí. Mañana, saldré para el Canadá. Da lo mismo día más que día menos... Adiós, inspector. Hasta la vista...

Salió del despacho con un alegre ademán. Sherman se quedó maldiciendo en voz baja a todos los jóvenes e impresionables federales, tan tontos como el resto de la nueva generación americana.

* * *

Larry McDuff alcanzó a Walton y Lansbury cuando descendían la amplia escalera del Departamento de Homicidios.

—¡Esperen! Salgo con ustedes —avisó, situándose junto a ellos en el descenso rápido y un poco airado de ambos jóvenes.

Lansbury le miró de soslayo sin decir nada. Walton pareció ver el cielo abierto.

—¡Larry! —masculló, aferrándose a su brazo con fuerza—. Tú me crees, ¿verdad?

—Sinceramente, no sé qué decirte. Un policía sólo debe creer aquello que sea evidente desde todos los ángulos de observación. Por eso Sherman no te cree. Tu suegro es un buen policía. Un veterano en su cargo, habituado a tratar miles de casos similares. Y no cree una palabra de tu teoría, Harry.

—Comprendo. Y tú tampoco, ¿no es eso? ¿Crees, como él, que estoy loco?

—Ya te he dicho que no estoy muy seguro de nada. En principio, la historia es fantástica. Me recuerda a los autores de novelas de cierta época, refiriendo venganzas terroríficas, iniciadas muchos años antes, durante el robo de una joya fabulosa en Oriente, pongamos por ejemplo. Es difícil admitir que, en nuestra época y en la vida real, sucedan cosas parecidas.

—No hay ninguna joya ni un prólogo en Oriente, Larry. Sólo una mujer muerta. Y un hombre que ha podido llegar a realizar su venganza sobre los que juzga culpables de aquel desdichado

accidente.

—Los hechos, las consecuencias, son similares. Cuatro miembros, de una, sociedad de trece han encontrado ya la muerte. No deja de ser también singularmente casual que la primera víctima, Charles Fawcett, encontrara la muerte en forma similar a aquella muchacha: esto es, cayendo desde una azotea.

—Yo hablé con su mujer, Larry —aseguró Walton, sombrío—. Me dijo que la teoría policial era que resbaló sobre la azotea mojada por la lluvia. Eso, unido al patinazo del coche que mató a Bishop, fue lo que me hizo entrar en sospechas.

—He observado que, entre muerte y muerte, no ha transcurrido mucho más de un mes —dijo lentamente McDuff, asintiendo—. ¿Cuándo ocurrió lo de Leo Tucker?

—Hace veintiocho días —Walton se estremeció. Habían salido a la amplia acera, y de forma instintiva, el yerno del inspector Sherman miró al cielo encapotado—. ¿Por qué preguntas eso, Larry?

—Por nada —el federal se encogió de hombros—. No olvides que yo también soy un policía. El F. B. I. se abstiene también de guiarse por corazonadas. Se precisan pruebas. La máquina policial es fría y desapasionada, Harry.

—Resumiendo: no tengo esperanzas de ser creído por nadie.

—Por nadie, Harry. Pero yo quisiera creerte.

—¿De veras, Larry? —brilló la esperanza en las pupilas dilatadas de Walton.

—Sí. No te hagas demasiadas ilusiones, Harry. Tal vez todo sea producto de una excesiva imaginación tuya.

—Yo opino como Harry —apuntó Lansbury con firmeza—. Hay algo raro en todo esto.

—De acuerdo. No es normal lo que ocurre. Y, como estoy de vacaciones, puedo de una forma extraoficial hacer ciertas pesquisas. No prometo nada, Harry. Solamente que trataré de ayudarlos y ver lo que puede haber de cierto en todo esto.

—Confío en ti, Larry. Haz lo que gustes.

—Para empezar, quiero que me des ciertos nombres y direcciones —el tono de McDuff era ahora frío, impersonal. El del policía en acción, movido sólo por su instinto—. Después, si

encuentro algo positivo, te llamaré a casa.

—Gracias, Larry. Procura, cuando me llames, que mi mujer no se entere de nada. Kathleen no debe inquietarse.

—De acuerdo. Sabes que aprecio a Kathleen tanto como a ti y al inspector. Seré discreto. ¿Algo más, Harry?

—Si —Walton oprimió con calor el brazo del joven y atlético federal—. Que Dios te ayude, amigo mío...

McDuff se limitó a sonreír con su expresión de hombre seguro de sí mismo.

* * *

A espaldas del McCarren Park estaba la residencia de los Fawcett, en Long Island. Era un edificio de tres plantas, con amplia terraza en su parte superior, un patio con sendero de losas en cuyas rendijas de unión se veía la grava y bien cuidados setos y parterres.

Cuando Larry McDuff detuvo su pequeño “Chevrolet” ante la verja, la tarde había cobrado un tono plomizo y bochornoso. El calor no disminuía, pero la humedad envolvía en un manto cada vez más espeso a la ciudad. Sobre el Hudson y el East River, se iba posando una viscosa neblina color algodón sucio.

Le atendió una doncella pelirroja y sonriente, de rostro cubierto de pecas, que le condujo a presencia de una dama mucho más joven de lo que Larry esperaba.

La señora Fawcett, vestida de luto, pero acaso excesivamente ceñida para sus opulencias, le recibió en un gabinete de tonos alegres y modernos, que contrastaba con el aire de soledad y tristeza del hogar. La morena, atractiva Loraine Fawcett podía haber rebasado recientemente los treinta años, y representaba cuatro o cinco menos. Su aspecto era sensual, aunque suavizado por la tristeza de un rostro demacrado y terso, en torno a cuyos ojos se acentuaban las sombras oscuras. Los labios incoloros sonreían exangües al visitante, cuando le tendió la mano pálida, fría y manicurada.

—¿Ha dicho señor McDuff? —preguntó suavemente.

—Sí, señora Fawcett —asintió Larry—. Pertenezco al Departamento Federal, para la investigación rutinaria de sucesos y accidentes. Algo puramente estadístico, ¿comprende?

Al mismo tiempo, exhibió con rapidez su tarjeta de identidad,

con el escudo federal, y ella asintió con su cabeza de negro cabello peinado hacia atrás sobriamente.

—Creo que sí —aceptó—. Siéntese, por favor...

Larry lo hizo frente a ella. La viuda tomó asiento, y su falda negra y ceñida era lo bastante corta como para permitirle apreciar la línea formidable de sus extremidades, enfundadas en nylon color humo. Procuró apartar de sí tan poco castos pensamientos y concentró su atención en la desconsolada dama.

—Tenemos amplias referencias de la muerte infortunada de su esposo —apuntó Larry—. Sólo nos faltan ciertos datos para estadística. La Ley Federal se dispone ahora a emitir ciertas normas en relación con los accidentes, y estas investigaciones nos servirán de pauta en el futuro.

—Pregunte lo que desee, señor McDuff. Hace ya casi cuatro meses de la muerte del pobre Charles. Creo que podré soportarlo bastante bien.

—Procuraré ser breve, señora. También para nosotros es doloroso ahondar en ciertas heridas... —McDuff había extraído un bloc de apuntes y un lápiz. Se dispuso a escribir, sin mirar apenas a la viuda—. ¿En qué forma se produjo el accidente de su esposo? Me gustaría tener una referencia exacta, señora Fawcett.

—No podré ser muy exacta en eso —suspiró ella—. Yo estaba dentro de la casa cuando preparaba café para él en la cocina. Acostumbraba a tomar una taza de café en el salón, mientras leía el periódico y el boletín de cotizaciones de Bolsa, antes de acostarse.

—¿También acostumbraba a pasear por la terraza de la casa?

—A veces, sí. Sobre todo, cuando la noche era agradable.

—Pero, esa noche, ¿era lo suficientemente agradable para invitar a un paseo?

—No... No; ahora recuerdo que llovía. O había llovido. Lo cierto es que todo estaba empapado. No sé cómo se le pudo ocurrir salir a la terraza.

—¿Hubo visitas ese día, señora Fawcett?

—No a esas horas. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Su marido pudo subir con alguien para mostrarle la casa, caer entonces...

—¡Qué disparate! Charles no hubiera hecho eso jamás. Además,

no hubo visitas.

—¿Estaba la doncella de servicio en esos momentos?

—No. Eran casi las diez y media. Se había ya acostado. ¿Dónde va a parar ahora?

—Examino ciertas posibilidades, señora Fawcett. Perdóneme si soy importuno. Pasemos a otra cosa. ¿Qué hizo usted cuando oyó el choque del cuerpo en el patio embaldosado?

—No sé lo que sentí. Lo cierto es que jamás pensé que pudiera ser él... Imaginé que algo había caído. Un adorno de la terraza, un tiesto, cualquier cosa... Me asomé. Entonces le vi. Tendido sobre las losas del jardín. La ventana de la cocina cae cerca. Me tambaleé, horrorizada. Pero pude salir al jardín, inclinarme sobre él... Al reconocerle, no sé lo que me ocurrió. Tengo una vaga idea de que salí a la calle chillando, emitiendo palabras incoherentes.

—Este es un distrito bastante solitario por la noche, señora Fawcett. ¿Nadie acudió?

—Sí. Alguien pasaba por la acera de nuestra residencia. Oí sus pasos, la canción que iba silbando, bien ajeno a lo que sucedía a pocos pasos suyos... Acudí corriendo hacia aquel hombre, le debí de decir algo y él me entendió, porque dejó de silbar y acudió a ver el cadáver de mi marido. Yo tenía ya mi ataque de nervios. Me llevó dentro de la casa; le oí telefonear a la policía y al hospital. Luego se levantó Gladys, la doncella. Y ya no recuerdo más... Debí de perder el conocimiento.

—Me gustaría contar con algún testigo más sobre el caso. ¿Sabe dónde puedo encontrar al caballero que le atendió en esos momentos?

—No —ella le miró asombrada—. No tengo la menor idea. Ni siquiera sé quién era

—¿No le dio su nombre, su dirección?

—¡Cielos, no! ¿Cree que iba a preguntarle nada de eso en tales momentos? Ni a él se le ocurrió decirlo.

—¿Recuerda cómo era?

—¿El hombre? —ella mostróse francamente recelosa ahora. Miró a McDuff con extrañeza—. Oiga, ¿qué es lo que se propone con esas preguntas? Son absolutamente inútiles para...

—Señora Fawcett, al Departamento Federal le interesa aclarar

siempre todos los extremos, en relación con los accidentes —dijo con sequedad Larry—. ¿Ha dicho que su doncella acudió antes de desvanecerse usted?

—Sí.

—¿Mientras aquel transeúnte telefoneaba a la policía y a los sanitarios?

—Eso es.

—¿Quiere llamarla, por favor? Me interesaría hacerle unas preguntas también.

Loraine Fawcett le estudió, cada vez más perpleja. Luego se encogió de hombros, pulsó un timbre y aguardó en silencio, mientras McDuff ponía en claro unas notas.

Gladys asomó su cabecita roja y su prominente busto por la puerta. No era mal parecida a pesar de las pecas, y ella lo sabía. Sonrió coquetamente al joven federal, que le sonrió a su vez con simpatía.

—Gladys, este caballero es del F. B. I. —dijo con cierta aspereza la viuda—. Va a hacerte unas preguntas en relación con el accidente del señor. Respóndele. Es rutinario.

—¿Del F. B. I? —Gladys, sin duda, iba mucho al cine. Puso los ojos en blanco—. ¡Qué romántico!

—No lo crea —gruñó McDuff—. Las películas son bastante inexactas con nosotros, encanto.

—Usted parece un galán de cine —opinó Gladys con encantadora sinceridad, estudiando el guapo rostro varonil de Larry.

—Gracias, pelirroja. Merece unas vacaciones pagadas en Miami —miró de reojo a la señora Fawcett, apreció su gesto agrio y enmendó con tono más seco—: Bueno, Gladys, dígame una cosa: ¿usted vio al caballero que atendió a la señora Fawcett la noche del desgraciado accidente en el que perdió la vida el señor Fawcett?

—¿Al hombre del impermeable negro? Claro que sí. Estaba telefoneando y...

—¿Cómo ha dicho? —Larry estuvo a punto de dar un respingo—. ¿Impermeable... negro?

—Sí. Hay algunos. ¿No le gustan, verdad? A mí tampoco. Aquel hombre, con el impermeable negro y la cara tan pálida y extraña,

me asustó un poco.

—¿En qué consistía su extrañeza? ¿En la palidez o en el gesto?

—En todo un poco. No parecía... real. No sé si me entiende, señor.

—No del todo. ¿Qué quiere decir con que no parecía real?

—Se está saliendo un poco de su misión, ¿no le parece, señor McDuff? —apuntó la señora Fawcett, realmente desconcertada.

—Me gustaría hallar a ese testigo, la verdad —sonrió Larry, suavizando su tono—. ¿No puede darme dato alguno sobre él, Gladys?

—No, no. Una vez hubo telefoneado dijo que ya nada podía hacer. Se marchó, tras ver cómo la señora se dormía con un sedante que yo la administré. Recuerdo que hundió las manos en los bolsillos de su impermeable y se marchó, silbando algo... no recuerdo qué. Seguí pensando que era la suya una cara grotesca, sin expresión ni facciones fáciles de recordar.

—¿Podría identificarle, de verlo alguna vez?

—No —sonrió la doncella, frunciendo el ceño—. Es curioso, pero le recuerdo como un hombre sin rostro. No creo que recordase su cara fácilmente.

Larry dio las gracias a una y otra. Salió de la residencia de Fawcett. Las nubes se obscurecían por momentos sobre la ciudad. El aire era húmedo, salobre,

Un hombre sin rostro... y con impermeable negro

¿Significaba algo esa sorprendente descripción? Se sintió deprimido e inquieto, sin saber por qué.



—Le recuerdo como un hombre sin rostro...

2 — SILBA

Capítulo III

LLUVIA

—¿QUE si recuerdo al señor Bishop? ¿A Keith Bishop? ¡Naturalmente, señor! —el agente de uniforme azul, de vigilancia en el cruce de la Calle Cuarenta y Seis con la West End Avenue, abrió mucho sus azules ojos—. Siempre he sido un fanático de la buena pintura moderna. No de esos chiflados que emborronan lienzos, sino de los que saben pintar con una expresión de hoy y temas de hoy. Así era Bishop, señor... Un genio. Todo un genio.

—Sí, agente, yo opino como usted —aseguró McDuff, que jamás había visto un solo cuadro de Bishop—. Por eso me gustaría conocer datos de su muerte. Estoy escribiendo un libro sobre la vida y la muerte de los grandes artistas de nuestro tiempo. Me gustaría saber exactamente cómo murió el mejor pintor de la moderna técnica americana.

—¿De veras, señor? ¿Va usted a escribir un libro en el que aparezca Bishop? —el guardia se entusiasmó con la idea—. ¡Es algo magnífico, señor! ¡Nadie como él lo merecía! Además de gran pintor, era una persona admirable, un excelente muchacho...

—Lo sé, lo sé. Por cierto que también quisiera hacerle aparecer a usted en el libro, si no tiene inconveniente...

—¿Inconveniente? ¡Cielos, ninguno! —el agente se esponjó—. Mi nombre es Brian O'Hara, señor. ¿Lo recordará?

—Brian O'Hara —muy solemne, lo apuntó Larry en su bloc de apuntes—. No deje de adquirir el libro. Y ahora, por favor, dígame: ¿cómo sucedió aquello?

—Yo me hallaba en ese momento al otro extremo de la manzana de mi demarcación, señor. Fue algo horrible. Pude escuchar el chirrido de las gomas sobre el asfalto mojado. Había llovido bastante ese día, y el suelo estaba muy resbaladizo. La acera

hace un badén junto a la vivienda del señor Bishop, por haber allí unos almacenes donde guardan camionetas de transporte a domicilio. El coche, al patinar, saltó la leve altura del badén, se incrustó en la acera, lanzando al señor Bishop contra el muro de piedra. Le destrozó por completo. Y el conductor, asustado de su hazaña, tuvo la cobardía de huir.

—¿Usted le vio escapar?

—Ciertamente, señor. Dobló la curva a velocidad impresionante cuando yo corría hacia allá, por la parte del garaje inmediato. Era bastante tarde, tal vez las cuatro o las cinco de la madrugada. El señor Bishop, como buen artista, era noctámbulo incorregible. No pasaba nadie por el cruce, y, aunque yo corrí cuanto pude, haciendo sonar mi silbato, cuando llegué ya estaba él casi muerto. El choque del automóvil le había destrozado el pecho y la espina dorsal. Algo horrible, señor.

—¿Y no acudió nadie? Tengo entendido que hubo varios transeúntes que...

—Sí, después sí. Milagrosamente, un viandante llegó junto a mí segundos después, y se ocupó de avisar a las ambulancias, mientras yo trataba de obtener algún resultado con el herido. Pero fue en vano. Agonizó enseguida, de resultas de sus horribles heridas. Al llegar la ambulancia, minutos después, sólo se llevó un cadáver.

—¿De dónde venía el transeúnte que atendió a Bishop al mismo tiempo que usted? —preguntó McDuff, estudiando la calle donde meses antes encontrara la muerte el pintor—. ¿De allí?

Señalaba a las luces de un garaje inmediato que formaba chaflán al término de la mangana. Sorprendido, el guardia asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—¡Cielos, sí! ¿Es usted adivino?

—A veces —sonrió Larry—. Trato de ver con los ojos de mi imaginación los hechos. Para un escritor es fácil.

—Si usted lo dice... —el agente O'Hara miró con interés a Larry—. ¿De veras que saldré yo en el libro, señor?

—Claro que sí. "El valeroso agente O'Hara, el hombre que vio morir a Keith Bishop." Así aparecerá usted en mi obra, agente.

—Mil gracias, señor. Mis compañeros se morirán de envidia cuando me vean a mí en ese libro. Ya estoy viendo sus caras al

leer...

—Me gustaría también saber quién era el hombre que atendió a Bishop con usted. ¿Puede recordar su nombre?

—Demonio, no se me ocurrió preguntárselo. Después de todo, no era más que un transeúnte casual.

—Sí, claro. Pero ya que no sabe el nombre, ¿recuerda su aspecto físico, su cara o su modo de vestir? Eso siempre gusta a los lectores.

—Deje que recuerde... —frunció el ceño, arrugando su ancha frente con un esfuerzo mental intenso—. Era... era... ¡Oh, sí, ya me acuerdo! Era un hombre de expresión aburrida, bastante pálido y taciturno. Vestía un impermeable muy oscuro. O tal vez era negro... Sí, creo que era negro...

Larry le dio las gracias, alejándose. Le llegó la pregunta del agente O'Hara:

—¡Espere! ¿Cómo se llamará el libro y cuándo aparecerá?

—“Vida y muerte de los genios de hoy” —dijo McDuff, improvisando rápido—. Se editará a finales de año...

Y suspiró, pidiendo mentalmente perdón por el engaño al pobre policía O'Hara.

* * *

El empleado del garaje recordaba poco de la noche del accidente. Sí, estaba de servicio a esas horas, pero el local era amplio y había otros empleados.

—¿El coche que mató al señor Bishop? —se escandalizó—. ¡Cielos! ¿Y cómo iba a ocurrírsele entrar aquí, a menos de cien metros del lugar del suceso, para ocultarse?

—¿Está completamente seguro de que no pudo hacerlo?

—No creo que lo hiciese.

—Pero, de haberlo hecho... usted tal vez no lo hubiera visto. Y pudo ocurrir, ¿no?

—Hombre, posibilidad material, la hay. Pero a nadie se le ocurre...

—Eso es todo, amigo. Muchas gracias.

Larry McDuff dejó al otro con la palabra en la boca. Salió de nuevo a la East End.

Alzó los ojos al cielo de la tarde. Todo se había oscurecido. Le cayeron algunas gotas de agua en el rostro y las manos.

Estaba lloviendo.

* * *

El gimnasio de Barney Spats estaba en la parte baja de Forsyth Avenue.

Se entraba por una estrecha escalera que ascendía a la planta destinada a gimnasios y salas de entrenamiento. McDuff se cruzó con varios atletas, de trajes chillones y mal cortados, que realzaban la anchura de sus hombros y la estrechez de sus cinturas.

Cuando entró, se despedían de un tipo bajo, fuerte y pelirrojo varios hombretones de narices aplastadas y cabellos engomados y brillantes. Algunos, llevaban llamativos suéteres ceñidos a su musculosa humanidad.

—Adiós, Spats —dijo uno de ellos—. Mañana estaré aquí a las ocho.

—De acuerdo, Jack. Pero que sea a las ocho en punto, no las ocho y media o las nueve —rezongó el llamado Spats, enarcando sus rojas cejas—. Recuerda que tienes combate el lunes. ¿O quieres que te tumben al primer round, como a Kramer?

—Seré yo quien tumbe a ese presuntuoso de Lemmon a las primeras de cambio —alardeó el pugilista, enarbolando sus puños ante los ojos escépticos de Spats—. Adiós, viejo.

—Id con Dios, muchachos —gruñó el manager, agitando la mano con poco entusiasmo.

Se quedó solo y se encaminó hacia los gimnasios vacíos, iluminados ahora por la luz artificial. Larry apresuró el paso y le alcanzó bajo una hilera de sacos de entrenamiento.

—¡Hola, Spats! —saludó.

—¡Hola! —el otro se volvió, mirándole con desgana—. ¿Nos conocemos?

—Poco. Pero nos conocemos. Soy McDuff, del Departamento Federal.

—¿McDuff?

—Sí. Le ayudé un poco en aquel asunto de los boxeadores “dopados” de “Jersey” Muller.

—Oh, ahora me acuerdo —le tendió una mano ancha y velluda, que estrechó Larry—. ¿Qué tal, muchacho?

—Como siempre, Spats. De un lado a otro en busca de

información.

—¿Vienes a eso ahora?

—En cierto modo, sí.

—Tenía entendido que el boxeo se había adecentado un poco y no hacían falta últimamente pesquisas federales.

—Eso parece, Spats. No se trata del boxeo en términos generales. Busco algo oscuro, relacionado con un solo boxeador.

—¿Quién?

—Roy Collins.

—¿Collins? —Barney le miró de hito en hito, con un brillo extraño en los ojos—. ¿Qué quieres saber de Collins, G-Man?

—Eras tú su manager, ¿no es cierto?

—Sí, lo era.

—Lo he sabido hace poco. Hasta entonces, pensé que su muerte no estaba clara. Y mucho menos lo de la droga. Suponía que un cuidador poco escrupuloso le había enviado al infierno prematuramente.

—Spats nunca haría eso por nadie, McDuff.

—Ya lo sé. Por eso vengo a verte. Alguien le dio la droga a Collins. ¿Quién?

Spats se encogió de hombros con amargura.

—¿Quién puede saber eso? Lo cierto es que acabaron con Roy Collins. El único chico con madera de campeón que había hoy en día en la nueva promoción. Ahí tienes a Raúl Casares, que ganó el título en ese combate. Ha perdido anteayer en Méjico su campeonato.

—Son ídolos de un día —asintió McDuff—. Sólo Barney Spats intuye a los verdaderos campeones. ¿Los hay ahora en tu gimnasio?

—No. No hay más que atletas engreídos y jovencitos que sueñan con millones de dólares y con el Madison Square Garden. Nunca llegarán ni a aspirantes de un Estado.

—¿Cómo fue lo de Collins?

—¿Te interesa mucho?

—Sí. Por eso estoy aquí.

—Ven conmigo. Te lo contaré arriba. Tengo una botella de algo que ayuda a recordar las cosas tristes sin echarse a llorar. Anda, sube, McDuff.

Alcanzaron otras escaleras más angostas, y entraron en un cuartucho cuyos muros aparecían cuajados de fotografías pugilísticas y carteles de combates estelares. Uno de ellos mostraba las letras de dos nombres familiares a McDuff: ROY COLLINS, contra RAÚL CASARES. TITULO NACIONAL DE LOS SEMIPESADOS. La fecha, apenas dos meses atrás

Sacó de un pupitre una botella de buen bourbon kentuckiano, y sirvió dos copas. Luego refirió con voz sorda:

—El combate era nuestro. Casares estaba acorralado en las cuerdas recibiendo la mayor paliza de su vida. Los puntos se sumaban en la cuenta de Roy con velocidad de meteoro. Y ni siquiera me preocupaba de eso. Iba a ganar por K. O, al menor descuido de Raúl. Entonces le vi vacilar, tambalearse, y cogerse la cabeza entre las dos manos. Comprendí que algo le ocurría, pero le alenté. No podía perder, no podía abandonar en ese momento. Pensé que el vahído pasajero desaparecería. Entonces Raúl se animó. Le golpeó con todas sus fuerzas y con precisión.

—¿Y cayó Roy?

—Cayó. Ante mi asombro, ni siquiera pudo levantarse. Estaba K. O. Le retiramos del ring sin haber recobrado el conocimiento. Murió en los vestuarios sin haber vuelto en sí. Creí enloquecer. Aquello era imposible. El golpe de Raúl no podía haberle matado. Los médicos del Estadio afirmaron que era un derrame cerebral, pero las causas no estaban claras y procedía hacerle la autopsia.

—¿Qué sospechaban ellos?

—El uso de una droga. Y no dudaron en sospechar de mí, como era lógico. Yo hice averiguaciones. Un empleado de los vestuarios me aseguró que, ya antes de subir al ring, Roy había tenido un ligero vahído, pero que prohibió me dijeran nada. La policía buscó activamente, esperando hallar alguna droga. En su valija, en la mía, en nuestras ropas y enseres. No había nada. Pero la autopsia dio el resultado que los médicos deportivos habían temido: una fuerte droga, injerida antes del combate, excitó sus sentidos. Pero la dosis era excesiva, y provocó una congestión sanguínea que, al primer golpe fuerte, provocaría un derrame mortal.

—¿La droga no ha aparecido nunca?

—Nunca.

—¿Pudo dejarla Roy en su camerino, al salir a luchar?

—Pudo ser así, ciertamente. Alguien que le vio, mientras yo atendía a los periodistas, poco antes del combate, asegura que depositó un pequeño frasco con píldoras sobre una estantería y que, al ser preguntado, contestó: “Es un medicamento contra los nervios, para fechas como esta. Me lo ha dado un buen amigo, y espero que gracias a él no me jueguen mis nervios una mala pasada. Casares no tiene ni esa esperanza”, concluyó él, riendo. Era un muchacho de muy buen humor.

—¿Y el frasco de píldoras no apareció más?

—Nadie lo ha vuelto a ver. Se registraron incluso los cubos de desperdicios y las tuberías de desagüe del Estadio. No ha aparecido nada similar.

Hubo un silencio. Barney Spats volvió a llenar de whisky de Kentucky las dos copas. Sobre sus cabezas, en alguna vidriera o claraboya, la lluvia golpeaba ruidosamente, tamborileando.

—¿Llovía esa noche, Barney? —preguntó de repente Larry.

El manager miró con asombro al federal. Los verdes ojos de McDuff no le dijeron nada. Asintió por último.

—Sí, llovía. Mucho. Se había pensado, incluso, en suspender la velada. Pero dos horas antes del combate cesó de llover. Aunque se reanudó minutos antes del principio del espectáculo, no perjudicó a la entrada, y el Madison registró un lleno absoluto.

—¿No observaste a nadie sospechoso por allí, Spats?

—¿Sospechoso? En esos sitios entra mucha gente. Periodistas, curiosos, deportistas pasados, aficionados y amigos... Cualquiera puede ser sospechoso.

—¿Pero nadie en particular?

—No, nadie. Yo, al menos, no lo recuerdo...

McDuff aventuró un juicio, al ver que Barney callaba, dejando de pensar en ello:

—¿No viste a ningún hombre con impermeable negro, Spats?

—¿Negro? ¿Un impermeable negro dices? —el manager enarcó sus pelirrojas cejas con estupor—. Cielos, no recuerdo nada parecido. Había un montón de gente con gabardinas, sobretodos, trincheras e impermeables claros, pero... ¡Eh, un momento!

De golpe, se le habían dilatado las pupilas. Estiró las manos, aferrando por las solapas a McDuff. El federal se limitó a mirarle

sin decir nada.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Qué sabes concretamente de la muerte de Collins, G-Man? —pidió apremiante—. ¿Es que sigues ya alguna pista? ¿Sabes quién fue el cerdo que...?

—No sé apenas nada, Spats —le suavizó Larry serenamente—, Sólo tanteo en la oscuridad. Son como palos de ciego. A ver si atino en algo. Si es así, te prometo que el que hizo aquello con Roy lo pagará muy caro. Sólo te pido una respuesta. ¿Viste a un hombre con impermeable negro esa noche en el Madison Square Garden?

—Le vi en los vestuarios —dijo roncamente Barney.

—¿Seguro? —el tono tenso, vibrante, de McDuff tenía apremio, urgencia.

—Sí, seguro. Deambulaba por allí. No hablaba con nadie, no parecía amigo de nadie. Ni siquiera me acordaba de él. Si lo he recordado es porque silbaba...

—¿Silbaba? —un escalofrío sacudió a Larry. Ese simple hecho le recordó algo.

—Sí. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos, si no me equivoco. El impermeable brillaba, empapado de agua. También se cubría con un sombrero oscuro, de esos impermeables para la lluvia. Y silbaba. Mi canción favorita, por cierto.

—¿Cuál era esa canción?

—“Tiempo borrasco”.

—“Tiempo borrasco”... —se preguntó por qué precisamente esa.

—Sí, por eso me fijé en él. No cesaba de silbarla. Recuerdo que le miré con ira y le grité: “¿No puede callarse? ¿Es que no sabe que ha muerto un hombre ahí dentro?”. Me miró. Estaba en el pasillo de los vestuarios. Sólo dijo algo así como: “Perdone. No lo sabía.” Y se alejó.

—¿Cómo era ese hombre, Spats? ¿Puedes recordar algo de su rostro?

—¿Sospechas que pudiera ser él? ¿Sabías que un tipo con impermeable negro...?

—Sabía eso. Pero no sé quién es ese hombre. Un impermeable nada dice. Acostumbra a llevarlo. También acostumbra a silbar. Es todo lo que sé. Tú puedes decirme algo más. ¿Cómo era? ¿Rubio,

moreno, delgado, grueso, joven, viejo? ¿Alto, bajo, fuerte, débil? ¿Y su rostro?

—Apenas recuerdo nada de él. Era... impersonal. Su cara me pareció inexpresiva por completo. Ni siquiera la movió para hablar. Muy pálido, eso, sí, lo recuerdo. Podía tener treinta, cuarenta años, ¿yo qué sé? Parecía de estatura normal, ni grueso ni delgado. Su cabello no lo vi.

—¿Y los ojos?

—Tal vez fueran oscuros. Marrón, gris, negro... Son cosas que uno no advierte. Y menos en aquellos momentos. Sólo me molestó que silbara. Lo hacía con una monotonía e insistencia desesperantes. Y siempre el mismo tema: el estribillo de “Tiempo borrascoso”. Excitó mis nervios.

—Sí. Y a un bolsillo de aquel impermeable negro se fue posiblemente el frasco de píldoras.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada. Eso es lo malo. Todo son sospechas, coincidencias, factores comunes... y nada más.

—¿Es que ese hombre ha cometido otros delitos?

—Si mi teoría es cierta... lleva cuatro asesinatos sobre su conciencia.

—¡Cuatro! —Spats se secó el sudor de su rostro con el dorso de la mano—. ¡Cielos!

—Y si alguien no le detiene, pronto va a sumar más —dijo sordamente McDuff alzando los ojos al techo para escuchar el tamborileo de la lluvia sobre los cristales.

Abandonó el gimnasio dejando a un Barney aturdido y lleno de desconcierto.

En la calle, ya noche cerrada, la lluvia caía implacablemente, charoleando el asfalto y llenando de charcos las aceras.

Larry cruzó hasta su coche. Una vez en él, lo puso en marcha. Las gomas rodaron sobre la calle mojada. Mecánicamente escapó de sus labios un silbido melodioso.

“Tiempo borrascoso”... Y llovía. Llovía sin cesar...

Sin saber por qué, sintió un escalofrío.

Capítulo IV

NÚMERO CINCO

KATHLEEN WALTON abrió la puerta.

Era una criatura hermosa, dulce y delicada. Su melena, de un rubio suave y sedoso, sin la estridencia artificial del tinte, caía sobre sus hombros, rozando la seda verde clara de su sencillo traje de tarde. Los ojos eran grandes, melancólicos y risueños a la vez, de un tono ambarino brillante, en contraste con el rojo intenso y carnoso de su boca. El cuerpo, constituía una maravilla física sin exhibicionismos procaces.

—¡Hola! —saludó Larry McDuff.

—¡Hola, Larry! —respondió ella, mirándole con sorpresa—. ¿A qué se debe verte por aquí? Entra, vas a mojarte. Lluve endiabladamente.

Penetró en la residencia de la Avenida Madison, no lejos de la populosa Calle Treinta y Cuatro. Kathleen misma recogió su gabardina empapada de agua y la colgó en el recibidor.

—Y bien —le miró, riendo—. Repito mi pregunta, señor agente del Gobierno. ¿A quién viene a detener a esta casa?

—A todos vosotros de una vez —rió Larry suavemente—. Por vuestra horrible culpa de no dejaros ver jamás por los amigos.

—Eres tú quien nunca se deja ver en los ambientes sociales.

—Los ambientes sociales, como tú les llamas, son demasiado caros para un agente federal —gruñó Larry estremeciéndose—. Por eso prefiero veros en casa.

—Hum... —Kathleen le miró con recelo. Sus ojos sagaces inquietaron a Larry—. ¿Y por eso resuelves venir a vernos? ¿No hay gato encerrado en esta visita?

—No, no —alzó su mano—. Palabra de honor, Kathleen.

—Soy hija de un policía, no lo olvides. Es difícil engañarme.

—Jamás engaña un G-Man —aseveró con cómica dignidad Larry—. Fidelidad, Bravura e Integridad. Es nuestra norma. Sólo he querido veros antes de irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—Disfruto de vacaciones desde hoy. Mañana salgo para el Canadá, Kathleen. Ya me despedí de tu padre. Sólo faltáis Harry y tú. ¿Está él en casa?

—No. Pero no puede tardar. ¿Te quedas a cenar con nosotros?

—Ni pensarlo, Kathleen. Tengo mil cosas que resolver aún y...

—Gracias, Larry —sonrió ella deliciosamente—. Sabía que te quedarías.

McDuff resopló. Kathleen siempre había sido así. Casada o soltera, no variaba mucho. No valía de nada lo que uno dijese, porque ella siempre se salía con la suya.

Pasaron a un living, donde Larry se acomodó, refiriéndole a la interesada Kathleen el relato de algunos casos resueltos por los Federales últimamente. Le escuchó fascinada, hasta el punto de que cuando la voz de Harry Walton sonó desde la puerta, la joven dio un respingo, sobresaltada.

—Buenas noches, querida —Harry descubrió entonces a McDuff y perdió color. Vivamente miró a su mujer. Pero ella se acercó a darle la bienvenida sin el menor asomo de inquietud, y Harry respiró con alivio.

—¡Larry, qué eran sorpresa! —exclamó, estrechándole la mano como si no le hubiese visto en algún tiempo—. ¿A qué se debe esta visita? ¿Motivos profesionales?

—Cielos, no —rio Larry—. He venido a despedirme de vosotros. Voy a pasar mis vacaciones en Canadá.

—Vaya. El viejo Hoover cuida a sus lebreles, ¿eh? —rio forzosamente Walton, cuyos ojos, siempre que Kathleen no le observaba, buscaban con angustiada impaciencia la mirada de McDuff.

—No todo lo bien que nos merecemos —dijo el joven federal con jovialidad—. Pero tampoco podemos quejarnos.

—Bien, yo os dejo ahora —avisó Kathleen—. Ya tienes con quien charlar y aburrirte menos que conmigo, Larry. Voy a disponerlo todo para la cena. ¿Sabías que Larry se queda a cenar

con nosotros?

—Lo sorprendente hubiera sido que no se quedase — sonrió Walton, besando a su mujer al pasar—. Prepárale algo fuerte. Ya sabes que le gustan los condimentos explosivos.

—Descuida. Estallará como un cohete en cuanto acabe de cenar —aseguró ella riendo, mientras se alejaba hacia la cocina.

Una vez solos los dos hombres, todo varió. El gesto de Walton fue de intensa preocupación. Miró a McDuff como esperando su sentencia de muerte.

—Larry... —la voz era ronca—. ¿Qué hay? ¿A qué has venido?

—He estado haciendo unas cuantas pesquisas antes de irme. Cosas de rutina, ¿sabes?

—¿Dónde?

—En casa de Fawcett, de Bishop, en el gimnasio del preparador de Collins...

—¿Y qué?

—Tú tenías razón, Larry. Hay algo horrible, siniestro y espantoso en los cuatro sucesos.

—De modo que estaba yo en lo cierto... —Walton se dejó caer en una butaca, muy pálido—. Son... crímenes.

—Crímenes, sí. En los cuatro casos hay ya algo más que la coincidencia de la lluvia o de pertenecer a los Trece.

—¿Qué... qué hay?

—Un hombre. Un mismo hombre, Harry. Un personaje que nadie sabe cómo es, que nadie describe atinadamente... pero que lleva impermeable negro y silba una canción.

—El impermeable negro —se estremeció Walton—. El hombre que robó en la quinta de Tucker.

—Sí. Allí también silbaba, ¿recuerdas? Pues bien; la referencia de la señora Fawcett y la del manager de Collins, coinciden también en eso. Solamente el agente de vigilancia ante la casa de Bishop no recuerda tal detalle. Pero las circunstancias fueron tan especiales, que no es fácil recordarlo. Lo importante es que hubo un hombre de impermeable negro.

—¿Iba dentro del coche que mató a Bishop tal vez?

—No. Debió de hacer algo muy audaz y sencillo después de aplastar a Bishop contra el muro. En vez de huir lejos de allí, dobló

la esquina y se metió, en un alarde de osadía, en el garaje contiguo. Luego, salió a pie. Nadie sabía la matrícula, nadie pensó en buscar precisamente en el garaje inmediato, adonde sin duda iría más tarde a retirar el coche. Cuando ya sabía que Bishop estaba muerto. Siempre se ha marchado, ha desaparecido sin dejar rastro, cuando ya estaba seguro de que su víctima no vivía.

—Dios mío, Larry... ¿Y quién puede ser ese hombre?

—Va a ser difícil saberlo. Casi imposible, en realidad. Puede ser cualquiera. Es vulgar, impersonal. No tiene rasgos destacados que puedan citarse. Solamente que es pálido, que apenas gesticula. Habrá un millón de seres así en Nueva York.

—Tenemos que contarle eso al inspector Sherman, Larry —apremió Walton—. Ahora me creará, ahora tendrá que admitir que estaba en lo cierto al sospechar, al temer...

—No, Harry. El inspector seguirá sin creer una palabra. Mis pruebas no son tales, sino simples indicios, coincidencias fantásticas. Todo eso, analizado después, e interrogados los testigos, se iría diluyendo, e incluso acabarían por dudar si vieron o no a aquel hombre.

—¿Entonces... qué hacemos? ¡Hay que intentar algo, Larry! Si todo eso es verdad, si una sola persona ha matado a cuatro de nosotros... ¡todos podemos morir!

—Eso es terriblemente cierto, Harry —admitió McDuff muy despacio—. Y yo pregunto algo más concreto: ¿Quién puede desear vuestra muerte?

La expresión de fiera acorralada de Walton, al mirar al federal, era patética.

—¿Recuerdas la historia que conté, Larry? —preguntó a su vez.

—¿La de la muchacha que cayó al vacío? —McDuff asintió—. Sí, la recuerdo. Por eso he venido a verte. ¿Cuándo ocurrió eso, Harry?

—Exactamente, hace ahora unos nueve años. Yo tenía entonces veintidós. Era un muchacho loco y necio. Tenía mala fama. Decían de mí que era un borrachín cruel y estúpido. Pero te aseguro que ni yo ni los demás tuvimos culpa alguna en la desgracia de aquella pobre chica. Imagínate nuestro horror al saber su muerte. Ya te dije que disolvimos el Club.

—¿Dónde lo teníais instalado?

—En un edificio de Leonard Street, entre Varick y el Broadway en su parte baja. El número 71 exactamente. Había allí un club nocturno llamado “La Hacienda”. Desapareció, y ahora han instalado allí mismo “El Pingüino”, un local bastante más lujoso que el de entonces.

—¿Todos los socios de Los Trece erais jóvenes inexpertos?

—No, no todos. Fawcett ya tenía entonces cuarenta y cinco años. Y Phillips Lansbury, el hermano de Gail, que también era del Club, más de cuarenta también. También estaban allí Rhys Kingsley con sus cuarenta y ocho años cumplidos, y Vincent Wilcox, con treinta y seis. Los demás éramos jóvenes. Muy jóvenes todos.

—¿Podrías darme una lista de los miembros de ese Club, con sus respectivas direcciones? Puedes ahorrarte, claro está, los cuatro miembros muertos y tú mismo. Quiero los otros ocho hombres, con sus direcciones, incluido tu amigo Gail Lansbury.

—¿Vas... vas a avisarles tal vez de lo que sucede?

—No sé lo que voy a hacer, Harry, esa es la verdad. Estoy desconcertado. Tengo que disfrutar todavía mis vacaciones, porque no creo que, quedándome en Nueva York, os ayude en nada. Pero te prometo avisar a un par de buenos amigos del F. B. I. para que acudan enseguida a vuestra llamada si ocurre algo grave. Cuando vuelva, dentro de un mes, pediré ocuparme de vuestro caso, si he logrado reunir pruebas consistentes como para convencer a mis jefes. No es de la jurisdicción federal el caso, pero podemos arreglar esa dificultad técnica fácilmente, gracias a tu suegro, el inspector.

—No me gusta la idea de saberte lejos de Nueva York, Larry. Sólo confío en ti...

—Pues tendrá que ser así, mi querido amigo. Es cuanto puedo hacer por vosotros.

—La cena está en marcha —avisó Kathleen con voz clara, a espaldas de ellos, con tal brusquedad, que Walton dio un respingo—. De un momento a otro, se podrá servir y... Pero Harry, querido, ¿qué es lo que te ocurre? Pareces demacrado e inquieto...

—No es nada —sonrió forzosamente Walton—. Larry me ha contado ciertos casos de la Policía Federal, no demasiado agradables. Creo que me he impresionado excesivamente.

—Por tu cara, así parece. Tu estómago no es lo bastante fuerte para ciertas cosas, querido —rió ella—. Larry me ha contado a mí varios casos, y no me ha ocurrido nada.

—Es que eran más suaves que los que referí a tu marido —observó burlonamente McDuff.

—Vaya, vaya —Kathleen le amenazó con el índice—. ¿Con que despreciando la fortaleza de la mujer? Entérate de una vez, Larry McDuff, de que Kathleen Walton es capaz de soportar, sin pestañear siquiera, muchas cosas que harían temblar a un hombre. Llegada la ocasión, sé ser fuerte... y entera.

Se alejó de nuevo hacia la cocina agregando que fueran levantándose para ir a tomar un aperitivo en el saloncito contiguo al comedor. Larry y Walton se miraron en silencio.

—Sabe ser fuerte y entera —musitó Harry—. ¿Qué habrá querido decir?

—No sé. Tal vez sospeche ya algo. En otro caso, va a necesitar todo eso que dice, Harry. Tarde o temprano, ella se enterará de lo que ocurre, si esto sigue adelante.

—Sí —Walton suspiró, con la frente surcada de arrugas—. Eso es lo que más temo...

Echaron a andar tras de Kathleen. A su paso por el corredor, percibieron en los cristales de las ventanas el tamborileo de la lluvia. McDuff captó el estremecimiento de Walton y su mirada recelosa a los postigos encajados.

Parecía ridículo que la lluvia pudiera asustar a un hombre. Pero a Larry no se lo parecía.

Acaso porque también le asustaba a él.

* * *

Estaba cesando de llover. Las gotas sobre el asfalto eran ya escasas e intermitentes. Se veía su golpeteo en los charcos oscuros, los círculos concéntricos formados en torno al punto donde caían.

Por el extremo de la acera, en la manzana que ocupaba casi por entero el recio, macizo edificio de piedra con más de treinta años de vida en aquel distrito residencial de la ciudad, apareció una joven caminando ligera.

El taconeo de los zapatos femeninos sobre el asfalto, era seco y sonoro. Pisó la tapa de una alcantarilla, y el tacón produjo un clap-

clap metálico. Era una mujer joven aún. Rubia y llamativa. Llevaba bolso colgando del hombro. Sus piernas eran bonitas y ágiles.

Llegaba siempre sobre esas horas. Su trabajo en la cafetería, al otro extremo de la ciudad, terminaba tarde. El elevado la dejaba allí cerca sobre una hora siempre similar.

Pasó de largo el suntuoso edificio de piedra. Ella no vivía en él. Era una vivienda para gente rica, Y la muchacha de la cafetería, aunque viviese muy cerca, no era rica.

Le bastaba doblar la esquina, penetrar en el pasaje inmediato, y avanzar hasta cuatro puertas más allá. Entonces estaba en su modesto alojamiento.

Torció la esquina. El pasaje no gozaba de muy buena iluminación. Y esta noche, acaso por avería, la primera farola estaba apagada. Había una boca de riego un poco más allá. Podía verla reflejada en el extenso charco de agua que lamía el bordillo.

También vio algo más en aquel charco, y si tardó algún tiempo en descubrirlo, fue porque la luz era difusa en aquel trecho de pasaje. De un cercano cinematógrafo debían de estar saliendo ya, como cada noche, porque se percibía rumor de gente muy cerca de allí.

Se acercó más a la boca de riego. Inclínose para ver mejor lo que había en el charco. Sintió miedo. Su primera impresión era cierta. Aquello era un hombre.

Estaba caído sobre el charco, con la cabeza apoyada en el bordillo. Inmóvil, con las ropas empapadas de agua.

Resueltamente, hincó una rodilla en la acera húmeda. Aquel hombre debía de haber caído o sufrido un desvanecimiento. Parecía inconsciente. Le tocó la cabeza, trató de alzársela.

Entonces lanzó un grito. Un grito prolongado y terrible. Retiró los dedos cubiertos de algo oscuro y reseco. En cuanto a la cabeza yacente, parecía pesar mil toneladas, y el cuello tenía una flojedad extraña y espeluznante.

Levantó la cabeza, aterrorizada, buscando a alguien. Sólo vio las espaldas de un hombre que se alejaba en la distancia, silbando estridentemente. Le llamó:

—¡Socorro! ¡Venga usted aquí! ¡Hay un hombre muerto! —su voz ronca era vibrante.

Pero aquel noctámbulo no debió de oírla, aunque ello pareciera imposible. Y si la oyó, optó por no meterse en líos, ya que apresuró el paso, aunque sin dejar de silbar una melodía que, mecánicamente, le resultó conocida a la muchacha. Después, un automóvil de alquiler paró en la esquina, y la figura del paseante —solitario penetró en él rápidamente. La muchacha apenas si advirtió el brillo de una farola sobre su negro, charolado impermeable, antes de que el coche arrancara.

Siguió gritando, gritando como una posesa, en pleno histerismo...

Todavía gritaba cuando apareció el agente de servicio en la zona, revólver en mano, y con él un nutrido grupo de espectadores del cinematógrafo, atraídos por las voces estremecedoras de la joven.

Mientras tres o cuatro personas se cuidaban de atender a la asustada muchacha, el policía se inclinó junto al hombre inerte, le alumbró con su lámpara de bolsillo.

Silbó entre dientes.

—¡Cielos, si es Philip Lansbury, el ocupante de la casa de piedra! —exclamó—. ¡Y se ha debido de quebrar el cuello y la base del cráneo, al caer contra el bordillo de la acera! Demonio, si es que esto está tan oscuro... ¿Qué le habrá ocurrido a ese farol?

Se puso en pie con premura, rascándose tras de la oreja. Luego, avanzó hacia el teléfono del cercano poste, avisando al Departamento Central.

Capítulo V

“TIEMPO BORRASCOSO”

EL altavoz del aeropuerto avisó a los pasajeros para Ottawa.

Larry McDuff se incorporó, recogiendo su maletín de mano y su sobretodo beige. Avanzó hacia la puerta de comunicación con las pistas de despegue. Otros pasajeros lo hicieron al mismo tiempo.

Terminó el altavoz sus requerimientos. McDuff llegaba ya a la misma puerta de salida del aeropuerto cuando el locutor volvió a hablar. Esta vez, era un aviso personal:

—Se ruega al señor McDuff, con pasaje para Ottawa, tenga la bondad de presentarse en las oficinas de la Compañía.

Larry se detuvo. Tal vez había algo en su pasaje que no estaba bien. Suspiró, volviendo sobre sus pasos, mientras el altavoz repetía la llamada. Los demás pasajeros salieron a la pista de despegue, avanzando hacia el *Superconstellation* posado sobre la faja de cemento.

Las oficinas de la Compañía de Navegación estaban al fondo del corredor del aeropuerto. McDuff entró en ellas, exhibiendo su billete. Un empleado le atendió amablemente, haciéndole entrar en una reducida salita. Había un teléfono descolgado. Se lo mostró.

—Es una llamada urgente desde la ciudad, señor McDuff —avisó el empleado—. Puede responder desde aquí mismo. Faltan todavía diez minutos para que el avión de Ottawa despegue. No se impaciente, por lo tanto.

McDuff le dio las gracias. Tomó el teléfono, preguntando con cierta aspereza:

—¿Qué ocurre?

La voz de un hombre excitado le respondió:

—¿McDuff? ¿Es usted?

—Diablo, claro que soy yo. ¿Y usted?

—Soy Adams, su compañero.

—¡Adams! ¿Para qué mil demonios me llama... ahora?

—Es sobre ese asunto que me encomendó para estudiar durante su ausencia. Me dijo que le avisara si algo ocurría.

—¿Y bien? —Larry no sabía adónde iba a parar su colega federal, encargado del caso de un modo estrictamente privado.

—Ha ocurrido.

McDuff se quedó sin aliento. Apretó con fuerza el receptor. La voz le salió ronca:

—¿Qué ha sido, Adams?

—Otra muerte violenta. Esta vez, la caída contra el bordillo de una acera. Fractura de la base del cráneo, con rotura del cuello. Demasiado para una simple caída, aunque fuera un hombre de cierta edad.

—¿Quién ha sido?

—Philip Lansbury, el financiero. El hermano de Gail Lansbury, el millonario artista.

—Cielos... ¿Qué dice la policía?

—Nada. Es un accidente, según ellos. Ya le tendré al corriente de lo que vaya aconteciendo, McDuff. Eso es todo por hoy.

—Es suficiente, amigo mío. Suficiente para que se tome usted las vacaciones en mi nombre. Me quedo.

—¿Eh?

—Me quedo en Nueva York, Adams. Me quedo.

Y, con profunda irritación, colgó de golpe el teléfono.

* * *

—¿Para qué me molestan? Ya he contado a la policía cuanto sé. ¿Qué puedo decir?

Larry McDuff asintió, sin dejar de remover el café que acababan de servirle. Contempló las facciones pálidas de la joven uniformada de azul y blanco que servía en la cafetería. Mary Colby era su nombre. Bonita chica. Y muy impresionada hoy.

—No creí encontrarla aquí —observó Larry—. Es usted una chica fuerte.

—Tengo que trabajar, señor —declaró la camarera—. Después de todo, no fue un asesinato lo que tropecé en mi camino.

—¿Está segura? —la suave pregunta de McDuff hizo abrir

mucho los ojos a la joven.

—Yo... claro que sí. El pobre hombre se había caído. Resbaló sin duda en el charco. Se golpeó con la cabeza en el bordillo. ¿Usted conocía a ese caballero Lansbury?

—Bastante —mintió Larry serenamente—. Por eso he venido a verla. No como federal, sino como amigo. Me interesa vivamente su fin. Pobre Lansbury... Si al menos hubiera habido alguien que le asistiera al caer... Pero por allí no debía de haber nadie cuando usted le encontró, ¿verdad?

—Pues no —confesó la joven camarera con voz tenue—. El pasaje estaba solitario. Y el hecho de estar apagado el farol de aquella zona le dejaba bastante oscuro. Le confieso que sentí miedo. Sobre todo al ver que ni siquiera hacían caso de mis voces.

—¿Quién no hacía caso de sus voces? —preguntó suavemente McDuff, inclinándose sobre el mostrador.

—Un transeúnte que se alejaba por el fondo del pasaje —declaró ella ambiguamente—. A pesar de mis gritos de auxilio, fingió no oírlos, apresuró el paso y se marchó.

—Es un grave delito de ciudadanía el no acudir a una llamada de socorro —dijo con gravedad el joven, sin apartar sus penetrantes pupilas verdes, de gato en acecho, del rostro bonito y moderno de la muchacha—. Si supiera quién era ese tipo, podría darle un disgusto.

—¿Y cómo iba a saberlo? Estaba lejos de mí. Apenas si vi sus espaldas al meterse en un taxi.

—¿Ni siquiera podría describírmelo? Eso supondría una pista.

—No, no podría. Sólo sé que le vi caminar, alejándose de allí... tal vez porque iba haciendo algún ruido.

—¿Con los zapatos? ¿Caminaba ruidosamente o corría?

—No, tampoco era eso— ella frunció el ceño, recordando—. ¡Ah, ya sé! Sí, estoy segura de que era eso. Iba silbando.

—Silbando...

—Sí, una tonadilla muy conocida. Algo así...

Ella comenzó a silbar muy suavemente, a flor de labio. Larry McDuff escuchó fascinado.

—Eso es “Tiempo Borrascoso” —apuntó con voz ronca al acabar ella su silbido.

—Sí, justamente —sonrió la camarera—. Una canción muy bonita, por cierto. Me atrajo el silbido, tal vez porque deseaba ver a alguien, pedir ayuda a cualquiera, ante la presencia del cadáver. Pero aquel hombre no se paró en absoluto. Entró en el coche y se marchó.

—Un tipo despreciable, si no acudió a ayudar a una dama en apuros. ¿Cómo iba vestido?

—No sé, no me acuerdo... Creo que iba de oscuro. Tal vez llevaba impermeable o sobretodo. Debía de ser impermeable, porque brillaba a la luz. Pero no era de tono claro como ése que usted lleva. ¿Cree que podrá localizar a un hombre por esas señas?

—Difícilmente —suspiró Larry McDuff arrojando sobre el mostrador un billete—. Cobre mi café y quédese el cambio, preciosa.

—Muchas gracias, señor. Y lamento de veras lo de su amigo.

—Yo también —se detuvo, ya en la puerta de la cafetería—. Cuando haya pasado el mal recuerdo, ¿puedo volver por aquí y pedirla que me acompañe a un sitio alegre y divertido?

—Cuando me lo vuelva a preguntar, le contestaré —sonrió coquetamente la camarera.

Larry le guiñó un ojo y salió a la calle.

Una vez fuera del establecimiento, su gesto se tornó grave, meditabundo. Contempló el cielo gris, nublado, sobre su cabeza. Ya no llovía. Desde la madrugada, había cesado de llover aunque se mantenía el tiempo inestable. Era tiempo borrascoso.

“Tiempo Borrascoso”... Evocó la canción. Otra vez el silbido siniestro. Otra vez el hombre del impermeable negro. Siempre esperando, siempre acechando, hasta que hallaban el cuerpo de su víctima... Y entonces se alejaba tranquilo, dueño de sí, satisfecho de la monstruosa obra realizada.

¿Pero por qué? ¿Quien?...

Eran preguntas obsesivas. Se detuvo en la esquina de la calle. Rebuscó en sus bolsillos, y extrajo un papel doblado. Lo desdobló, leyendo los nombres allí escritos:

Charles Fawcett, Keith Bishop, Leo Tucker, Roy Collins, Hugh Osborn, Harry Walton, Gail Lansbury, Philip Lansbury, Denver Hutton, Steve Johnson, Vincent Wilcox, Martin Hubbard, Rhys

Kingsley.

Trece hombres. Trece miembros de un antiguo e inofensivo Club. De ellos, cinco nombres tachados ya: Charles Fawcett, Keith Bishop, Leo Tucker, Roy Collins y Philip Lansbury. ¿Quién seguiría en la lista negra del asesino que se movía como un espectro, que aparecía en los lugares fatídicos y desaparecía luego como absorbido por las sombras?

Lentamente, regresó a su “Chevrolet”. Condujo hasta Greenwich Village, el barrio bohemio de la ciudad. Encontró fácilmente la calle Leonard. En el número 71, un edificio con bastantes años encima, remozado y con un Club cuya muestra era un alegre pingüino, ahora apagado y como dormido, donde había estado casi diez años atrás el Club de “Los Trece”.

Se detuvo en la acera. Casualmente, aunque McDuff no pudiera saberlo, sus pies se apoyaban en el mismo lugar donde años antes se detuviera un hombre, viendo caer algo de las alturas, envuelto en la lluvia... Los verdes ojos del federal subieron, recorriendo las hileras de ventanas, en su mayoría oficinas y despachos en la actualidad. Se detuvieron en la azotea del edificio. Había unos soportes metálicos que ya no sujetaban luminoso alguno. Allí debió de estar el Club.

Entró en la casa. Un conserje le preguntó adónde iba. McDuff mostró su insignia, diciendo que pertenecía a la Inspección Federal de Oficinas. El hombre pareció impresionado, y Larry subió en el ascensor hasta el piso veintitrés. A partir de allí, lo hizo a pie, por la amplia escalera.

La azotea del edificio, con su última planta, la había ocupado al parecer una agencia de turismo. Pero estaban en traslado, sin duda a un lugar más céntrico y apropiado. Se veían pasquines turísticos, fotografías y afiches amontonados por el suelo. Dos hombres, de uniforme blanco salieron llevando muebles consigo.

Nadie le puso impedimentos para que cruzara la amplia vidriera donde se leía: AGENCIA DE VIAJES ORBIS. Y debajo, en letra pequeña, escrita apresuradamente con pintura blanca: “Trasladado a West Broadway 1.834”. Entró en el local, de murales de Keith Bishop.

Se movió hacia la azotea. Salió a la terraza, reducida y cubierta de enredaderas y macetas. El aire era allí más frío y húmedo. Agitó

su impermeable y despeinó sus cabellos. McDuff estudió el repecho de piedra.

Por allí había caído una mujer. Se asomó. Estremeciése al ver la calle al fondo.

—¿También a usted le interesa, señor?

Se volvió en redondo, dando un respingo de sobresalto. No había sentido que nadie se acercara a él. Ahora, a sus espaldas, un hombre de facciones inteligentes y risueñas, en las que brillaban unas pupilas grises, calculadoras y graves, le estaba contemplando con evidente interés.

—¿Quién es usted? —preguntó con aspereza Larry McDuff, apoyando las espaldas en el parapeto de piedra que una vez sirviera de trágico trampolín a Diana Campbell.

—¿No cree que sería más lógico que hiciera yo esa pregunta, señor? —replicó el otro.

—¿Por qué?

—Permita que me presente. Soy Denver Hutton, gerente general de la Agencia de Viajes Orbis.

—Denver Hutton... Uno de "Los Trece".

—Eso es —la mirada de águila del otro se entornó—. ¿Y usted?

—Larry McDuff —mostró su credencial, irguiéndose serenamente—. Agente especial del Federal Bureau.

Hutton silbó en voz baja, mirándole con cierta sorpresa.

—¿Un G-Man en nuestro caso? ¿Es de incumbencia federal esta serie de asesinatos?

—¿Qué es lo que ha dicho, Hutton? ¿Asesinatos?

—Eso he dicho. Y le he preguntado si es de jurisdicción federal.

—No, no lo es —sonrió, como niño cogido en falta—. Trabajo por mi cuenta. Estoy de vacaciones.

—¿Quién le ha contratado? ¿Gail Lansbury, Osborn... o Walton?

—No me ha contratado nadie, Hutton. No soy detective privado. Pero sí soy amigo de Harry Walton. Por eso estoy aquí.

—¿Ha leído en los diarios lo de Philip Lansbury? —preguntó tras una pausa Denver Hutton.

—Sí.

—Van cinco.

—Y quedan ocho.

Ambos hombres se miraron. Un estremecimiento sacudió a Hutton.

—¿Cree que ese loco va a acabar con todos? —preguntó.

—¿Qué loco? —saltó vivamente Larry.

—El que todos sabemos que está tras de esto: el novio de Diana Campbell.

—¿Qué ocurrió con la chica, para que todos piensen en el mismo?

—Nada, McDuff. Es la pura verdad. Se embriagó y se fue abajo. Pero nos culpa a nosotros, estoy seguro. Y nos va aniquilando poco a poco.

—¿Por qué imagina eso?

—Yo no imagino nada, no he creído nada hasta hoy, cuando he sabido que otro... otro de nosotros ha caído. Es horrible. Y he visto que ya no puede ser casual. Solamente ese hombre puede realizar una venganza tan escalofriante.

—¿Sabe dónde puede estar ese hombre, quién puede ser, cuál su identidad de ahora?

—No sé. Nadie sabe nada. Nunca supimos quién era, de dónde vino ni adonde fue. Solamente Osborn y aquel policía le vieron. Cuánto le buscamos, no estaba en parte alguna. Pero subió aquí. Yo sé que subió.

—¿Por qué lo sabe?

—Por el disco, McDuff.

—¿El disco? —Larry se puso rígido—. ¿Qué disco?

—Había uno en la gramola cuando cayó Diana Campbell —refirió roncamente Denver Hutton—. Sonaba incesantemente porque estaba conectado el cambio automático. Cuando subimos, el disco estaba roto, destrozado contra una mesa de copas rotas...

—Usted... usted no recordará qué disco era, naturalmente —apuntó Larry con un soplo de voz.

—Claro que lo recuerdo —respiró profundamente Hutton—. Es una melodía que difícilmente olvidaré, McDuff. Cuando la oigo, siento escalofríos.

—¿Y era...? —Larry sabía ya la respuesta de antemano.

—“Tiempo Borrascoso”.

—¡Mi querido Larry! ¿Pero has podido tomar en serio toda esa historia?

—Sí, inspector. Y usted no puede negarla ahora. Todo encaja visiblemente.

—Al parecer, hay algo — admitió de mala gana Sherman, sin apartar sus ojos de McDuff—. Pero yo jamás hubiera tomado en serio esa fantasía. ¿Y has sido capaz de renunciar a tus vacaciones, para quedarte en Nueva York a cazar a ese misterioso asesino?

—Sí. Estoy decidido a esperar.

—Esperar ¿qué?

—Lo que sea. ¿Usted qué piensa hacer, inspector?

—Movilizar a mis hombres en busca de ese novio fantasma. Ahondar en la vida de aquella chica, Diana Campbell. Y vigilar en lo posible a los supervivientes del círculo de “Los Trece”. El jefe no me tomará demasiado en serio cuando suba a exponerle el caso. Tú ya sabes cómo son siempre los de arriba. Quieren pruebas concretas, hechos tangibles. Podemos estar enfrentados a una psicosis colectiva de alucinados o de imaginativos, y eso no le gustaría a mi superior. Jamás me perdonaría que un federal me hubiese convencido para correr un ridículo semejante.

—No habrá ridículo, inspector. Son crímenes. Y hay un asesino en alguna parte... preparando a su próxima víctima.

—Sí, pero ¿a cuál de las ocho asestará el próximo golpe? ¿Y cuándo?

—Quién será su nueva víctima, no lo sé. Pero, cuándo ocurrirá, creo estar capacitado para decirlo.

—Diablo. ¿Eso es cierto? ¿Cuándo, Larry?

—El próximo día que llueva... —fue la espeluznante advertencia de McDuff—. Entonces, la Muerte volverá a ponerse su impermeable negro, silbará “Tiempo Borrascoso”... y segará otra vida.

—Dios mío. ¿Tan seguro estás? —hasta un hombre como Sherman se había impresionado.

—Muy seguro. Y eso es, precisamente, lo que tenemos que evitar.

Capítulo VI

EL “NOVIO NEGRO”

LOS ocho rostros aparecían pálidos, inquietos, como un grupo de máscaras grotescas, reunidas por el pincel de un esquizofrénico pintor sobre un mismo lienzo. Sin duda, el arte de Bishop hubiera logrado algo espléndido en aquel grupo de hombres asustados, de personas cuya razón estaba rozando ya el grado de la locura.

Quizá de todos ellos, fuera Hugh Osborn el más tranquilo. Fumaba apaciblemente, pálido, pero sereno, ante la ventana abierta, por la que entraba un aire húmedo en la habitación, desalojando de ella el humo denso de los cigarrillos y del grueso habano de Rhys Kingsley.

Frente a ellos, Larry McDuff y el inspector Sherman aparecían sorprendentemente afectados también por el clima de incertidumbre y terror que presidía la extraña reunión.

—...Y por eso, señores, ha sido idea nuestra convocarles aquí. Tal vez por primera noche, después de muchos años, vuelven a estar todos ustedes reunidos.

—Todos, no —rectificó suavemente Osborn, el escritor—. Faltan cinco.

—Un comentario totalmente innecesario, Hugh—avisó lentamente Denver Hutton, el hombre de la agencia Orbis.

—Dejaos de discutir —intervino la voz tensa, tirante, de Gail Lansbury, sentado cerca de Harry Walton, con su traje negro impecable, recién estrenado para luto de su hermano—. El inspector y el agente McDuff no quieren escuchar nuestros comentarios, sino referirnos algo mucho más importante. Algo que afecta a nuestras vidas, amigos.

—Yo sigo sin creer en esa fantasía del novio vengador —observó secamente Vincent Wilcox, el famoso escultor—. Parece un

mal folletín.

—Todo parece un puro, disparate, señores —admitió McDuff—. Pero el hecho cierto es que existe ese hombre de negro impermeable, que silba “Tiempo Borrascoso”, paseando indiferente bajo la lluvia. Sabemos que alguien rompió el disco con esa misma melodía, hace ya muchos años, en el Club de “Los Trece”. Pero la melodía permaneció, obsesiva, en la mente del ser enloquecido por el dolor. Esa obsesión, que deformó su visión de las cosas, le hizo llegar a esta venganza sangrienta de hoy. A los que juzgó culpables de aquello, a los que su desvarío señaló como responsables del fin de Diana Campbell, les iría eliminando uno por uno. Observen que, indefectiblemente, golpea la cabeza o provoca la muerte, siempre atacando la cabeza de sus víctimas.

—¿Y por qué eso, G-Man? —saltó vivamente Rhys Kingsley, quitándose el cigarro de los labios.

—Porque recuerda a Diana, tal y como quedó después de la caída, con su cráneo destrozado. Sería la imagen que con más fuerza se grabó en su mente. No lo olvidó nunca. Por eso, aunque utilice diversos sistemas de matar, según la víctima y las circunstancias, se mantiene fiel a su norma de herir en la cabeza. Es otra obsesión morbosa. Como lo es elegir las fechas en que llueve. Hemos avisado al Servicio Meteorológico, y, si bien reciben allí muchas llamadas interesándose por el tiempo, existe el registro de una llamada, coincidente siempre con la víspera de los crímenes, en la que una voz pregunta, sin más aclaraciones: “¿Lloverá mañana?”

—¿Significa eso algo? Puede ser cualquiera, entre tantos millones como pueblan Nueva York —rezongó ahora Wilcox, el escultor.

—Admito que no es una prueba. Pero si la informadora de Meteorología recuerda precisamente esa voz seca, como disfrazada, que hace la pregunta siempre igual, sin dar las gracias al ser informado, ni volver a preguntar nada, es porque tiene algo especial. Digamos que obra entonces bajo el influjo de su manía, y eso asoma en su voz. Ahora, si la llamada se repite, será localizada en el acto y podremos saber desde dónde se hace.

—¿Servirá de algo? —dudó Kingsley, siempre escéptico.

—Nunca se sabe si una cosa será útil o no. Pero es preciso probar.

—¿Qué sabemos de ese asesino oculto? —era Steve Johnson, el productor teatral de Broadway, quien interrogaba con ansiedad, el temor reflejado en su obeso rostro apoplético—. ¿Alguien conoce su nombre, su rostro, su aspecto físico?

—No sabemos nada de nada, señores —aseguró con enérgico valor el inspector Dave Sherman entrando en liza frente al semicírculo de hombres asustados—. Hemos de ser sinceros, cruda y descarnadamente sinceros, si esperamos llegar a alguna parte. No es mi deseo engañarles, ni debo hacerlo, en circunstancias tan escabrosas y difíciles. Hemos investigado la vida de Diana Campbell. Era una muchacha de alegre condición, cuyos amigos y admiradores se contaban por docenas. De entre una pléyade de nombres, ya que hemos tenido que bucear en sucesos rancios, amarillentos por el tiempo transcurrido, hemos seleccionado al final siete de ellos. Los de otros tantos hombres que pueden ser los sospechosos de nuestro caso. De esos siete, ya hay dos descartados definitivamente, porque murieron hace algún tiempo. Nos sobran cinco. De los cinco, hemos dado con dos de ellos: Fred Callahan y Melvyn Tolliver. Ambos establecidos honestamente en la ciudad, casados y olvidaba casi por completo Diana Campbell. Claro que eso nada significa. Puede alguno de ellos, ser nuestro hombre, pero no es probable en mi opinión. Tienen coartadas, débiles para las noches de los crímenes. Mas es cierto que muchos hombres honrados carecen de coartada, y el verdadero culpable se ha buscado un buen álibi.

—En resumen, inspector —saltó con acritud Wilcox—. ¿Quién es el “novio negro” de Diana, Campbell?

—Hay tres hombres a quienes buscamos insistentemente todavía. Uno, es Jerome Dawns, que tuvo relaciones con Diana y parecía enamorado de ella. Otro, es Ralph White, que la acompañaba habitualmente y había manifestado el propósito de casarse. El tercero, Michael Dee, la trató menos, pero también parecía atraído por la chica. De esos tres, tal vez no sea ninguno; no nos hagamos ilusiones. Son gente humilde, sin medios. El asesino puede ser un desheredado de la fortuna, pero sabemos que poseía un coche cuando fue muerto Bishop. No fue robado, porque no se halló coche alguno, víctima de robo, que mostrara por esas fechas señales de choque alguno. Y es evidente que, si guardó el

auto en el garaje cercano, lo recogió poco después normalmente. De modo que un hombre con un coche oscuro, grande y de buena marca, según referencias del agente O'Hara, difícilmente puede ser de humilde condición.

—¿No pudo alquilarlo? —sugirió Osborn.

—Pudo hacerlo. Se está investigando eso. Pero el choque tuvo que abollar su parte delantera, y mancharla de sangre incluso, ya que destrozó a Bishop. Hasta ahora, las pesquisas no han dado resultado en ese sentido. Nadie alquiló un coche, devolviéndolo así ni de otra forma dudosa. Yo, personalmente, creo que el coche era del asesino.

—Abundo en la misma opinión, caballeros —apoyó McDuff saliendo de su expectante mutismo—. La policía trabaja ya activamente en el caso, vencidas las primeras dudas sobre la realidad de un caso tan sorprendente. Sólo les ruego que ustedes no hablen con periodistas ni hagan público dato alguno de cuanto aquí se hable. El silencio, la convicción del criminal de que sus hechos siguen impunes, puede sernos muy conveniente.

—Sin embargo, el asesino no ha hecho nada por disimular su presencia en los lugares trágicos —apuntó Hugh Osborn de pronto—. ¿Por qué?

Larry McDuff miró de hito en hito al agudo escritor. La idea no era nueva para él; se le había ocurrido antes, y le halló la misma explicación que dio ahora a Osborn:

—El vengador no ha tratado nunca de ocultar su mano en los hechos —advirtió—. Al menos, no a ustedes. Quiere que tengan miedo, que esperen la muerte estremecidos de terror. Disfruta con esa tensión agobiante e insoportable. Es otro modo de vengarse. Por eso silba la canción que le obsesiona. Ustedes recordarán así... sabrán quién les ataca desde la sombra. Aunque ignoren su nombre, su aspecto físico y su origen. Y eso sí que es lo realmente terrible e inusitado del caso. Sabemos que se cometen los crímenes, sabemos los pensamientos y proyectos del culpable, sabemos el origen de todo... y no podemos señalar a nadie. No conocemos su rostro, ni su aspecto físico, ni siquiera su nombre. El señor Osborn es, tal vez, el único que realmente le vio cara a cara. Y de ello hace diez años casi. No se fijó en detalle alguno. Un descuido lamentable que él no podía prever.

Osborn asintió lentamente, avanzando hacia el policía.

—Confieso mi culpa —dijo—. Pero todos habíamos bebido, veíamos un poco borrosamente las cosas. ¿Quién se fija, así, en una cara nueva? Sólo sé que era joven

—¿Qué edad podía tener? —preguntó rápidamente Larry.

—No sé... Tal vez unos veinticinco o veintiséis años.

—Que ahora, elevan la cuenta a treinta y cuatro o treinta y cinco —suspiró Larry—. Una edad vulgar. Un hombre puede aparentarla o no. Todos los que antes hemos citado como sospechosos, oscilan entre treinta y cuarenta. Como ven, apenas avanzamos.

—Entonces, esta reunión... ¿para qué? —apuntó vivamente Lansbury.

—Era necesaria —dijo Sherman con lentitud—. Parecía fatigado, sin entusiasmo—. Ahora les conozco a todos, y ustedes a mí y a McDuff. Quiero que vivan alerta. Que desconfíen de cualquier desconocido que se les acerque... e incluso conocido.

—¿Conocido? —se sobresaltó Walton—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Mi querido Harry, ¿no habéis pensado que el “novio negro” de Diana Campbell podía, en el período de diez años, haber cambiado de personalidad y ser amigo vuestro, trabajar incluso con uno de vosotros... frecuentar los sitios que vosotros frecuentáis?

La inquietante sugerencia, esta vez, dio en el blanco de forma rotunda. Todos se miraron entre sí, como preguntándose a quiénes conocían, quién de entre las personas que les eran familiares y veían a diario podía ser el temible asesino.

Un ramalazo de frío terror sacudió a los ocho hombres asustados, igual que si la misma Muerte hubiera abierto la puerta, asomándose descamada, y proseando así una corriente de aire helado.

* * *

El inspector Sherman, Harry Walton, Gail Lansbury y McDuff, hicieron el viaje en el automóvil de Lansbury, sumidos en el más profundo y frío silencio.

Cuando el largo “Cadillac” se detuvo frente a la vivienda de Walton, el joven esposo de Kathleen descendió, notándose el

temblor nervioso de sus manos al estrechar las de sus acompañantes.

—¿Sube usted?—preguntó a su suegro, apoyándose en la portezuela.

—No, Harry, gracias —murmuró el policía—. Tengo trabajo duro esta noche. Si Larry quiere entrar contigo a tomar una copa...

—No, también tengo cosas que hacer —denegó suavemente McDuff—. Y no conviene que Kathleen nos vea muy a menudo en tu casa, Harry. Acabaría sospechando algo anormal.

—Sí —Walton inclinó la cabeza—. Lo que me pregunto es durante cuánto tiempo podremos ocultarle lo que ocurre... Bien, amigos. Buenas noches. Te veré mañana, Gail.

—De acuerdo, Harry —asintió Lansbury, ceñudo ante el volante—. Los funerales son a las diez. Hasta mañana.

Arrancó suavemente. Harry Walton se quedó en la acera, agitando su brazo en despedida. Larry McDuff volvió instintivamente la cabeza, viendo cómo se alejaba la figura de su amigo, enfundaba en el blanco sobretodo ajustado a la cintura.

Entonces, unas gotas gruesas de agua golpearon la ventanilla posterior del “Cadillac”. Una leve cortina de lluvia se formó entre ellos y la ya lejana silueta de Harry, que avanzaba lentamente hacia la puerta de su casa.

—Está lloviendo —dijo Larry, con un temblor en la voz.

—Sí —Sherman le miró sin parpadear, a la vez que Lansbury cogía la curva de la calle con tal violencia, que patinaron los neumáticos lastimosamente— Lluve, Larry...

El golpeteo de las gotas sobre el parabrisas, aumentaron hasta convertirse en un torrencial aguacero poco después.

—¿Y ahora... quién? —fue la espeluznante pregunta de Gail Lansbury, inclinado sobre el volante.

Ni McDuff ni el inspector supieron responderle. El automóvil siguió cruzando velozmente la ciudad, bajo una cortina de lluvia cada vez más tupida.

Capítulo VII

LO QUE CAYÓ DEL CIELO

LARRY MCDUFF se apartó de la ventana. Un centelleo, sobre los rascacielos, adelantóse un segundo o dos al estampido fragoroso de un trueno. El agua era una espesa cortina cayendo sobre Manhattan ruidosamente.

Cerró la persiana y se despojó de la chaqueta, aflojando la corbata. Tiró de las ropas de su cama. Se echó, soltando los zapatos, pero sin desnudarse, encendió un cigarrillo y clavó la vista en el techo, fumando nerviosamente.

No tenía sueño. No podía dormir, sabiendo que afuera llovía. Que tal vez, en alguna parte de una ciudad de doce millones de habitantes, un solo ser, enfundado en un impermeable negro, caminaba bajo el agua, guiado por el enfermizo fantasma de un recuerdo horrible y oscuro, hacía la muerte de un ser que no había cometido mal alguno.

En una habitación cerrada, como la de aquel apartamento que ocupada el solo en la calle Cuarenta y Siete, se sentía calor, un calor bochornoso, que humedecía las axilas y la espalda, en la liviana camisa blanca.

El golpeteo del agua sobre los cristales llegaba a hacerse cohesivo. Era como una llamada lastimera, angustiada, de un ser flotando en la lluvia, culebreando entre los rascacielos de Broadway.

De repente, Larry se incorporó en la cama, con todos sus nervios tensos. Clavó los ojos en la puerta del vestíbulo, visible desde su alcoba, gracias a la cruda luz de la lámpara situada sobre el techo.

Proyectábase la sombra del picaporte de la entrada, al recibir la fuerte luz blanca. Y esa sombra estaba moviéndose ahora.

No había aire que agitase nada. Si el picaporte se movía, era

porque alguien accionaba el pomo desde fuera. Larry se puso en pie, descalzo, y alcanzó la silla donde colgaba la funda sobaquera de su automática, extrayendo el arma sin hacer el menor ruido.

Después, se movió sigilosamente hacia la puerta. El pomo volvió a moverse. Larry pisó el recibidor, con la negra, empavonada arma en su mano experta. Se quedó rígido, clavado en mitad de la estancia, cuando el zumbador sonó con brusquedad.

El picaporte estaba ahora inmóvil. Larry no se movió durante cosa de diez o doce segundos. Después, con mayor insistencia, repitióse el zumbido del llamador.

Avanzó hasta tocar la hoja de madera. Echóse a un lado, preguntando duramente:

—¿Quién es?

Una voz de mujer, susurrante, respondió desde fuera:

—¡Larry, por favor! ¡Abre enseguida!

—¡Kathleen! —exclamó, atónito. Corrió el pestillo, giró la llave, y la entrada quedó franca.

En efecto, fue Kathleen Walton la que entró. Envuelta su figurita grácil y esbelta en un impermeable amarillo, con capucha. Brillaba toda la prenda, empapada de lluvia. Y por el rostro pálido de la joven, corrían las gotas de agua copiosamente.

—Gracias a Dios que estás en casa, Larry —musitó ella, angustiada, dejándose apoyar de espaldas sobre la puerta, que se cerró de golpe—. Creí que no había nadie.

—Pero Kathleen, criatura, ¿qué haces tú aquí a estas horas? —consultó su reloj de pulsera. Eran las dos y cuarto de la madrugada—. ¡Estás empapada!

—Tenía que verte, Larry. Papá no está en casa ni en el Departamento. Ha salido a cumplir un servicio urgente en el Bronx, y creen que tardará. Por eso apelo a ti...

—Está bien, entra y sécate un poco —la acompañó a la cocina. Encendió la luz y puso en marcha el hornillo eléctrico. La despojó del impermeable. Debajo, su traje azul oscuro no aparecía mucho más seco—. ¿Eras tú quien movía el picaporte?

—Sí. No sabía si llamar o no... Estaba dudando. Parece todo tan ridículo... venir a estas horas a verte... a tu propia casa.

Larry la miraba, interrogante. Ella inclinó los ojos, enrojeciendo.

Luego, McDuff preguntó con ansiedad:

—¿Ocurre algo?

Ella alzó la cabeza con una vivacidad excesiva, y miró en forma inquietante al federal.

—¿Qué tenía que ocurrir? —preguntó—. ¿Temes tú algo, Larry?

—¿Yo? Claro que no... —hizo un gesto de falsa desenvoltura—. Pero al verte venir así...

—Acertaste entonces. Algo ocurre. Y no sé lo que es, Larry. Pero mi marido me oculta algo.

—Vaya, vaya —echó mano de una jovialidad poco convincente—. ¿Con que celosa a estas alturas, señora Walton...?

—No digas tonterías, Larry. No voy por ahí... y me parece que tú lo sabes. Harry no es mujeriego. Es un hombre reconcentrado, metido en sí mismo, pero no dudo de él en ese terreno. Es... algo más inquietante, más oscuro. Sucede algo, lo sé. Pero no sé lo que puede ser.

—¿Pero qué te induce a suponer tal cosa? ¿No habrás tenido un mal sueño y...?

—No, Larry. Lo que he tenido es un mal despertar. Harry salió esta noche. Creo que con Lansbury y contigo.

—Cierto —mintió McDuff—. Lansbury quería exponerme ciertas cuestiones y...

—Eso ya me lo dijo antes Harry. También dijo que volvería sobre las doce.

—Aproximadamente a esa hora le dejamos ante vuestra casa.

—Sí, creo haber oído su llave en la puerta, entre sueños. Pero al despertar, no estaba. Ni en la cama, ni en la alcoba, ni siquiera en toda la casa. Y era la una y media dadas.

—¿Seguro? —Larry enarcó las cejas—. ¡Qué extraño!

—Mucho. Eso no ha ocurrido nunca, Larry, salvo cuando él tenía trabajo atrasado en su oficina de la calle Treinta, y se quedaba hasta muy tarde.

—Tal vez sea éste el caso de hoy.

—No. No tiene nada que hacer en la oficina. Y he telefoneado. No está allí. El teléfono no contesta.

McDuff sentía una creciente ansiedad, que disimulaba del mejor modo posible.

—¿Y por qué había de ocurrirle nada, Kathleen?—la calmó—. Tal vez salió a dar un paseo...

—¿Con esa lluvia? —el tamborileo ruidoso en la ventana, convenció a Larry de lo necio de su excusa. En el hornillo hervía el café. Sirvió dos tazas, y Kathleen bebió la infusión tiritando—. No, Larry. Es otra cosa. Otra cosa que tú sabes.

—¿Yo? —dejó de sorber el café, para mirarla con inocencia—. ¿Por qué yo, Kathleen?

—Por esto—y como un prestidigitador que saca una carta escondida hasta el momento propicio, hundió la mano izquierda en un bolsillo de su falda, y extrajo un papel doblado, rugoso—. Lee, Larry McDuff, y niega después.

Larry lo desdobló. Era un papel evidentemente arrugado hasta convertirlo en una bola, y alisado posteriormente. Cuando vio las líneas escritas allí con la letra inconfundible de Harry Walton, se echó a temblar:

“Querida Kathleen:

"Cuando leas estas líneas, será señal de que no he vuelto a casa. Quiero que busques entonces a Larry McDuff, y le digas lo que he hecho. Él entenderá. Acabo de recordar algo. Algo vital, que aclara muchas cosas. Algo que he sabido siempre y he sido tan tonto de no asociar con todo lo ocurrido. No sé si volveré con vida, porque voy a verme cara a cara con un hombre despiadado y"

Ahí terminaba la carta. Larry, perdido el color, miró a Kathleen, que no le perdía de vista. Su pregunta agitada no pretendía ya ocultarle nada a la muchacha:

—¿Dónde encontraste esto, Kathleen?

—En la papelería del despacho de Harry. La limpié esta noche, y me sorprendió ver ese papel al levantarme en busca de Harry. También estaba su pluma estilográfica sobre la mesa. Jamás se la deja olvidada. Algo grave ocurría para haber entrado, escrito algo y salido de casa sin avisarme. Busqué. El papel aún estaba en la papelería. Debió arrepentirse y no lo concluyó.

—¡Dios mío, que insensato!—musitó agitadamente McDuff, paseando como un tigre enjaulado por la cocina—. ¿A dónde habrá ido? ¿Qué es lo que ha recordado?

—Larry, por favor —Kathleen se puso en pie, acercóse a él y le

aferró por la camisa con dedos firmes, nerviosos—. Quiero la verdad. Toda la verdad. Tengo derecho a ello. Últimamente, Harry está muy extraño. Y tu visita de anoche no me pareció natural. Tampoco me parece natural que hayas suspendido tus vacaciones. ¿Qué sucede? Necesito saberlo.

—Sí, ahora tienes razón, Kathleen —suspiró McDuff, mirándola—. Ya no puedes seguir ignorando lo que ocurre. Escucha... y ten valor, pequeña.

Fue un relato breve, conciso, casi brutal en su áspera y sincera cortedad. Una palidez cérica cubrió las bellas facciones de la muchacha. Al terminar, ella estalló en sollozos, ocultando el rostro entre las manos.

—¡Cielos, Larry, eso es horrible! —gimió—. Si él sabe quién es... o dónde está ese hombre... no podrá hacer nada. Luchar con un loco es un suicidio. ¡Le matará! ¡Le matará, si no lo impedimos!

—Espero que Harry sepa lo que hace... y sepa defenderse —dijo roncamente McDuff, no muy convencido de lo que aseguraba.

Volvió a llenar las tazas de café. La suya se le escapó de las manos cuando el timbre del teléfono rasgó el silencio violentamente. Se miraron los dos con muda alarma. Rápido, acudió el federal al vestíbulo, donde un aparato de mesa seguía zumbando. Alzó el receptor con rudeza. Interpeló vivamente:

—¿Dígame? ¿Quién llama? —volvió la cabeza. Kathleen, trémula, estaba tras él.

—¡Larry, soy yo! —la voz llegó quebrada, urgente, a través del hilo.

—¡Harry! —le había reconocido enseguida—. ¿Dónde estás, qué haces ahora?

—Larry, por el amor de Dios, ven corriendo... —el tono agudo, chirriante, estaba cargado de ansiedad de terror—. ¡Ven, antes de que sea tarde!

—¡Harry, tu mujer está aquí... conmigo! ¿Dónde estás? ¿Qué sucede?

—Estoy en el antiguo Club... en la calle Leonard, 71, Sé quién es el asesino, sé bajo qué nombre se oculta aquel hombre... ¡Larry, por favor no tardes!

—¡Dime quién es! —rugió McDuff, apretando con furia el

teléfono—. ¡Vamos, habla!

—¡No hay tiempo, Larry! ¡Por Dios, no te retrases...! ¡Se está abriendo la puerta!

—¡Harry! —el grito ronco, desgarrado, de Larry McDuff, hizo retroceder, con ojos desorbitados, a la joven Kathleen—. ¡Di el nombre! ¡El nombre! ¡Ya voy para allá!

—¡Está ahí! —gritó, irreconocible casi, la voz de Walton—. ¡Va a matarme, Larry! ¡Ya veo su cara! ¡Sí, Larry, es...!

De repente, sonaron ruidos estrepitosos al final del hilo. Un golpe y un grito sofocado. El teléfono golpeó ruidosamente contra algo. La voz de McDuff aún gritó:

—¡Harry! ¡Harry...!

Pero nadie contestaba ya. Soltó el teléfono como si quemara. Se volvió lívido a Kathleen. La aferró por un brazo, avanzó a largas zancadas hacia la salida.

—¡Vamos! ¡De todas maneras, era tarde para llegar allí a tiempo! ¡Quiera Dios que aún podamos resolver algo!

Kathleen, sollozando, se dejaba llevar casi a rastras. Minutos después, un automóvil, un pequeño “Chevrolet”, corría bajo la copiosa lluvia que convertía las calles de Manhattan en amplias lagunas, hacia el lugar donde estuviera años atrás el Club de “Los Trece”.



—¡Va a matarme! — grito una voz

4 — SILBA

* * *

El "Chevrolet" apenas si tardó diez minutos en recorrer la larga distancia entre el apartamento de McDuff y el setenta y uno de Leonard Street. Fue una carrera contra el reloj aprovechando el nulo tráfico de la tormentosa noche.

Frenó con violencia ante el edificio. Saltó a tierra, pistola en mano, y se lanzó hacia la casa. Kathleen iba tras él, demudada y

con las piernas vacilantes.

No llegaron a la puerta de la casa. Súbitamente, advirtieron el grupo de gentes reunidas junto al Club “Pingüino”, cuyo luminoso parpadeaba, sumiendo en lívidos cambios de luz los rostros de las personas agrupadas como espectros bajo la lluvia. Un agente uniformado se dirigió hacia McDuff, al verle armado.

—¡Eh, usted! —voceó—. ¿Dónde va?

—Agente federal McDuff —dijo roncamente Larry, mostrando su insignia—. ¿Qué ocurre? Hay un hombre en peligro allí arriba y...

—Pues me temo que ya no tendrá que subir —dijo al agente—. Ya ha caído del cielo...

—¿Eh? —McDuff se tambaleó, como golpeado por un mazo.

Comprendió enseguida. Miró al grupo de personas, que dificultaban la visión. Rodeaban algo. Algo caído en la amplia acera. Se volvió a Kathleen. Ya era tarde. Ella echó a correr, pasó lejos de su alcance y del policía uniformado, se mezcló con la gente, abriéndose paso rabiosamente.

McDuff se lanzó tras de ella, en una pugna inútil por darle alcance. Cuando lo consiguió, Kathleen gritaba rota, histéricamente, ante la figura desarticulada, sangrante e informe de Harry Walton.

Estaba allí, aplastado contra el pavimento, como una piltrafa, con su blanco sobretodo anudado a la cintura, salpicado de sangre. Sus manos extendidas, con los dedos desarticulados, y un anillo de matrimonio que Kathleen miraba fija, obsesivamente, sin dejar de chillar como loca.

Luego, se desmayó. Hubiera caído sobre lo que quedaba de Harry Walton, tras haber salvado en un brinco final treinta pisos de altura, de no intervenir Larry y recogerla en sus brazos.

Alguien, un empleado de cabellos canosos, que ahora lucía el rojo uniforme del “Pingüino”, como antes llevara el traje de charro de “La Hacienda”, murmuró impresionado:

—Dios mío... Igual que hace diez años...

* * *

E igual que diez años atrás, varios hombres irrumpieron ahora en la abandonada oficina de los Viajes Orbis. McDuff y el agente de

uniforme iban al frente.

Esta vez sólo había paredes desnudas y algunos pocos muebles de escaso valor, pendientes aún del traslado. Un montón de folletos en color, anunciaban las excelencias de Hawái para unas vacaciones idílicas. Al lado de la lluvia que azotaba el exterior, el contraste era grotesco, incongruente.

Los ojos de Larry se clavaron enseguida en el teléfono. Era mural y no estaba aún desconectado. Su auricular colgaba, pendulando como un reloj sin horas, al extremo del cordón.

Minutos antes, un hombre había pedido auxilio por aquel conducto. Los ojos verdes, fulgurantes y helados del agente del F.B.I. trazaron una recta imaginaria hasta una cercana puerta de comunicación. Estaba abierta. Bajó la mirada hasta el suelo.

Huellas. Había huellas de pies mojados. Unas suelas de goma húmeda habían dejado su rastro de pequeñas estrías diagonales sobre el piso. Llegaban hasta un par de pasos del teléfono.

Allí se revolvían en confuso grupo, superponiéndose y alejándose. McDuff imaginó la escena. Por allí había entrado el asesino. Llegó hasta Walton. Lucharon.

Luego, mucho más debilitadas, se dirigían a la terraza. Arrastrando sin duda un cuerpo. Un cuerpo que luego zambulló en el vacío.

Era el crimen más abominable de todos. El asesino había llegado al límite de la fidelidad al suceso que provocó su venganza. Tal como muriera Diana Campbell, había muerto Harry Walton.

—No toquen nada —avisó McDuff al policía de uniforme—. Cuando lleguen los de Homicidios, querrán ver las cosas tal como están.

Avanzó hasta la terraza. Estaba encharcada por la lluvia. De ella, volvían de nuevo las huellas, ahora muy mojadas, dejando señales fangosas en el embaldosado. Se perdían camino de la puerta del piso.

McDuff salió apresuradamente del antiguo Club íntimo. Descendió en un ascensor, y una vez en la planta baja, buscó al conserje de noche. Estaba muy pálido, detrás del *comptoir*, haciendo llamadas insistentes a la policía.

—¿Ha llegado ya la ambulancia? —preguntó.

—Sí, señor —afirmó el conserje—. Se ha llevado a la señorita al hospital. Telefonarán enseguida sobre su estado. La policía llegará de un momento a otro.

—Está bien, gracias... —se inclinó sobre el mostrador, mirándole fijamente—. ¿Usted ha visto entrar esta noche al hombre muerto?

—Claro que le vi, señor. Era el señor Harry Walton.

—¿Le conocía?

—Le recordaba bien de cuando se reunían aquí “Los Trece”. Soy buen fisonomista. Nunca se me despinta una cara.

—¿De veras? Demuéstre-melo. ¿Quién más ha entrado esta noche en la casa?

—Nadie, señor. Este es un edificio de oficinas. No acostumbra a venir nadie.

—¿No le extrañó, entonces, la visita nocturna de Walton?

—Mucho. Pero me dijo que tenía una cita muy importante arriba, y le dejé subir. Iba con un impermeable blanco, bien lo recuerdo. Me dio una propina por dejarle subir, y dijo que cuando llegara la persona que esperaba, la dejara subir también.

—¿Qué persona era esa?

—No me lo dijo. Aseguró que me lo indicarían así al llegar.

—¿Y nadie se lo indicó? ¿Nadie acudió a esa cita?

—Ya le he dicho que no, señor.

—Tuvo que entrar un hombre. El que arrojó a Walton desde el parapeto.

—Dios santo, ¿cree usted que hicieron eso? ¿Que no fue un accidente?

—No, no lo fue. Es un asesinato, amigo mío. Claro e indiscutible. Por eso le digo que tuvo que entrar alguien... aunque usted no lo viese.

—Yo no me he movido de aquí, señor. Si ha entrado alguien, no puede tener relación con esto, porque...

—¿Por qué? —preguntó vivamente McDuff—. ¿Quién era ese alguien?

—No puede referirse a ocupantes de la casa, por supuesto.

—Me refiero a todos. Ocupantes o no. ¿No dijo que sólo son oficinas?

—Sí, pero... esto es diferente. Porque el señor Patterson ocupa una oficina en la casa y acostumbra a venir muchas noches a terminar sus trabajos.

—¿Quién es el señor Patterson?

—Ewen Patterson, de la oficina de Exportaciones del piso veintiocho.

—Y el Club, últimamente Agencia de Viajes, es el veintinueve, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Ha abandonado ya la casa el señor Patterson?

—Pues no, no le he visto. Aún estará arriba.

McDuff no respondió nada. Tomó de nuevo el ascensor. Lo detuvo en el piso vigésimo octavo y encontró enseguida la puerta vidriera con la inscripción: PATTERSON. EXPORTACIONES COMERCIALES.

El rótulo parecía bastante nuevo. Llamó. Primero suavemente. Luego, con energía. No respondió nadie. Sin vacilar, quebró el cristal con su pistola. Introdujo la mano, giró el pestillo y entró en las oficinas, dispuesto a hacer fuego sobre el primer efecto sospechoso que advirtiera. Encendió la luz.

Era una oficina reducida, con muebles muy nuevos y un tufillo leve a pintura todavía. El señor Patterson no debía de llevar allí mucho tiempo, o había renovado su cubil.

Pero de él no había el menor rastro, a no ser que se hubiera metido en un cajón. Y no era fácil que eso ocurriera.

Salió nuevamente de allí. Bajó como una furia al vestíbulo.

—Patterson no está en la casa —informó rudamente—. ¿Está tan seguro ahora de que no salió?

—No sé... —se rascó la cabeza, perplejo—. Yo juraría que no ha podido salir... A no ser cuando me quedé adormilado un solo momento. Pero enseguida me despertó el silbido y...

—¿Qué silbido? —la pregunta de McDuff era un trallazo, que hizo dar un respingo al empleado.

—Me refiero al hombre que silbaba, ahí en la puerta, apoyado en el quicio de la entrada... Me despertó del sopor y le miré sin poder disimular el enfado. Él preguntó algo así como: “¿Se duerme, amigo?” Se echó a reír y se alejó.

—¿Llevaba un impermeable negro? —la pregunta de McDuff asombró al otro.

—Sí —asintió—. Diablos, ¿cómo lo sabe?

—Escuche una cosa. Y no me venga con engaños. No quiero mentiras. Aunque se haya dormido un rato, usted no tendrá culpa ninguna de nada. No perderá su empleo por ello ni se verá asediado por la policía. A cualquiera puede ocurrirle. ¿Me entiende?

—Sí... —la duda brillaba aún en los ojos del conserje—. Le entiendo, señor...

—Le doy mi palabra de apoyarle, si alguien pretende utilizar ese fallo en su tarea para despedirlo. Pero séame sincero, o seré yo el primero en denunciar lo ocurrido: ¿se durmió de un modo tan profundo que ese hombre del impermeable negro pudo haber salido de esta casa frente a usted, empleando todo el sigilo posible... y plantarse entonces allí a silbar?

—No, estoy seguro de que...

—Recuerde —le avisó McDuff—. Leal y sinceramente. Será mejor para usted.

—Está bien —el viejo conserje inclinó la cabeza, vencido—. Tal vez me dormí de ese modo. Ahora me ocurre a veces, señor. Le juro que procuro dominarlo, pero no puedo. Es posible que ocurriera como usted dice. Pero ¿por qué iba a pararse ahí a silbar?

—¿Qué silbaba?

—Algo así —remedó, desafinado pero reconocible, “Tiempo Borrascoso”.

—Antes ha dicho que era muy fisonomista. ¿Sería capaz de decirme si reconoció la cara de ese hombre si le recordó a alguien o creyó identificarlo?

—No, no, eso es imposible. ¿Cómo reconocer a un hombre que lleva gafas oscuras y una bufanda subida hasta la nariz, además de un sombrero bien encasquetado? Ni siquiera yo podía ver nada. Pero ahora que lo dice... Sí, tal vez noté algo familiar en él.

—¿Podía ser... —se inclinó hacia el conserje, recalcando las palabras—... podía ser Patterson o, mejor dicho, el hombre a quien usted conocía por Patterson?

Un cúmulo de dudas, de pros y contras, se barajaron en la mente del hombre. De pronto, inclinó la cabeza con energía.

—Sí, es posible —declaró—. Podía ser Patterson. Aunque no sé por qué había de vestirse así. Parecía un enmascarado.

—Era un enmascarado —suspiró Larry McDuff irguiéndose—. Si se vistió así y se dejó ver por usted, silbando la melodía, era porque necesitaba dejar su sello en este crimen, como en todos los demás... y desaparecer de nuevo, como fundido en esa maldita lluvia...

Hubo un revuelo de pasos y de voces a sus espaldas. Chirriaron neumáticos en la calle encharcada. El inspector Sherman, al frente de sus hombres de Homicidios, hizo su entrada en el edificio.

Venía pálido, desencajado como nunca lo viera antes Larry. Sus únicas palabras, al ver a su joven amigo, fueron pronunciadas con voz rota:

—Larry... ¿es cierto? ¿Es cierto que han asesinado a Harry, a mi yerno?

McDuff asintió.

—Sí, inspector. Es cierto...

Capítulo VIII

UN HOMBRE DEL PASADO

LO peor había pasado ya. Entierro, funerales, públicas condolencias...

Ahora quedaba ese silencio, esa calma amarga que sigue a todo embate violento de la adversidad.

Kathleen, pálida y firme, entró en su casa, apoyándose en los brazos de su padre y de Larry McDuff. Al verse bajo el techo que compartiera con Harry se echó a llorar. Ninguno de ellos trató de evitarlo. Convenía que llorase, ahora que los nervios, valerosamente contenidos durante los días de clínica y de condolencias, se habían quebrado en el natural declive posterior.

La alegre, clara, vivienda de los Walton, no tenía ahora nada de eso. Era un lugar sombrío, donde el abrigo y el sombrero, colgados aún de la percha del vestíbulo, sobre las zapatillas de casa y unos zapatos usados, la butaca que él ocupaba, las revistas que hojeaba y los libros que leía, eran como recuerdos vivos, latentes. Y así había cientos, miles en cada estancia.

La mirada dolorosa de Kathleen se deslizó por las perchas.

—Sólo falta su trinchera... sus chanclos... —musitó penosamente—. Todo lo demás está ahí... como esperándole a él. ¡Oh, Dios, es horrible, horrible...!

Sí, era horrible, pensó Larry. Hasta entonces, la serie sangrienta había sido algo más distante, cayendo sobre personas ajenas, a quienes no conocía. Pero Harry... Harry Walton era un amigo. Un buen amigo, desde casi ocho años atrás. De familia acomodada, Harry había sido siempre sencillo y cordial con todos. Acaso su carácter mismo fue el que enamoró a Kathleen, de la que por entonces estaba el propio Larry profundamente enamorado. Pero su afecto quedó en el silencio, y Harry fue el afortunado.

Ahora, Kathleen volvía a ser libre. Pero seguía inalcanzable como antes. No era fácil que olvidase a Harry. Su matrimonio quedaba roto, mas no el lazo entre la viva y el muerto.

A Kathleen se le habían ahorrado los peores trances. Autopsias, diligencias rutinarias... Todo eso se pudo soslayar con el pobre Walton, gracias a la influencia del inspector Sherman. Pero lo de ahora ya no era posible evitárselo. Le esperaban horas dolorosas, días amargos.

Kathleen comenzó a subir la escalera, apoyándose en su padre. Larry juzgó que ya no tenía nada que hacer allí. Se encaminó hacia la puerta.

—Larry...

Se detuvo al oírse llamar por su nombre. Un sutil escalofrío recorrió su espina dorsal. Kathleen se había detenido en la escalera, mirándole con fijeza.

—¿Qué quieres? —preguntó McDuff suavemente.

—¿Te marchas ya?

—Sí. Tienes a tu padre. No creo que me necesites ahora, Kathleen. Ya volveré otro rato.

—Gracias, Larry —susurró la joven enlutada—. Gracias por todo.

—Poco es lo que he podido yo hacer. No me des las gracias, Kathleen.

—Eres un gran amigo, Larry —sonrió ella pálidamente—. Hay cosas que no pueden valorarse. Ven con frecuencia. Necesitaré de alguien. Alguien como tú, en quien confiar, con quien hablar...

—Sí, Kathleen —asintió Larry—. Vendré a menudo.

Salió a la calle. Era un mediodía ligeramente frío pero soleado. La ciudad aparecía seca, limpias de agua las calles y limpio de nubes el cielo. Larry se alegró. Había aprendido a odiar la lluvia, el tiempo borrascoso... con música o sin ella.

Avanzó a pie hacia Broadway. Iba pensando en Kathleen, en sus palabras. Era un gran amigo. Resultaba irónico que siempre, para Kathleen Sherman, hubiera sido un buen amigo y nada más. Por eso había ganado Harry. Él era más mundano, más desenvuelto.

Y ahora estaba muerto, helado bajo la tierra...

Todas las redadas y búsquedas policiales habían sido

infructuosas. El siniestro ser del impermeable negro no aparecía. Los tres novios sospechosos de Diana Campbell tampoco parecían residir ya en Nueva York, al menos con sus nombres reales. Jerome Dawns, Michael Dee y Ralph White no habían sido hallados. Dawns era químico, Dee reportero fotográfico de una revista deportiva desaparecida ya, y White un pueblerino trasladado a Nueva York, con un negocio de productos avícolas de poca monta.

Era todo cuanto la policía metropolitana había podido averiguar. El F.B.I., por su parte, buscaba también en otras direcciones, ya que cabía la posibilidad de que cualquiera de ellos hubiera abandonado Nueva York trasladándose de Estado.

Y sin embargo, McDuff sentíase seguro de que no estaba lelos la solución de aquellos tres nombres. Se habían descartado todos los que resultaban materialmente imposibles como sospechosos. Y siempre, en uno u otro intento, se volvía a chocar con el mismo callejón sin salida: Jerome Dawns, el químico; Michael Dee, el fotógrafo; y Ralph White, el avicultor.

De los tres... ¿quién? ¿Y con qué nombre y oficio en la actualidad?

McDuff se detuvo en seco. ¡El oficio! Un hombre cambia más fácilmente de nombre que de oficio.

Habían cribado, hasta entonces, la ciudad en busca de tres nombres... pero no en busca de tres profesionales en algo. Las preguntas siempre fueron las mismas. Y las respuestas similares:

—¿Un químico llamado Dawns? No, no, aquí no hay ninguno...

—¿Dice que se llama Dee y es reportero fotográfico? Nunca le he visto.

—¿White? ¿Vende productos avícolas o se dedica a negocios de granjas? Ni la menor idea, amigo...

Había sido un error. Existía otro camino. Largo, farragoso. Como buscar una aguja en un pajar. Buscar la falsedad de un nombre... en un oficio concreto. Y averiguar cuál era el nombre verdadero del que se ocultaba.

Pero era, el único medio de llegar a algo. Tarde o temprano. Si aquello fallaba, fallaría todo. El novio fantasma de Diana Campbell, el hombre del pasado, quedaría definitivamente sepultado en el polvo de lo olvidado, hasta volver a asomar y descargar otro golpe.

Mientras tanto, la policía estaría pendiente de algo tan absurdo como los informes meteorológicos. Cuando el Servicio Nacional de Meteorología advirtiese: "Mañana lloverá", cientos de policías se dedicarían a vigilar en estrecho cerco a siete hombres, siete supervivientes de un club de trece.

No había otra esperanza de dar caza al feroz asesino que silbaba "Tiempo Borrascoso" y mataba bajo la lluvia...

* * *

El rostro del hombre se volvió hacia McDuff con sobresalto.

—¿Dawns ha dicho? No... no lo conozco. No hay nadie de ese nombre aquí... Creo que una vez ya se lo dije, señor. Si no a usted, a alguien que venía con usted.

Era cierto. Larry lo recordaba. El hombre de cabello rubio, terso y cuidado, con su impecable bata blanca, en las oficinas de personal de la Eastern Chemical Inc., había respondido ya en una ocasión a esa pregunta.

Pero no a la que ahora, con voz fría, le formuló Larry:

—¿Y su nombre? ¿Cuál es, por favor?

—Simpson. Stuart Simpson —declaró tras una vacilación brevísima el hombre.

—Sus documentos, por favor —pidió McDuff.

Se los ofreció el otro. Pero, al hacerlo, le temblaba la mano. Estaban en regla. Ya lo había esperado él así. Guardó los papeles del químico, ante la sorpresa de éste.

—En marcha, amigo.

—¿Eh? ¿A dónde? ¿Qué atropello es éste? —graznó el llamado Simpson airadamente.

—Ningún atropello. Soy agente federal. Vamos al Departamento para una comprobación rápida. No tiene nada que temer. Si es quien dice, volverá aquí enseguida...

Entonces, Stuart Simpson había tratado de escabullirse. Golpeó a McDuff con violencia repentina en pleno estómago. El joven federal se dobló a causa del dolor.

Simpson cruzaba ya la oficina como una exhalación buscando la fuga en las vidrieras del fondo. McDuff había esperado el ataque. Ya estaba incorporándose, dominando el dolor, con su automática en la mano. Disparó.

La bala quebró los blancos vidrios del pabellón de la Eastern Chemical. Pero antes, había perforado un muslo de Simpson. El hombre rodó por tierra, gimiendo de dolor. Cuando McDuff le puso las esposas, todavía chillaba, con la pierna bañada en sangre.

* * *

El combate había terminado. Los aplausos acogieron atronadoramente el triunfo de Jack “Slippers” Waldron, el campeón de color de Harlem, sobre su oponente, el férreo sueco Christiansen.

Había sido una hermosa lucha. Una exhibición completa en el formidable Madison Square Garden. Barney Spats, el manager pugilístico, se levantó mascando un cigarro habano con fruición.

—Esos son luchadores —dijo a quienes querían oírle, que eran muchos—. Que aprendan los jovencitos que empiezan, ahora, con posturitas y poses en los periódicos...

Y, como si quisieran inmortalizar para los papeles impresos la efigie de quien había dicho aquella verdad, un flash centelleó ante él. Y el reportero gráfico, tras obtener la placa, correspondió a la sonrisa de Barney:

—Gracias, amigo —dijo, disponiéndose a captar la efigie de los luchadores que bajaban ahora del ring entre el clamor de la muchedumbre congregada en el Garden.

No llegó a impresionar nunca esa placa histórica en el deporte. Una mano firme le sujetó el hombro. Una voz seca, impersonal, eficiente, interrogó:

—Eh, reportero, ¿cuál es su nombre? ¿Para quién trabaja?

—¿Está chiflado, amigo? —rezongó el fotógrafo—. Soy Hamilton Burns, fotógrafo del “Sport Flash”. Va a dejarme quieto ¿o le rompo la nariz como ha hecho “Slippers” con Christiansen?

—Menos hazañas, pollo —le replicó el otro, exhibiendo una placa de la policía, ante sus narices—. Vamos... La policía quiere comprobar ciertas cosas sobre ti...

Quiso escabullirse. Pero no pudo. Otras zarpas le sujetaron por el otro lado del pasillo de sillas de ring. Estaba rodeado. Con desaliento, bajó la máquina y los brazos. Renunció a seguir fotografiando. Y a resistirse a la acción policial.

* * *

—¿Estás seguro que es él, Burton?

—Sí, Larry. Es avicultor. Importante, por cierto. Le visité ayer, interesándome por una raza especial de gallinas. Antes había hojeado un libro técnico, ¿sabes? Creo que le convencí. Me espera hoy.

—¿Cómo te dijo que se llama?

—McLeod. Ross McLeod, de Alabama. Y tiene acento de allá.

—¿Seguro? —McDuff miró con interés a su colega del F. B. I., destacado en Litchfield, Connecticut, zona eminentemente avícola y ganadera—. Ralph White era de Alabama...

Avanzaron hacia la colina donde se alzaba la granja de McLeod. Era una amplia edificación blanca, con tejadillos grises de pizarra, rodeada de cercas altas de alambre entrelazado, y con vastas zonas de gallineros, palomares y herméticos cercados de aves diversas.

Los dos federales se detuvieron frente a la puerta de entrada. Llamaron. McDuff mantenía la mano hundida en el bolsillo, donde aferraba su automática con nervios tensos.

Al no responder nadie, volvieron a llamar. Igual resultado negativo. Finalmente, Burton tocó la puerta para ver de forzarla. No fue preciso. La puerta se abrió sola.

—Adentro —dijo rudamente McDuff—. Creo que ya es tarde.

Era tarde. La granja avícola estaba desierta, a excepción de los miles de aves en ella aposentadas. Ni un ser humano.

Los dos policías del Gobierno se miraron, defraudados.

—Voló el pájaro —farfulló Burton.

—Sí; se le contagió el ansia de vuelo de sus criaturas —respondió Larry, abarcando con un gesto los gallineros y cobertizos—. ¿Adónde habrá ido?

—No sé... —Burton se rascó los cabellos—. Juraría que no sospeché de mi ayer...

—Pues juras en falso. Te reconoció y sospechó en el acto. Por eso ha volado.

—Oh, no.

—Pero no sufras demasiado. Tal vez, con su fuga, empiece el capítulo final de esta historia. Ahora, ya podemos estar casi seguros de que Ross McLeod y Ralph White, son una misma persona. Y que Ralph White, antiguo novio de Diana Campbell, es nuestro

hombre...

—¿Entonces el fotógrafo y el químico? —preguntó Burton.

—El químico es realmente Jerome Dawns. Pero cometió un importante robo de antibióticos hace un par de años, y se ocultaba por eso, dando nombre supuesto. Jura que se regeneró. Un par de años de prisión acabarán de regenerarle posiblemente. En cuanto a Hamilton Burns, el fotógrafo del “Sport Flash”, es un chantajista habitual. Capta fotografías comprometedoras de gente famosa, y luego saca buenos dólares por ellas. Pero no es Michael Dee. Ese, parece ser que huyó del país hace unos años tras un feo asunto de fotografías perseguidas por la Ley...

—Buena gente toda —dijo Burton con gesto de asco.

—Sí, la más alta sociedad —gruñó con sarcasmo McDuff—. En marcha, Burton. Vamos a Litchsfield. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Ordena que vigilen la granja entre tanto. Yo volveré mañana a Nueva York.

Regresaron a la población en el coche de Burton. McDuff regresó a Nueva York antes de lo previsto. Un telegrama de Sherman le estaba esperando en el hotel cuando regresó a Litchsfield. Su texto era breve:

“MAÑANA LLOVERÁ. DAVE SHERMAN.”

Alcanzó pasaje en el último avión de la tarde. Unas horas después volaba hacia Nueva York.

Capítulo IX

CAPTURA

LA mañana y las primeras horas de la tarde fueron soleadas, apacibles. Parecía que el pronóstico del Servicio Meteorológico iba a salir fallido.

Pero a las cuatro y cuarto, exactamente, comenzaron a caer las primeras gotas sobre la ciudad. Tamborilearon en los cristales de la galería de Hugh Osborn, cuando el escritor acababa de servir una taza de café a su visitante.

Ambos hombres se volvieron en redondo. Sus rostros expresaron la misma angustia, al ver correr el líquido elemento sobre los encristalados muros que protegían sus macetas, sus pájaros enjaulados y su larga estantería repleta de libros escogidos donde el nombre de Virgilio no aparecía muy lejos de Hemingway y Goethe, por ejemplo.

—Llueve —dijo roncamente Osborn, revolviendo el azúcar en su taza.

—Sí —suspiró su visitante—. Los meteorológicos no se han equivocado esta vez tampoco.

—¿Y ustedes? —preguntó muy despacio el escritor, acomodándose en un canapé azul.

—No lo sabemos aún —Larry McDuff permaneció en pie, erguido junto a la dorada jaula de un soberbia papagayo—. Usted puede ayudarme mucho, Osborn.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿En qué, mi querido G-Man? —sonrió el novelista gravemente.

—Siempre he tenido la sospecha de que usted sabía más que el resto de sus compañeros juntos, que ningún otro de los demás. Es

agudo, observador y callado. La clase de hombre que todo lo ve, lo escucha, lo percibe, lo registra...

—Muy amable. ¿He de agradecer ese cumplido a mi modesta persona, McDuff?

—No. En términos vulgares, usted es lo que diríamos un... chismoso —sonrió Larry.

—Más amable todavía. ¿Adónde va a parar?

—A un solo punto, y sin rodeos. ¿Qué sabe usted de los demás miembros de Los Trece? ¿Qué sucedió exactamente aquella noche, en la terraza de su Club, cuando murió Diana Campbell?

—Le gustan las cosas directamente, ¿eh? Es usted terrible.

—Quiero la verdad. Y, cuando la busco, no repare en medios para obtenerla.

—Ya... —Osborn sorbió lentamente su café—. Y usted cree... que lo de Diana no fue un accidente. Que ella no se cayó al embriagarse.

—Eso es. No la cree tan estúpida. Acaso se embriagó. Dicen que había alcohol abundante en su cuerpo al serle hecha la autopsia. Pero ¿cayó?

—¿Y cree que yo sé eso?

—Usted sabe muchas cosas, Osborn. Puede saber también eso.

—Pues bien, no se equivoca. Lo sé... A Liana Campbell la tiraron al vacío.

—¿Quién?

—Lamento causarle cierto dolor, McDuff. Solamente había un hombre con ella.

—¿Su nombre?

—Henry Walton; su buen amigo Walton. Él la tiró a la calle.

La faz pálida de McDuff no se conmovió.

—Lo suponía.

—¿De verdad? ¿Por qué? —curioseó Osborn, admirativo—. Es usted muy listo, en ese caso.

—Supongo que me lo hizo pensar el hecho de que precisamente Walton fuera arrojado también desde allí. El asesino también sabía quién era el que mató a Diana, aunque culpaba indirectamente a todos. Por eso se ensañó con Walton. ¿Por qué le negaron la presencia de Diana en la fiesta? Creo que fue precisamente usted

quien lo hizo...

—Voy a referirle algo, McDuff —Osborn frunció el ceño, evocando—: Harry no tuvo culpa consciente. Estaba borracho también. Entonces era un muchacho estúpido. Bebía mucho. Hacía tonterías. Era cruel, a veces, simplemente, por gusto de serlo. Le agradaba Diana Campbell. Sólo que yo no lo sabía. Ni me había fijado mucho en ella. Era una rubia como todas. Había otras rubias en la fiesta. Para mí era una cabellera oxigenada más, un rostro maquillado entre otros. Una chica, un número. La busqué, sí, cuando aquel muchacho preguntó por ella, Después de todo, dijo que iba a casarse. Me pareció una tontería, pero sin duda a él no se lo parecía, ni mucho menos. No la hallé por parte alguna, y renuncié a seguir buscando. No pensé en la terraza, francamente. Le di mi negativa al muchacho, algo precipitadamente, la verdad. En esas circunstancias, uno bebe, se divierte, y no quiere molestarle demasiado por nadie. Usted me entiende, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo. Tal vez lo hubiera hecho igual.

—Gracias. La que luego supe que era Diana Campbell se reía de los remoloneos de Walton. Debí de irse a la terraza, bastante embriagada, huyendo de sus caricias torpes de borracho. Él la siguió. Debí intentar abrazarla, pelearon y la chica se fue abajo. Esto último ocurrió momentos después de buscar yo a la rubia. Mientras la buscaba, debían estar los dos peleándose en la terraza. Bajó el pobre muchacho que iba en busca de la novia perdida. Y luego... luego debí de ocurrir lo demás. Al bajar él, al pisar la calle de nuevo, cayó ella. Oímos el grito. Yo fui el primero en acudir. Vi la cara de Walton, su horror, su demudez. Entonces até cabos. Su presencia alelada en la terraza me hizo recordar a la chica. Comprendí quién era ella y lo que había pasado. Pero rápidamente me rehíce. Fingí no advertirlo; hice creer a los demás que habíamos ido juntos. ¿Para qué hundir a Walton, si todo había sido involuntario, un estúpido incidente a causa del alcohol?

—Involuntariamente, Osborn, mató a una mujer. Walton debió de contarme eso a mí.

—Siempre tuvo miedo. Le hundió en una especie de complejo.

—¿El vio al novio fantasma en alguna ocasión?

—No creo. Solamente le vi yo.

—¿Qué pudo recordar, entonces, para irse de madrugada a una

cita con la muerte en el antiguo Club? Al parecer, tenía una teoría...

—Lo ignoro. Le he dicho cuanto sé del asunto. ¿Servirá de algo todo eso?

—Tal vez —McDuff meditaba con intensidad—. Si hubiera sabido las consecuencias de su búsqueda despreocupada de aquella noche... Si hubiera buscado un poco más a Diana... Pero eso ya no tiene remedio... Hablemos de sus resultados. De este trágico presente...

—Si usted tuviera que dar su opinión sobre quién sería la próxima víctima del hombre del impermeable negro, ¿a quién señalaría, Osborn?

—Eso es una idea tan gratuita que nadie correría el riesgo de aventurar un nombre, para que luego resultara ser otro.

—No se trata de eso, Osborn. Todos ustedes son vigilados estrechamente ahora. Pero a mí me gustaría poder aventurarme como uno cualquiera... siguiendo la sugerencia de alguien tan observador y buen psicólogo como usted, Osborn.

—Gracias de nuevo, McDuff. Me abruma usted —le miró con repentina fijeza—. ¿De veras quiere saber quién creo que va a ser la séptima víctima de nuestro "silbador"?

—Sí. Justamente eso le pido.

—Verá, McDuff. No he dejado de observar ciertas curiosas circunstancias en nuestro criminal.

—¿Que son...?

—Ante todo, lo perfecto conocedor que es de todos nosotros. Nos ha vigilado, estudiado y seguido a lo largo de todos estos años, con plena seguridad, sabe nuestros hábitos, amistades y afectos. Sabía que Walton era el culpable directo de lo de Diana. Por eso, antes de atacarle a él directamente, le fue acorralando, aterrorizando, a base de eliminar a sus más directos amigos: Charles Fawcett, con quien Harry tenía negocios importantes. Phillips Lansbury, socio de Walton en una empresa comercial sudamericana. Y Roy Collins, uno de sus mejores amigos, y protegido de Walton durante sus años difíciles de boxeador aficionado. Ahora, en realidad, sólo queda uno del más estrecho círculo de amistades de Walton.

—¿Gail Lansbury? —dijo rápidamente McDuff.

—Eso es. Gail Lansbury, el hermano de Phillips, También era socio en el negocio de su hermano y de Walton. Si se propone el asesino eliminar a los más unidos a Walton y al propio Walton... atacará a Lansbury. Pero ésta es sólo una teoría mía. No me haga caso, McDuff.

—Le parecerá una locura, Osborn, pero le voy a hacer caso. Usted acaba de darme una sugerencia magnífica. Seguiré su intuición, Y que la suerte me acompañe.

—Falta va a hacerle —suspiró el escritor, retrepándose en su asiento.

McDuff terminó su café. La lluvia arreciaba paulatinamente. Se despidió de Hugh Osborn, y echó a andar rápidamente hacia la salida.

* * *

Aquella lluvia le irritaba cada vez más.

Gail Lansbury cerró las vidrieras de su ventana furiosamente. Iba a faltar a una importante cita de negocios por culpa del agua. Lo cierto es que no era solamente el agua lo que le impedía salir de casa.

Tenía miedo. Y no a la lluvia, sino a lo que la lluvia traía consigo... Sabía que había policías cerca de él. Vigilándole estrechamente, cuidando de su vida. Pero todo eso no serviría de nada si se lanzaba a la calle a merced de cualquier coche lanzado, de cualquier sombra agazapada que surgiera de un portal o de una esquina.

Prefería quedarse en casa. Una llamada telefónica a sus banqueros, bastaría para aplazar la entrevista al atardecer, en el Club Deportivo. Al día siguiente. Y si llovía, otro día cualquiera.

Era ridículo; lo admitía. Tener miedo de vagas sombras, de amenazas fantásticas. Pero no podía evitarlo. En casa, se sentía seguro, a pesar de encontrarse solo. Era jueves. El servicio estaba ausente. Aun así, era su casa. Incluso tenía un arma.

Buscó en su despacho. No, no estaba en los cajones. Bueno, tal vez la dejó en otro sitio. Hubiera jurado que era en aquel cajón, pero podía equivocarse. Sin prisas, hundió las manos en los bolsillos de su batín y subió a la planta alta.

Sin la presencia de Harry Walton, su mejor amigo, se sentía muy solo últimamente. No hubiera esperado nunca que Harry muriese. Ahora que podía alcanzar su mejor posición económica, favorecido por las desgracias de Fawcett y de Phillips... también él había caído.

Ya estaba en su gabinete. Pero el revólver tampoco aparecía. Empezó a ponerse nervioso. ¿Dónde lo había dejado? Volvió a pensar en el despacho. Sí, tenía que estar allí. Sin la menor duda...

Descendió de nuevo. Empujó la puerta. Sufrió un brusco golpetazo en el corazón.

—Buenas tardes, Lansbury —saludó la inesperada visita sentada en la mesa, apuntándole con un revólver que reconoció como propio—. Vamos, adelante, sin miedo...

Gail Lansbury, estremecido, avanzó hacia el interior de su despacho.

* * *

Las sombras de la noche cayeron sobre el jardín de la residencia Lansbury. Diferenciándose de la de su hermano Phillips, la de Gail era alegre, moderna y luminosa. Pero en días así, la luz tampoco entraba en la residencia.

Oscurecieron los setos y macizos de arbustos, brillantes por la lluvia. El rumor del agua en la hojarasca, era insistente y monacorde. Una lámpara de luz tamizada brilló en el despacho. La silueta de su ocupante paseó ante la luz, nerviosamente, con las manos hundidas en el batín. En el muro del despacho un reloj dio las siete y media.

Un automóvil oscuro se detuvo frente a la verja de la residencia de Thomas Jefferson Park. Se abrió la portezuela. Una figura, envuelta en un oscuro, brillante impermeable, asomó de su interior. Escrutó toda la calle desierta con cautela. Luego, salió, chapoteando sus pies calzados con chanclos en una charca.

Era un distrito residencial alejado y con escaso tránsito, especialmente en días lluviosos. El hombre del impermeable oscuro y reluciente cruzó la calzada con paso rápido, sin vacilaciones. Las manos iban hundidas en los bolsillos.

Miró en torno suyo, otra vez, al pararse ante la verja del edificio. Extrajo un manojo de ganzúas. Fue tarea rápida de las enguantadas manos abrir la puerta metálica, y empujarla sin ruido

unos cuantos palmos sobre la arenisca empapada. Luego se adentró por el jardín, fundiéndose su oscura forma entre los densos setos.

Poco después, se agitaron los ramajes brillantes, goteando lluvia, situados ante la larga vidriera del despacho iluminado. La sombra del personaje del oscuro impermeable, se alzó lentamente, respirando con dificultad, apoyada en una delgada cerca de ladrillos que servía de soporte a unas enredaderas pobladas y retorcidas hasta el tejado.

Del filo de la cerca a la ventana del despacho, apenas si había una yarda. El hombre emboscado en la oscuridad del jardín batido por la lluvia extrajo ahora otro objeto de sus bolsillos. Los dedos, enguantados en piel, aferraban una automática que apuntó a las espaldas de la figura inmóvil, vestida con un batín rojo, y que daba la espalda al ventanal, al parecer adormilada sobre la mesa.

El estruendo del disparo rompió la calma. Los vidrios se hicieron añicos; la figura de la mesa se estremeció, agujereada en medio de la espalda, sobre el rojo batín, por una bala de calibre 32.

Después, el asesino saltó al jardín, echando a correr. Pero la calma se había quebrado por completo. Llegaron miles de silbidos estridentes por doquier. Pareció poblarse de fantasmas el jardín, como si cada arbusto vomitara seres humanos por un raro prodigio. Uniformes azules, hombres con sobretodos oscuros, fácilmente fundidos con la oscuridad hasta entonces, rodearon por todas partes al hombre que huía.

Este, acorralado, estupefacto, miró hacia atrás. De la casa salían también figuras en cuyas manos brillaban las armas de fuego. De la calle, llegó el patinar de ruedas sobre el asfalto húmedo. Y una aguda sirena policial, maullando rabiosamente.

Parecía que iba a disparar de nuevo, para abrirse camino. Se vio rodeado de un cerco erizado de armas que le apuntaban. En vez de repetir su intento, dejó caer el revólver, que chocó blandamente sobre la grava mojada.

Su voz ronca se elevó, desafiante:

—Está bien, ustedes ganan. Me rindo. Ha sido una bonita emboscada. Pero no me arrepiento de haber matado a Gail Lansbury...

La figura maciza, firme, del inspector Sherman avanzó hasta situarse ante el detenido, mientras le aplicaban las esposas. Estudió

con fría ira el rostro ancho, sólido, bronceado, de claros ojos ingenuos, ahora centelleantes de odio.

—Ralph White, alias Ross McLeod —enunció dramáticamente el policía—. Le arresto en nombre de la Ley, por los asesinatos de Fawcett, Phillips Lansbury, Walton, Tucker, Bishop y Collins... Cualquiera cosa que diga, a partir de ahora, podrá ser utilizada en contra suya. ¡Maldito monstruo carnicero, fuera de mi vista o perderé los estribos y le coseré a balazos!

Capítulo X

LO INCREÍBLE

LARRY MCDUFF detuvo su coche. Allí terminaba la huella fosforescente. Tal y como había pensado. Los neumáticos del coche que siguiera habían ido dejando su doble señal en el suelo. La humedad hacía el resto, pero sólo con los faros infrarrojos situados por el F. B. I. en su coche tomaba color el rastro.

Y aquél era el final de la pista. Contempló la casa. No era la primera vez que iba. Pero sí sería la última. Salió de su coche, cubriendo el resto de la distancia a pie con las manos hundidas en los bolsillos.

Contempló la verja antes de cruzar la puerta abierta del jardín. Seguía oliendo a sulfuro, como la otra vez que estuvo allí. Y la niebla, sobre el río, era asaeteada ahora por la fría lluvia.

Una triste noche para un triste final. Pero él no tenía la culpa de que el asesino hubiera escogido la lluvia. A fin de cuentas, había planteado batalla en su propio terreno.

Ahora, resultaba gracioso volver la vista atrás y ver lo imbéciles que habían sido todos, a causa del ingenio endemoniado de una persona. De no ser por Hugh Osborn, por ciertas palabras de Kathleen un día, por el conserje de un edificio, por retazos sueltos unidos bruscamente en el cerebro, nunca hubiera llegado a la verdad. A la verdad que ahora tenía ante sí. A la única verdad de los crímenes bajo la lluvia...

Avanzó por el sendero de grava. Oscuridad en torno suyo. Un barco hizo sonar su sirena en el East River. De alguna parte llegaron voces. Había un automóvil negro, aparcado entre los arriates del claro, ante el porche de la residencia.

Se quedó tras de él. Esperó. Un minuto, dos, tres, mojándose en la lluvia. Sin prisas, con el agua corriendo como lágrimas por el

rostro. Los ojos verdes entornados, gélidos, fijos en la puerta de la casa.

Se abrió de repente. Primero fue una mujer la que salió. La luz del interior hizo brotar destellos azulados en su pelo. Se volvió, con una maleta en la mano.

—Vamos, querido. Tenemos el tiempo justo —apremió con voz cálida, aterciopelada.

—Ya voy —respondió otra voz, esta vez masculina. Conocida por el agudo oído de Larry McDuff.

Se estremeció el joven federal. Después de todo, ahora era certeza, seguridad. Hasta ese momento, sólo fue una audaz teoría inverosímil que no se atrevió a referir a nadie.

Los dos avanzaron hacia el coche. Ella delante; él detrás. Ambos llevaban maletas. Y tenían prisa, mucha prisa. Sus pasos resonaban en la grava húmeda como tambores.

McDuff salió de repente, alto e impresionante. Su linterna eléctrica barrió el sendero, bañando en luz blanca a los dos personajes. La voz del federal sonó chirriante, dramática;

—Buenas noches. ¿No faltaba alguien a esta cita?

Loraine Fawcett, la desconsolada señora Fawcett, lanzó un grito terrible, y retrocedió mortalmente pálida. El otro, el hombre, fue más sereno. Su rostro, tras la mascarilla de goma pálida adherida a su faz, debió de quedar como el mármol, pero no se notaba.

Los ojos giraron en las órbitas bajo aquella cara prestada, deforme.

—¿Quién es usted? —preguntó, soltando las maletas, Su voz era ronca, simulada.

Larry McDuff rio entre dientes. Era la suya una risa dura, deprimente.

—No sigas fingiendo más —dijo lentamente—. La comedia se ha terminado. Se terminó exactamente cuando creías que el desdichado Ralph White, el antiguo novio de Diana Campbell, iba a ir a la silla eléctrica. Ese lugar te está reservado a ti... ¡A ti, que planeaste esta colosal mentira!

Entonces, el acompañante de Loraine Fawcett desenfundó su pistola automática. Fue muy rápido. Tanto, que, aunque la señora Fawcett había hecho ya lo mismo, él la ganó por décimas de

segundo, y McDuff tuvo que matarle primero a él. Después, la señora Fawcett fue eliminada de la lucha con un balazo que le quebró los huesos de la mano armada.

Pudo ver, retorciéndose de dolor, como su amante, el astuto, fabuloso cerebro de aquella farsa criminal, el hombre del impermeable negro, se desmoronaba lentamente a tierra, con el pecho perforado por dos proyectiles de la automática que McDuff empuñaba en su bolsillo izquierdo, con la mano zurda, abatiéndose sobre la misma lluvia que él había convertido en cómplice de su cadena de asesinatos...

Cuando el hombre de la mascarilla de goma solamente era un cadáver en la grava, McDuff se inclinó y le arrancó la careta. No se había equivocado en nada. La faz rígida, de ojos desorbitados y llenos de miedo a la muerte, que antes había fingido ya para sí mismo, era la de su buen amigo Walton. Harry Walton, yerno del inspector Sherman... esposo de Kathleen... El hombre a quien todos daban por muerto.

—Es mejor así para ella —musitó, sin importarle la presencia de la mujer herida—. Sufrirá menos, al saber la verdad...

* * *

Sherman se apartó del cadáver cubierto por la sábana, en la blanca sala de la Morgue. Acudió a dar suaves palmadas en las espaldas enlutadas de su hija, que sollozaba amargamente en un rincón.

—Vamos, hija —susurró—. Después de todo... ya le habías perdido una vez.

—Era diferente, padre. Entonces perdí un marido, un hombre enamorado de mí... un buen muchacho. No al asesino, al ser feroz y despiadado que mató y llegó a fingir su propia muerte...

—Hubiera querido ocultártelo —dijo lentamente McDuff saliendo de la penumbra del Depósito—. Pero no era justo. No es justo guardar un buen recuerdo, ligarnos incluso a ese recuerdo hasta la desesperación, con quien no ha sido merecedor de ello. La cruda verdad es que Walton iba a huir a Sudamérica con la señora Fawcett. Allí iban a disfrutar de la fortuna robada a Fawcett, un marido demasiado viejo para esa bella y cruel dama a quien ella aborrecía cordialmente. Con el dinero estafado a los Lansbury, a Patterson el otro socio de Walton en los negocios, poco claros por

cierto, con Sudamérica. Creo que hallaremos en todo esto un colosal tráfico de drogas, de cosas prohibidas... Dios sabe qué. Era su negocio, bajo tan honorable apariencia. Pero ambicionaba mucho, no vivir dignamente, mientras los demás se enriquecían porque arriesgaban más que él en el negocio. Y planeó eliminar a sus socios sin despertar sospechas en ninguno, para poder escapar a tiempo con el dinero robado o estafado. Era un plan audaz, basado en la rapidez.

—Pero todo parece cosa de locos. ¿Cómo pudo él llegar a ese horror? —se asombró Sherman—. Y desconcertarnos de aquel modo, señalando a otra punta diametralmente opuesta a la verdad...

—Harry era muy listo. Y, en su juventud, según sus propios amigos, beodo, estúpido y cruel sin necesidad. Por eso mató a Diana Campbell, en su embriaguez, y no sufrió un gran dolor por ello. Me sorprende que no matara también a Osborn, único conocedor del secreto de la muerte de Diana, porque vio a Walton en la terraza. Pero si hablaba Osborn, una vez fingida su propia muerte, Walton estaba seguro de que eso beneficiaría su plan. No se persigue por homicidio a los muertos.

—Pero Larry, no entiendo nada —gimió Kathleen amargamente—. ¿Y cómo pudiste tú ni siquiera imaginarlo?

—Primero, os referiré lo que hizo Walton en mi opinión. Salgamos de aquí. Dejemos a Harry en su reino de sombras, y volvamos a la calle, a la luz...

Salieron. Kathleen no miró ni una sola vez atrás, a la forma inmóvil bajo la sábana. Una vez en el exterior, contemplaron la noche estrellada, sin lluvia. Las nubes se alejaban en la distancia.

—Incluso ha terminado la lluvia —sonrió McDuff, dirigiéndose a su coche—. Es como un símbolo...

Subieron al pequeño "Chevrolet". Larry lo puso en marcha. Sin soltar el volante, ni dejar de mirar ante sí, fue hablando con método, tratando de recordar todos los hechos del complejo enigma del "asesino silbador".

—Opino yo que quien mata una vez, puede matar otras, siempre que sus delitos queden impunes. El asesino carece de escrúpulos. Sólo le retiene el temor. Si está seguro de sí mismo, el temor va desapareciendo y se convierte en ciega temeridad.

"Walton mató una vez. Sin querer, pero mató. Y quedó en la impunidad. Eso, con los años, le envalentonó secretamente. Su crueldad era manifiesta al no demostrar siquiera pesar o remordimiento en la época de la muerte de aquella muchacha. Estaba claro.

"Entonces llega el presente. Walton precisa dinero, porque mantiene ciertas relaciones turbias con la señora Fawcett a espaldas de su socio, Charles. Ella es hermosa, provocativa y cruel. Digna de Walton. Se atraen ambos mutuamente. Acaso sentía algo por Kathleen, pero era puro, y la pasión turbia le vence. El dinero de Fawcett puede ser de ellos. Y también el dinero en depósito que tiene de su sociedad con los Lansbury. Philip, el viejo, es el más desconfiado. Será el primero en caer.

"Walton planea algo genial, para quedar fuera de sospechas. Recuerda lo ocurrido diez años atrás. Puede ser una coartada magnífica para él. Contrata a unos detectives privados, y averigua que Ralph White, el novio de Diana Campbell, está ahora criando aves, su especialidad, en Connecticut, bajo nombre supuesto. Ha olvidado casi lo de la chica, y, con el dinero que ganó en las carreras y pensaba gastar en la boda, ha montado una buena granja y es relativamente feliz en su soledad. La avicultura requiere buen tiempo para salir a atender las aves y ser visto por las gentes. Si llueve, permanecerá encerrado en casa. Y cuando llueve en Nueva York, habitualmente llueve en Litchfield, por su proximidad geográfica. De modo que, los días de lluvia, es difícil que White tenga buena coartada, llegado el caso. Por otro lado, en un día de lluvia murió Diana. Eso, unido a una cancioncilla silbada, que él recuerda sonaba en el tocadiscos aquella noche trágica, y que el propio novio de la chica quebró, tras verla muerta, completará el cuadro. Buscarán a White como culpable, cuando empiecen a ver la posibilidad de que los accidentes no sean tales.

"Así empieza el juego. En el caso de Fawcett, la cosa es fácil. Le matan entre él y la señora Fawcett, acaso arrojándole con engaños desde la terraza de su casa. Gladys duerme. Bastan unos gritos, para que baje y vea a su señora y aquel raro tipo del impermeable negro, creación de Walton, con su mascarilla de goma, que hace pensar a la muchacha que no tiene rostro, pese a lo perfecto de ese rostro plástico adherido a la piel de su auténtica faz. Se aleja

silbando, tras fingir que adormece a la señora, y la primera pieza queda puesta en el juego.

"Sigue Bishop, aplastado por un coche. El conoce bien los hábitos de todos. ¿Quién mejor, para conocer a fondo a sus amigos, que él mismo? Osborn tenía razón al decir que el asesino conocía demasiado bien a Los Trece. Porque era uno de Los Trece, se me ocurrió a mí mecánicamente, aunque deseché la idea por absurda. Pero volvió a mí, de nuevo, y empecé a considerarla. ¿Y si todo era falso, todo una cortina de humo para engañarnos? Que yo dudara de la realidad del caso, aparentemente claro, era fatal para Walton. Entonces, aparecía él en primer plano, abrumado de culpas.

"Iba a hablar de Bishop. El pintor vuelve tarde a casa. Walton, con el coche de la señora Fawcett, dotado de matrícula falsa, mata al pintor. Lo encierra audazmente en el garaje próximo. Acude silbando, hasta ser requerido por el guardia O'Hara. Lleva su impermeable negro. Y se va silbando también, pero O'Hara no recuerda esos detalles.

"En cambio, sí los recuerda luego el manager de Collins, por quien se hace ver ostensiblemente, debidamente caracterizado para deformar algo su rostro. Roy se siente mal, porque su antiguo amigo y protector Walton le ha visitado, Osborn también me dijo que Walton era el mejor amigo de Collins, y recordé que la droga, según él, se la había proporcionado un buen amigo. Muy bueno tenía que ser para fiarse de él un boxeador y tomar una droga antes de un combate. Collins no podía sospechar de su ex protector, que ya antes, tomando alguna infusión, debió de darle otra droga para hacerle sentir indispueto. Debía tratarse de drogas traídas de contrabando por Walton.

"Collins murió, y Walton volvió, haciéndose ver por Spats. Luego, se marchó, llevando en su bolsillo el frasco que diera a Collins para la congestión cerebral.

—¡Dios mío, qué horrible! —Kathleen se cubrió el rostro con las manos—. ¿Y por qué esa monstruosidad con los pobres Collins y Bishop?

—Era necesario desviar las sospechas. Que pensaran en la venganza del novio fantasma, en el folletín truculento de un vengador oculto. Era falso, teatral, pero nosotros no lo advertíamos, porque parecía factible. Sacrificó bestialmente a varios seres cuya

muerte nada le proporcionaba, sólo para disfrazar los auténticos crímenes planeados. El hombre de la canción silbada y el impermeable negro, el supuesto esquizofrénico vengativo estaba creado ya. Sólo hacía falta que alguien pensara en él, lo sacara a la luz. En el caso de Tucker, otra víctima inocente —no le convenía aún atacar a los auténticos elegidos por su mente criminal—, procuró desesperadamente que vieran al fantástico ser ideado por él. Le vieron, pero la policía seguía sin fijarse mucho, acaso porque los propios testigos no lo mencionaban. Entonces, resolvió ser él quien lo sacara audazmente a la luz. Y acudió al despacho del inspector con los recortes de diario y su historia. Ahí demostró su audacia y sus recursos inagotables.

—Espera un momento, Larry —saltó Kathleen—. Ahora recuerdo que estábamos cenando con él, en nuestra casa, cuando mataron a Philip Lansbury y la chica de la cafetería vio al hombre del impermeable. ¡No pudo ser él!

—Claro que fue él. Otra vez demostró conocer bien los hábitos de todos. E incluso el de la camarera de la cafetería, vecina de Lansbury. Las noches que te decía tener trabajo en la oficina debía de cometer sus crímenes y planear los demás, vigilando sus peones para la partida siguiente. Así, cuando llegó a casa y yo le esperaba en tu compañía, ya habla matado a Lansbury. Recuerda que la chica del bar le encontró ya rígido. Y, en cuanto al personaje del impermeable, esta vez era su amante, la bella Lorraine Fawcett. Por eso es la vez que más lejos y borrosamente fue visto. No podía arriesgarse a que advirtieran algo femenino en sus andares o modo de accionar o silbar. Las mujeres, silban mal, recuérdalo, salvo contados casos.

—Has pensado en todos los más nimios detalles, Larry —observó admirado Sherman.

—Los fui ligando tras mi visita a Osborn. Entonces recordé lo llamativa que era la trinchera blanca de Walton aquella noche. Nos fiamos de eso y del anillo de matrimonio. Patterson era muy parecido físicamente a Walton, según he podido saber hoy. Le había citado en el antiguo Club. Después de todo, Patterson, un contrabandista con tapadera, había montado su supuesta oficina comercial en el edificio del Club ya extinguido. El conserje del edificio no era tan buen fisonomista como se cree. Si reconocía a

Walton, es porque le veía con frecuencia. Se duerme muchas veces, pero otras ve a la gente y lo recuerda de una forma vaga. Es viejo y no hilvana bien los recuerdos.

“Walton, entonces, planeó la farsa de la carta escrito para mí, arrojada a la papelera. Sabía que olvidándose la pluma sobre la mesa, tú mirarías para ver lo que había escrito, inquieta por su ausencia. Y entonces, leerías aquello, acudiendo a mi casa. Calculó el tiempo aproximadamente, para hacer su angustiosa llamada y quebraría tan dramáticamente luego.

"Nosotros fuimos allí, cuando en realidad, al telefonar a mi casa, él ya había matado a Patterson de un golpe, o al menos le tenía desvanecido. Le vistió con sus ropas, sin olvidar gabardina blanca y anillo, detalles imprescindibles. Y le arrojó a la calle, saliendo antes él, con impermeable negro, gafas y bufanda. Me sorprendió tanto tapujo esta vez. Y en el acto debí pensar la explicación: porque el conserje le conocía y podía identificarle.

—¿Cómo pudo salir antes de arrojar a Patterson por el parapeto?

—Debió situarlo sobre el propio repecho de piedra, de forma que su propio peso fuera vencéndolo. Corrió mucho, saliendo segundos antes de que se estrellara en el suelo su víctima, ya que, después, sería virtualmente imposible salir de la casa. Lo arriesgó todo a una sola carta. Y como jugador audaz, tuvo suerte también esta vez.

—¡Y nosotros fuimos sus instrumentos inconscientes, Larry!

—Sí, Kathleen. Lo hemos sido siempre. Estuvimos a punto de volver a serlo esta noche, con la captura de Ralph White. Él sabía todo lo que íbamos a hacer, mientras permanecía oculto en algún punto de la vivienda de la señora Fawcett, esperando el momento de huir, una vez resuelto aparentemente el caso.

"Escribió una carta anónima a Ralph White, a Connecticut, diciéndole que Gail Lansbury era el asesino de Diana Campbell y que si quería vengar a la desgraciada muchacha de las infamias que con ella hizo Lansbury, podía hallarlo en su casa esta noche, y así vengar a su antigua amada. White, ingenuo, creería la historia, como así fue. Se vino a Nueva York, y disparó sobre Lansbury ignorando lo que Walton sabía. Que un cerco de policías le rodeaba. Sería capturado, juzgado y ejecutado, o acribillado allí

mismo. En eso, White tuvo suerte... y prudencia por su parte. El pobre diablo salvó la piel.

—Y Lansbury, ¿cómo se salvó? —preguntó Kathleen, asombrada del curso de los asombrosos acontecimientos vividos.

—Siguió fielmente mis instrucciones —sonrió McDuff—. Estaba tan asustado, que hubiera hecho cualquier cosa. Tenía el presentimiento de que le tocaba a él, como lo temía Osborn, aunque éste por motivos puramente reflexivos, que fueron los que me abrieron el camino a la verdad. Yo empezaba, entonces, a planear mi asombrosa teoría. Corrí a salvar a Lansbury... y, si podía, al propio White, víctima real de este último crimen de Walton.

"Si mi teoría era cierta, tenía que haber un paso oculto a ojos de la policía para que alguien observara el teatro de los futuros acontecimientos y, tranquilo por los resultados de su plan, volviera a su refugio secreto.

"La vivienda de Lansbury estaba cercada. Pero yo logré entrar en ella, sin descubrirlo nadie. Sorprendí a Lansbury en su propia biblioteca, dándole un buen susto. Le referí lo que quería de él. Aceptó. Paseo ciertos ratos ante la ventana, para ser visto. Luego hizo la substitución con un maniquí bien disimulado por sus ropas. No quería que lo hiciera demasiado pronto, porque la superchería, que White no advertiría, llevado de su ingenuo afán de venganza, sí sería notada por la agudeza de Walton, ducho en trucos más ingeniosos.

"Lansbury se portó bien. Yo, anteriormente, y por el pasaje situado entre dos cercas de ladrillos, cubierto por las enredaderas y que, según Lansbury, sólo él y su amigo Walton conocían, yendo a parar a una finca vecina, por su parte posterior, me cuidé de regar el suelo de una substancia invisible al ojo humano y a la luz normal, pero fosforescente y clara sometida a la luz infrarroja, y esperé a que el verdadero culpable, tras observar el teatro del desenlace de su tragedia, caminara por allí dejando un rastro que yo pudiera seguir.

"Walton, en su único error grave, confiado ya en el triunfo indudable de su proyecto, no sólo hizo eso, sino que aparcó cerca su coche por donde había substancia fosforescente, y se llevó los neumáticos impregnados, dejándome una pista clara.

"Mientras White, tras clavar una bala al maniquí, era apresado por la policía, yo seguía aquel rastro, que me llevó a la vivienda de la señora Fawcett, tal y como yo sospechaba.

"El desenlace, fue doloroso pero inevitable. Walton iba a disparar sobre mí. No vacilé en disparar yo antes. Y tiré a matar, porque no podía correr riesgos con él.

—Nadie te reprocha nada, Larry —musitó Kathleen, volviéndose a él—. Por el contrario, has obrado siempre con rectitud, justicia y nobleza. Gracias, Larry... por todo.

—¿Hubieran podido escapar, después de todo, Walton y Lorraine Fawcett? —preguntó el inspector.

—Sí; he sabido que tenían una avioneta comprada en un aeropuerto particular. Saldrían esta misma noche. Y, una vez en Sudamérica, un cirujano operaría el rostro a Harry dotándolo de una nueva cara, que unida a un nombre también nuevo y a la fortuna estafada a los Lansbury y Fawcett, significarían su impunidad cómoda y lujosa para toda la vida.

—Cielos, qué ridículo hemos hecho todos —suspiró Sherman—. De no ser por ti, Larry, White hubiera ido a la silla eléctrica... y Walton a su felicidad, mientras mi hija le lloraba toda la vida.

—Sí, así es —sonrió Larry—. Esto le enseñará a no meterse más con el F.B.I., inspector. Hemos resuelto el caso.

—¿Hay amnistía entre nosotros? —sonrió amargamente el inspector.

—Amnistía plena —rio McDuff, con expresión pensativa en sus ojos verdes. Luego, dirigió la mirada hacia Kathleen—. Y tú... ¿no perdonarás alguna vez el dolor que te causo ahora?

—Oh, Larry... Una vez ya te dije que eres el mejor amigo del mundo.

—Sí, Kathleen. Pero entonces era distinto. Walton, para ti, era un recuerdo dulce y hermoso. De amor y de bondad. No de odio, de crueldad y de insidia engañosa...

—Sí, Larry. Era muy diferente —le apoyó una mano trémula y fría en la suya que llevaba el volante—. Ahora mi corazón es libre. Libre de verdad. Y cuando este horrible recuerdo sombrío de hoy se haya borrado un poco... podrá elegir de nuevo.

—¡Kathleen! —McDuff sintió que su corazón palpitaba

aceleradamente, con más rapidez que el motor de su coche.

Ella le sonrió. Sintió ganas de cantar, de proclamar que era el hombre más feliz del mundo. Pero se calló, radiante y estremecido.

Condujo calle adelante, bajo las estrellas, rodando los neumáticos sobre los últimos charcos. Sin darse cuenta silbó alegremente.

Y, al advertir que silbaba “Tiempo borrascoso”, enmudeció y clavó sus ojos en Sherman.

—Perdone, inspector. Creo que, desde ahora, aborreceré esa canción...

—Yo también, Larry —murmuró Kathleen, volviéndose a él—. Como todo lo de Harry.

Y, en su luminosa mirada, aún cruzada por penosas sombras, había una promesa magnífica para él. Una promesa esperanzadora y hermosa para los dos.

FIN

Acudió a su cita con aquella explosiva rubia que había conocido días antes. Quería averiguar si aún se acordaba de él... pero cuando entró en su apartamento vio que estaba muerta. La habían asesinado sin lucha, todo estaba en orden. Tan sólo había una copa rota sobre la mesa, junto a un libro abierto...



Este es uno de los apasionantes pasajes de

REQUIEM PARA LAS RUBIAS

Un título espeluznante que acredita la intriga de la novela a que pertenece, y que se debe al famoso autor

JOE MOGAR

¡Iba siguiendo la vertiginosa carrera de asesinatos sin lógica ni razón algunas que se cometían entre las más hermosas mujeres de Chicago...

REQUIEM PARA LAS RUBIAS

¡El relato que mantendrá sus nervios en tensión hasta la última página!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se lo ofrecerá dentro de siete días

¡Reserve su ejemplar ahora mismo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS

250 ilustraciones
en cada volumen

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



BOLESLIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECC. "PIMPINELA"
39 — Matilde Redón
LA SIERRA ENCANTADA

COLEC. "MADREPERLA"
586 — María Lar
TU CULPA Y LA MIA

COLECCION "ROSACRA"
550 — Rosa Alózar
TRES HOMBRITOS EN LA
NOCHE

COLECCION "ANAPOLA"
417 — Laura Tur
EMPOSA DE PAPEL

COLECCION "ALONDRA"
351 — G. Colomer
SAUVAJILLO ENCANTA-
DORA

COLECCION "CAMELIA"
222 — María Teresa Sosa
AMANTES Y ENAMORADOS

COLECCION "CORAL"
5 — Corín Talledo
DOLLY

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
651 — A. ...
RUTA CIELO

Col. "SERVIRLO SECRETO"
495 — Donald ...
SILBA, MURMURA, SILBA!

COLECCION "BUTALO"
334 — Joe Morar
A RACON EN WILEY

COLECCION "CALIFORNIA"
115 — Lou Flanagan
EN HOMBRITO VERDE
DEL RIO

COLECCION "TEXAS"
194 — Keith Luger
DUMBO EN LA LLANURA

COLECCION "COLORADO"
120 — Rogers Kirby
AGUERO, PISTOLERO...

COLECCION "KANSAS"
M — Alf. ...
EL HUIO DEL BANDIDO

Col. "HEROES DEL OESTE"
68 — Manuel Lafuente Este-
fania
MARCA DE TRAIÇION

COL. "ASIS DEL OESTE"
28 — Fidel Prado
EN SU PROPIA TRAMPA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más atractiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto: Barcelona — Hipódromo de San Sebastián

LOS HERMANOS KARAMAZOV

de Fedor Dostoievski

Una de las obras maestras de la literatura universal, que ha sido llevada a la pantalla con un éxito sin precedentes

METRO GOLDWYN MAYER

la ha presentado bajo un sensacional reparto, entre los que destacan

YUL BRYNNER Y MARIA SCHELL

¡AHORA PUEDE USTED LEER ESTA GRAN NOVELA...

en una magnífica edición que ha puesto a la venta

COLECCION JOYAS LITERARIAS

con gran número de fotos de la película y bellamente encuadrada!

Precio del volumen: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Aquel disgusto hubiera sido suficiente para poner fin a la delicada vida de su madre. Por eso, Brad Slater se atribuyó el asesinato que acababa de cometer su padre estando borracho, y abandonó la tranquila vida que le ofrecía el próspero rancho en que había nacido, partiendo hacia la aventura y llevando consigo tan sólo un magnífico par de revólvers del 45...



Así se inicia la trama de

DEL BRAZO DE LA MUERTE

El más intrigante relato escrito por el célebre

MEADOW CASTLE

¡Brad demostró que cuando a la razón, la justicia y los instintos humanitarios se les añade valentía y un corazón fuerte y temerario, el hombre puede conseguir imposibles!

DEL BRAZO DE LA MUERTE

¡Una novela cuya movida trama, humana y trepidante hasta el fin, cautivará el ánimo de cuantos la lean!

COLECCION BISONTE EXTRA

la presentará la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Percyval logró rodearse de un muro de revólveres que le defendían. Pero Ray Gordon, "sheriff" del distrito, se propuso imponer la Ley y defender de las garras de aquel buitre a Sarah Lowens, la preciosa muchacha de la que se había enamorado...



Una trama apasionante y un argumento recio y violento, es lo que hallará el lector en

MUSICA DE BALAS

el último relato surgido de la infatigable pluma del gran autor

ALF REGALDIE

¡La historia de un hombre poderoso cuya ambición le llevó a la ruina

MUSICA DE BALAS

¡No es una novela más del Oeste, es un verdadero relato de aventuras

COLECCION BUFALO EXTRA

se la ofrece en su número de la presente semana

¡No deje de leerlo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

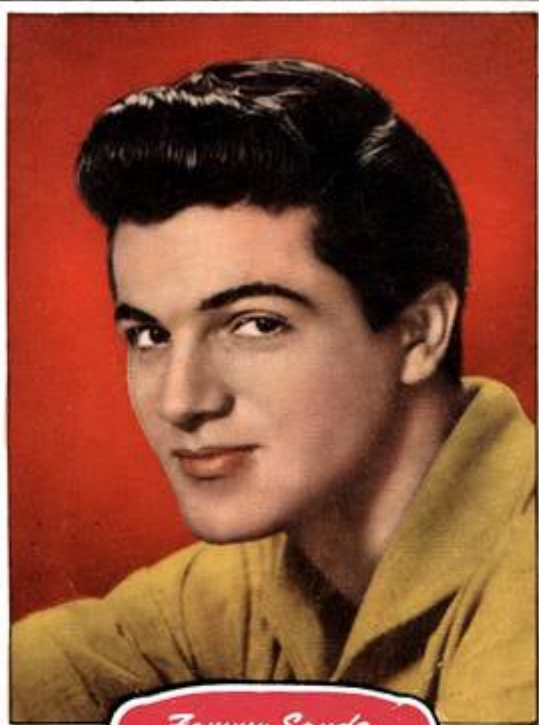
Proyecto, 2

BARCELONA

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Irigoyen, 546/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª, núm. 17-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 67
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 — CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 1-61
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Intaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 113 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 40 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillos).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Tommy Sands

N.º 1035

Protagonista de la película CinemaScope de 20th
Century-Fox "Canta, muchacho, canta".

Foto 20th CENTURY FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain